
Un pacto
Inesperado
Serie Pacto I
A. M. Silva

Un pacto Inesperado

Serie Pacto I

A. M. Silva

Título: Un pacto inesperado

Primera edición: diciembre de 2021

Diseño de cubierta: 2021, A.M.Silva
Fotografía: ©pixabay u_gisunp5lyh

Corrección: Ángel Belmonte

Maquetación: A.M.Silva

Índice:



Vamos a darnos indiscriminadamente a todo lo que sugieren nuestras pasiones y siempre seremos felices. La conciencia no es la voz de la naturaleza, sino solo la voz de los prejuicios…

Marqués de Sade

Sinopsis



Dos personas cuyos caminos se cruzan.

Un pacto ventajoso y complicaciones, muchas complicaciones.

Chloe es una mujer joven normal y corriente. Su única alegría es su hija pequeña, que llena sus días de color y risa. Todo transcurre conforme a lo esperado hasta que la empresa donde trabaja como secretaria es absorbida por una multinacional.

Nicholas es un hombre poderoso y atractivo que ejerce como director en la compañía de su padre, un gigante de la agroindustria. Su nuevo proyecto lo lleva al condado de Sumner, en el cual debe reestructurar la fábrica que acaba de adquirir, algo engorroso que espera solucionar sin demasiadas dificultades.



Sin embargo, un baile *sexy* y caliente pone sus mundos del revés.

Capítulo 1



Pego un manotazo a mi despertador tirándolo al suelo, lo odio con todas mis fuerzas. Mi angelito duerme apacible a mi lado y mi pecho se llena de alegría. Reese es todo para mí, mi mundo entero, por ella soy capaz de hacer cualquier sacrificio. Decidí ser madre soltera cuando su padre, al enterarse del embarazo, me contestó con estas palabras: «Tranquila, en el momento que nazca me envías un mensaje y te mando un cheque, mañana salgo de viaje a Europa y no sé cuándo voy a volver». Lo último que supe de él es que estaba en Ibiza de fiesta en fiesta rodeado de mujeres espectaculares. ¿Qué niño se merece un padre así?, ninguno. En ese momento decidí embarcar en esta

aventura sola, con todas las consecuencias que conllevaba. No me arrepiento, mi tesoro ahora tiene cuatro años y medio, es una niña feliz y llena de energía; a veces me vuelve loca, es muy lista y siempre se sale con la suya. Quizás sea porque soy muy blanda, sonrío mirándola. Trabajo duro para garantizar nuestra subsistencia y me veo obligada a despertarla a las seis de la mañana, de lunes a viernes, todos los meses del año, haga lluvia o haga sol, frío o calor.

La dejo dormir un ratito más mientras me arreglo en un tiempo récord. Soy secretaria en una próspera empresa dedicada al control biológico de plagas y al desarrollo de biofertilizantes. Está en el Condado de Sumner, Kansas, a una media hora de Wellington, donde resido. No es el trabajo de mi vida, pero el sueldo me permite pagar las cuentas y ahorrar algo, aunque la suerte no ha estado de mi lado en los últimos meses.

—Tesoro, hay que levantarse —susurro, intentando incorporarla. Reese tiene mal despertar y procuro ser lo menos abrupta posible.

—No, no quiero. Déjame en paz. Hmmm… Tengo sueño.

Mi pequeña protesta, llora y patalea, pero consigo sacarla de casa a pesar de su berrinche para dejarla con mi vecina, Giulia, una señora de setenta años que la cuida como si fuera su nieta. Tuve mucha suerte de poder contar con ella, me cobra una cuantía irrisoria que invierte en llenar a mi hija de regalos. Al principio protesté, no me parecía justo, me sentía una aprovechada e incluso intenté contratar a una niñera. Tras cinco cambios en un mes, desistí. Ahora somos como familia.

Dejo a mi hija con Giulia y me dirijo a la parada de autobús. Tengo que utilizar el medio de trasporte ofertado por la empresa, mi viejo Opel Corsa murió hace unos meses atrás y con él la mayor parte de mis ahorros: fui estafada por un mecánico sin escrúpulos.

Una vez en Tecnoagri S. L., saludo a mis compañeros y me dirijo a la cocina situada en mi planta, allí me reúno a diario con una de mis mejores amigas, cotilleamos y ponemos verdes a todo Dios. Samantha trabaja como informática, es un genio, aunque nadie lo sabe. Somos como el día y la noche, ella es pequeña y curvilínea, su pelo negro llega a la altura de la barbilla. Parece una muñequita dócil y frágil, pero solo lo aparenta, pues tiene un carácter de mil demonios. Yo, en cambio, soy alta, esbelta, de curvas suaves, más bien escasas en algunos sitios —me hubiera encantado tener una o dos tallas más de sujetador—, sin embargo, no me quejo, conservo mi figura de antes del parto. Además, tengo unos ojos marrones verdosos que cambian de color dependiendo de la ropa que me ponga o de la luz, todo un plus, pero mi punto fuerte son los labios. Según Sam, son hipnóticos e incitan a pecar.

—Hola. ¿Qué me cuentas? —pregunto al verla controlar la

entrada.

—Esto se va al traste —dice en un susurro, provocando que se me detenga el corazón.

—¿Qué quieres decir con esto?

—La empresa va a ser absorbida por una multinacional, un gigante de la agroindustria. Lo van a hacer público entre hoy y mañana. Sabes lo que eso significa, ¿no?

No tuve el valor siquiera de contestarle, quedarme sin trabajo no era una opción para mí.

—¿Cómo te enteras de esas cosas? Yo soy la secretaria de John Smith y no he visto ningún movimiento en esta dirección —La miro con las cejas levantadas—. No estarás haciendo nada ilegal, ¿verdad?

—Bueno…

—No me lo digas, no quiero ser cómplice. Tengo una niña y no me puedo dar el lujo de pasar una temporada en la cárcel. —Sam suelta una carcajada.

—No seas tan melodramática. Solo he curioseado por aquí, por allá, ya sabes.

—No, no lo sé. Tengo que irme, mi jefe estará a punto de llegar. —Antes de salir, le digo—: No te metas en problemas.

Mi consejo se quedará en balde, como siempre. Sam es *hacker* y le encanta meterse donde no debe, y temo que acabe entre rejas algún día. Nadie conoce sus habilidades, no las enseña, se oculta detrás de la imagen de una informática mediocre.

Cuando el señor Smith entra, su mesa está despejada como a él le gusta. Mientras hacía mi trabajo aproveché para buscar algo que indicara que se estaba gestando una fusión entre bastidores como afirmó Sam, pero no encontré nada. Sin embargo, nada más llegar él me pide agendar una reunión con todos los departamentos para esa misma tarde con carácter urgente. Se me congela la sangre en las venas. Ahí tengo la confirmación.

Noto cómo mi jefe me rehúye la mirada, parece intuir que sé algo sobre el inminente desastre o quizás se avergüenza por habernos vendido a todos, porque este tipo de empresas llegan pisando fuerte y no les importa cortar cabezas. Se me encoge el estómago. Él parece desolado tras hablar por teléfono con alguien.

—¿Va todo bien, señor Smith? —me atrevo a preguntar. La ansiedad estaba haciendo mella en mí y me quedaría sin uñas como no supiera algo.

—Cierra la puerta —dice y me apresuro a atenderlo—. Lo que te voy a decir no se hará oficial hasta esta tarde. No hace falta decirte que esto es confidencial.

—Por supuesto, señor Smith, siempre ha contado con mi total discreción.

—Mi socio vendió su parte de la empresa a una multinacional sin consultármelo y yo me vi obligado a hacer lo mismo. Se dará la noticia en la reunión y los nuevos dueños tomarán posesión dentro de unos días.

—¿Y qué pasará con nosotros? ¿Hay algún tipo de acuerdo para los trabajadores?

Me quedo sin aliento esperando su respuesta, aunque por su cara temo lo peor.

—Ampliarán la fábrica y necesitarán más mano de obra, pero me temo que la estructura de la empresa cambiará. El director regional estará aquí unos meses para gestionar los cambios. —Le miro sin ocultar la pena, ambos sabemos que seré la primera en engrosar la lista del paro—. Prepara la sala de juntas, por favor.

Asiento con la cabeza y salgo de su despacho. Siento cómo el mundo se me viene encima. ¿Dónde voy a encontrar otro trabajo tan bien remunerado en un pueblo tan pequeño? ¿Cómo conseguiré sacar a Reese adelante? Me golpeo la rodilla con el cajón del escritorio, me había olvidado de cerrarlo. Me tapo la boca para no gritar de dolor y, cojeando, voy hasta la segunda planta, donde se encuentra el departamento administrativo y la sala de juntas. Suelo usar las escaleras, son mi gimnasio, ya que no me puedo permitir pagar uno, y, la verdad, es muy efectivo, tengo unas piernas y un culo estupendos. Aunque esta vez, para no forzar la zona afectada, acabo cogiendo el ascensor. Entro casi doblada, masajeándome la rodilla y maldiciendo mi suerte. Estoy tan absorta que no me doy cuenta de la presencia de dos hombres al fondo del cubículo.

—¿Te encuentras bien? —Pego un salto al escuchar una voz grave y envolvente.

Un poco avergonzada porque me pillen en una situación desconcertante, me giro y por poco no me caigo redonda al suelo. Delante tengo los dos hombres más guapos que he visto en mucho tiempo. Uno de ellos destaca sobre el otro por su altura y por sus ojos, de un azul profundo. El pitido del ascensor no me deja contestar.

—Creo que es la tuya —dice el de menor estatura apuntando al número seleccionado en el panel digital.

—Sí, gracias.

Salgo con toda la dignidad que me permite la rodilla. Antes de que las puertas se cierren del todo me giro y los pillo mirándome el culo. No les voy a reprochar, si me dan la espalda haré lo mismo y no me detendré solo en esta parte de su anatomía. Madre del amor hermoso, están tan… macizorros. O seré yo, que estoy falta de sexo. ¿Cuánto tiempo hace? Ya no me acuerdo. Sacudo la cabeza para apartar tales pensamientos, tengo problemas mucho más graves en los que pensar.

A la hora de la comida me reúno con Sam en el comedor de la empresa. Como de costumbre, está lleno y nos cuesta encontrar un sitio.

—Estos se levantan, corre —me dice y prácticamente vuela sobre las mesas para lograr adelantar a dos de nuestros compañeros. Yo la sigo cojeando, sigo con la rodilla resentida por el golpe. Nada más sentarnos le digo en un susurro:

—Tenías razón en lo que me dijiste esta mañana.

—Yo nunca me equivoco. Mis fuentes siempre son de primera mano.

—Calla, ya te lo dije, no quiero detalles. ¿Crees que habrá muchos…? Ya sabes. —Me paso el dedo por el cuello para no decir la palabra en voz alta.

—Es lo más probable —contesta y empieza a atacar su enorme plato de pasta con salsa carbonara. No sé dónde va a parar toda esa comida. Yo, como el resto de los mortales que quieren cuidar su figura, me conformo con un bol de ensalada y pechuga a la plancha.

—No sé qué voy a hacer. No puedo quedarme en paro —digo la última palabra en voz baja.

—No suframos por adelantado.

Terminamos de comer en silencio. Ambas analizando sus posibilidades. Aunque mi situación es más complicada, tengo una niña que depende de mí.

—A las cinco conoceremos los detalles —digo.

El caos se instala en la sala de juntas a la hora estipulada, a todos los toma por sorpresa y la incertidumbre reina en el ambiente. La mayoría teme lo mismo, quedar en paro. El señor Smith lamenta lo sucedido, pero a nadie le importan sus excusas. Hemos trabajado duro para que la pequeña empresa prospere y nos merecemos un poco de consideración. Sin embargo, de nada sirven las protestas, el daño ya está hecho y dentro de unos días conoceremos nuestro destino.

Esa tarde a la misma hora paso por la casa de Giulia para recoger a Reese. Y, como siempre que la he tenido delante, la abrazo de forma cariñosa y le deposito un suave beso en su mejilla surcada por las marcas del tiempo.

—Entra, cielo, se te nota cansada. ¿Un día duro? —pregunta conduciéndome a la salita de costura, donde teje ropitas para las muñecas de mi hija.

—¡Mami!, mira lo que me ha hecho la tata —grita entusiasmada y corre en mi dirección. La espero con los brazos abiertos y tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para no caerme hacia atrás.

—Es precioso, tesoro. ¿Se lo vas a poner a Elsa o a Daisy? —pregunto llevándola en brazos hasta el sillón. Es muy grande para su edad y empiezo a no poder con su peso.

—A Daisy, mami. Elsa está acostumbrada al frío —dice y me entrega la bufanda para que la coloque mientras ella le pone el gorro.

—Claro. ¿Cómo no me había dado cuenta de eso?

—La tata dice que yo me doy cuenta de todo, ¿verdad?

—Sí, cielo. Eres muy lista.

Reese coge sus Barbies y se dispone a desvestirlas. Ese es su juego favorito, el único que la mantiene entretenida durante un buen rato.

—¿Qué pasa, cariño? Te veo muy decaída.

Le brindo una sonrisa. Es un amor de mujer y no sé cómo me apañaría sin ella.

—Una multinacional absorbió la empresa y lo más seguro es que nos echen a todos los que pertenecemos al área administrativa.

—Oh, niña, eso es muy grave. ¿Qué vas a hacer?

—De momento no hay nada que pueda hacer además de empezar a echar currículums.

—Sabes que puedes contar conmigo. —Me coge la mano y la aprieta con suavidad. Justo en ese momento me suena el móvil. Le digo que es Sam y sonríe, adora a mi amiga.

—Arréglate, nos vamos a salir a tomar unas copas —dice Sam nada más contesto a la llamada.

—Te recuerdo que estamos a mitad de semana y tengo una niña a la que cuidar.

—Pide a Giulia que se quede con la peque, será solo un ratito. Por favor. Te deberé una muy grande —suplica alargando la «u» más de lo necesario. Giulia parece intuir lo que está sucediendo y se alía con Sam para sacarme de casa.

—Vete, Chloe, diviértete con tu amiga. Hoy necesitas desconectar un rato. Yo me quedo con Reese, sabes que amo a esta niña y el tiempo que paso con ella me da la vida.

—Eso, mami, vete, yo me quedo con la tata. Vamos a hacer un sombrero.

—Gracias. Será solo un ratito, lo prometo —digo a la vez que cojo mi bolso y después deposito un beso en la mejilla de mi hija.

—Mami, la madre de Amanda salió a divertirse y le trajo un papá nuevo. ¿Por qué no me haces lo mismo? Yo también quiero un papá.

Me quedo con la boca abierta mirándola, mientras que a Giulia le entra un ataque de risa. ¿Cómo contesto yo a esa pregunta?

—Bueno, ya hablamos de eso cuando llegue, ¿de acuerdo? —digo esperando que se le olvide, cosa que dudo. Tiene una memoria prodigiosa.

Capítulo 2



—¿Pudiste dormir algo? —pregunta Sam nada más verme. Ayer nos pasamos de copas. La noticia de una posible pérdida de trabajo nos deprimió más de lo que hubiéramos pensado y ahogamos nuestras penas con una botella de ginebra.

—Apenas pegué ojo. Por suerte Giulia se quedó con Reese —digo masajeándome la sien. Parece que la cabeza me va a explotar—. ¿Y tú qué tal estás?

—Bien, yo tengo más aguante —dice, pero parece nerviosa, como si quisiera decirme algo y no supiera cómo.

—¿Qué pasa? ¿No me vas a decir que bailé desnuda sobre la barra? —La miré ojiplática—. ¿Lo hice?

—No…

En ese momento oímos sonar la línea que intercomunica mi escritorio con el despacho de John.

—Tengo que irme, ya hablamos. —Salgo apresurada, me siento agradecida por la interrupción de Smith.

No sé si quiero saber lo que pasó ayer. Creo haber bailado con un hombre alto y de brazos fuertes y musculosos muy cerca el uno del otro. Tenía su erección pegada a mi espalda, me restregaba contra él como una perra en celo. Eso es todo de lo que me acuerdo, no creo que me lo tirara, de lo contrario lo sentiría, llevo tiempo sin tener relaciones. Y por lo que pude sentir cuando estábamos restregándonos, me dejaría sin andar un par de días. Madre mía, solo de recordarlo siento que me arde la cara.

—Buenos días, señor Smith. ¿Desea que le traiga un café?

—No, gracias. Pero los caballeros y la señorita que me acompañan seguro que lo aprecian. —Me indica con la mano una parte del despacho a la que siquiera había prestado atención cuando entré. Siento que el suelo se mueve bajo mis pies al ver que eran los dos hombres que encontré en los ascensores—. Permita que le presente a Nicholas Hayden, director de la compañía Agrorbiotech S. A.; Felix Lewis, su mano derecha; y ella es Martina Thompson, su asistente personal.

—Encantada —es lo único que atino a decir después de recuperarme de la impresión. Había estado espesa en el ascensor y ahora volvía a parecer atontada ante ellos. Menudas primeras impresiones estoy causando. No podía pensar con claridad teniendo esos ojos azules como el océano en un día de tormenta sobre mí. Y la pregunta que se repite en mi cabeza una y otra vez es ¿por qué me mira así? Relamiéndose los labios, como si quisiera comerme. Estaré teniendo alucinaciones, seguro que sigo bajo los efectos del alcohol.

—El mío puede ser solo y con sacarina —dice la tal Martina sacando las garras. Esa marca territorio, deduzco por cómo me mira con odio. Acabo de ganarme una enemiga. ¿Serán amantes? Me lo pregunto sin poder evitarlo y la sola idea me molesta, liberándome del embrujo que aquella mirada azul ejercía sobre mí.

Me pongo en marcha y pregunto a los demás si quieren tomar algo y, tras anotar mentalmente sus peticiones, salgo del despacho.

Cuando entro en la pequeña cocina Sam sigue ahí.

—No sé qué haces todavía aquí, pero me alegro de verte —digo mientras dispongo todo lo necesario—. ¿A que no sabes a quiénes acabo de conocer?

—Lo sé, eso era lo que intentaba decirte antes de que te fueras.

—Bueno, pues se acabó el misterio. Ayer los vi en el ascensor y pensé que eran algún cliente importante. —Sam me mira con las cejas

levantadas y sé que algo se me escapa.

—¿Seguro que no los has visto en otro lugar?

—¿Cómo me iba a olvidar? Están buenísimos. El jefazo, no veas, qué ojos. —Sacudo la cabeza para olvidarlo. Un romance de oficina no entra en mi lista de prioridades—. Creo que está liado con su asistente. Tendrías que ver la mirada que me lanzó ella, por poco me desintegra.

—¿No te acuerdas de lo que pasó en el bar de Matt?

—¿Qué tiene eso que ver con lo que estamos hablando? —Sam está muy rara desde que la vi esta mañana y empiezo a preocuparme.

—Cómo te lo digo sin que te caigas redonda al suelo… —Me mira como si estuviera buscando una solución para el cambio climático—. Bueno, creo que es mejor que lleve estos cafés antes de que se enfríen. Ya hablamos en la hora de la comida.

—No me puedes dejar así. Vuelve aquí —la llamo, pero me tira besos desde el pasillo mientras se va.

Nada de lo que dice tiene sentido, no es la primera vez que nos ponemos contentas en el bar de Matt, tampoco es para tanto. Su bar es frecuentado por gente joven como nosotras y no creo que nadie se haya sentido horrorizado por vernos achispadas.

Tras dejar los cafés sobre la mesa me dirijo hacia la puerta, pero antes de llegar a cruzarla el señor Smith me detiene.

—Chloe, espera. Tenemos que hablar contigo.

Se me detiene el corazón y cierro los ojos antes de girarme. El momento que tanto temía acaba de materializarse. Me van a despedir. Trago el nudo que se me forma en la garganta y me doy la vuelta con una sonrisa fingida en los labios.

—Siéntate —dice mi nuevo jefe con sus ojos enigmáticos puestos sobre mí. Me indica con la mano una silla que estaba disponible al otro lado de la gran mesa de reuniones donde estaban sentados, el señor Smith nunca la había utilizado. Intimidada, me siento y espero impaciente el veredicto.

Las palabras que escucho a continuación me sorprenden. No esperaba que mi antiguo jefe intercediera por mí, pero así ha sido. El señor Smith abaló mi desempeño profesional y consiguió que Nicholas me diera una oportunidad de formar parte del nuevo equipo que estaba constituyendo. Van a tocar a todos los departamentos y no puedo dejar de pensar en Sam. Ella tendría que sacar su as de la manga para que no la echen, por lo menos una fracción insignificante de lo que es capaz.

—Agradezco la oportunidad, señor Hayden. Daré lo mejor de mí —me sorprendo con la intensidad que adquiere su mirada al escucharme. Es como si estuviéramos hablando de cosas diferentes. La bruja de su asistente repiquetea el bolígrafo en la mesa en una clara

señal de desacuerdo. Esa mujer me dará problemas, tengo que encontrar una manera de ganármela. Mi futuro y el de mi niña dependen de este trabajo.

—Lo sé, casi nunca me equivoco. Te quedarás bajo la supervisión de Martina hasta que nos vayamos. Cuando venga el nuevo director dentro de tres meses serás su asistente personal.

Felix es el siguiente en hablar. Me explica cuáles serán mis funciones, los acuerdos de confidencialidad que deberé firmar, las horas extras que estaba obligada a hacer. Me desespero al saber que doblan las habituales, aunque por suerte el sueldo compensa el sacrificio. Eso sí, solo lo voy a recibir cuando ocupe el puesto. De momento voy a ser una especie de felpudo de la bruja de Martina. Ya me veo haciendo fotocopias y sirviendo cafés de un lado a otro.

Me quedo con Sam a la hora de la comida y por fin suelta la bomba, bomba que me explota en la cara y me deja noqueada. Resulta que el hombre del que apenas logro acordarme del todo y con el que bailé de forma sensual es mi nuevo jefe. Ahora os preguntaréis: ¿cómo es posible que no me recuerde de su cara? Pues, según Sam, estábamos dando un espectáculo de lo más *sexy*: él pegado a mi espalda, con la cabeza apoyada en el hueco de mi cuello, sus manos deslizándose entre mis senos y mi bajo vientre; yo con los ojos cerrados, una mano en su cuadril y la otra enterrada en su pelo, moviéndonos como si estuviéramos haciendo el amor. Dios bendito, me sube la temperatura con solo imaginarlo. Temperatura que baja a cero grados con lo que viene a continuación.

—De repente sales corriendo sin previo aviso y sin mirar atrás, te metes en el baño y vomitas hasta tu primera papilla —dice poniendo cara de asco—. Tranquila, nadie se enteró de esa parte. Cuando salimos, él y su amigo ya no estaban. Esta mañana los vi aquí y casi me da algo.

—Dime que todo eso es mentira, que ha sido un mal sueño. ¿Cómo le voy a mirar a la cara ahora? —digo consternada. Cada vez que cierro los ojos siento su cuerpo pegado al mío, su erección presionándome el trasero, sus dedos peligrosamente cerca de mi pubis —. Dios, me quiero morir.

—No seas dramática, sois mayorcitos para saber separar las cosas. Tampoco es para tanto, solo ha sido un baile, uno muy caliente. Hazlo como si no te acordaras de nada, dudo que él saque el tema.

Decido que Sam tiene razón y me preparo para hacerme la loca. Hay mucho en juego para que ande con melodramas baratos.

La tarde pasa sin sobresaltos, ya que mi nuevo jefe y su equipo están visitando las instalaciones. Yo me quedo con el señor Smith para ayudarle a recoger sus cosas. Mañana será el primer día tras el cambio.

—Tranquila, lo vas a hacer muy bien —dice mi exjefe sorprendiéndome. No sabía que era tan fácil de leer.

—Gracias por el voto de confianza. Prometo no dejarle en mal lugar. —Le brindo una sonrisa sincera.

Recojo a mi niña después del trabajo y, a diferencia de otras veces, Giulia no está sola. Le hace compañía su hija, que vive en Topeka, una ciudad que está a dos horas y media. A ella nunca pareció importarle demasiado su madre, pero en los últimos meses empezó a frecuentar su casa con más asiduidad. Creo que se siente amenazada por el cariño que nos ha cogido, sobre todo a Reese.

—¿Dónde está Giulia? —pregunto al no verla por ningún lado.

—La tata está malita, mami, y Jessica no me deja verla —dice con los ojos anegados en lágrimas, su labio inferior empieza a temblar y no lo soporto más.

—Claro que podrás verla, tesoro. Jessica solo quería que se recuperara un poco. Ahora iré a verla y si se encuentra mejor, te llevo con ella, ¿de acuerdo? —La abrazo para tranquilizarla y me levanto decidida. Por más hija que sea, no va a impedir que vea a mi amiga.

Al pasar por al lado de Jessica siento su animadversión hacia mí, aunque prefiero pensar que son los celos, que no la dejan actuar con más afabilidad. De lo contrario, las cosas se van a poner feas. Sigo el camino que ya conozco de memoria y entro sin hacer ruido a la habitación de Giulia. Parece intuir que no está sola y abre los ojos.

—Hola. ¿Cómo te encuentras?

—Hola, cariño. No sé qué ha pasado, de repente empecé a tener mucho sueño. ¿Dónde está Reese?

—En el salón con Jessica, está deseando verte.

—No creo que sea buena idea. Ya no tienes edad para estar cuidando a una niña tan pequeña —dice Jessica a mis espaldas y siento como si un cuchillo me atravesara el corazón. Mi hija la adora, es como su abuela, la única que ha conocido.

—Mira, Jessica —contesta Giulia—. Sé que lo dices por mi bien, pero Reese es como una nieta para mí. Ella me ha devuelto la alegría cuando tú decidiste irte lejos con ese novio tuyo. No te estoy echando nada en cara, solo digo que no puedes volver y disponer de todo como te da la gana. Tanto Chloe como su hija forman parte de mi vida, me gustaría que lo aceptaras e hicieras un esfuerzo por conocerlas.

Me levanto para dejarlas solas, ya que la situación es bastante incómoda y muy a mi pesar somos las intrusas. Aunque mi hija tiene otros planes e irrumpe en la habitación como un terremoto.

—¡Tata, ya no estás malita! —Se sube a la cama y se abraza a Giulia como una garrapata. A ver quién la saca de aquí ahora.

—Tesoro, es mejor que nos vayamos a casa, dejemos que Giulia

descanse para que pueda recuperarse pronto.

—No, yo cuidaré de la tata, soy doctora y tengo un maletín —dice en tono solemne—. Le daré jarabe y le pondré una inyección como a Daisy.

—Seguro que con los cuidados de mi médica preferida me pondré buena enseguida —dice Giulia para después abrazarla y llenarla de besos.

Intento por todos los medios sacarla de la cama, sin embargo, entre su pataleta y las ganas de consentirla de mi amiga acabo decidiendo pasar la noche en su casa. Al día siguiente tendré que llamar a una de las canguros que tengo apuntadas en la agenda para llevarla al cole y recogerla por la tarde; quizás deba ponerla en el aula matinal y en el comedor para aliviar la carga de mi amiga. Otra opción es poner una persona de forma permanente para ayudarla mientras no llego del trabajo. Hablaré con ella y solo descansaré cuando se haga un chequeo médico. Giulia es demasiado importante para nosotras, jamás pondría su salud en peligro. Además, su hija estaría encima como un halcón, esperando cualquier fallo para apartarnos; nos ve como una amenaza y está dispuesta a defender su territorio a cualquier precio. Me da mucha pena y más sabiendo lo mucho que Reese la quiere, pero si las cosas se complican más de la cuenta, tendré que apartarme por el bien de mi amiga. Jessica tiene prioridad sobre nosotras. «A veces la vida es tan injusta…», me digo para mis adentros al ver cómo mi niña se queda dormida en sus brazos.

Antes de cerrar los ojos me viene a la cabeza la imagen de Nicholas y me estremezco al recordar lo que sentí teniendo su cuerpo pegado al mío. Va a ser un infierno trabajar con él sin caer en la tentación, y más conociendo su «potencial». Mañana será un día duro, muy duro.

Capítulo 3



Estoy más nerviosa de lo normal, hoy es el primer día con mi nuevo jefe y no tengo ni idea de lo que me espera. He intentado seguir mi rutina habitual hasta que me dijeran lo contrario.

El corazón me galopaba en el pecho cuando me atreví a tocar la puerta con tres toquecitos. Preciso acabar con la tortura de la espera y la incertidumbre. Nadie contesta, por lo que me giro para volver a mi escritorio y me choco con un robusto pecho. Él me sujeta para impedir que me desequilibre, me sostiene la mirada y por un momento me siento trasladada a la noche del bar. El deseo me golpea en calientes oleadas, nublando mis sentidos.

—Buenos días, señorita Moore —dice en un tono desproveído de

emoción, contradiciendo el ardor de sus ojos.

—Buenos días, señor Hayden —contesto sin apartar la mirada.

—Necesito que hagas un par de videollamadas, encontrarás los números en mi agenda. La he sincronizado con la de la empresa.

—Ahora mismo. ¿Algo más, señor? —pregunto sin ceder un ápice de terreno a nuestra gran batalla de miraditas.

—Eso es todo, por ahora.

Sus últimas palabras suenan a promesas, promesas pecaminosas que van mucho más allá del ámbito laboral. Me apresuro a atender su mandado con el corazón latiendo a mil por hora. No sé cómo voy a resistir tres meses a su lado sin volverme loca. Sin desear sentir sus manos sobre mi cuerpo como en el bar de Matt cada vez que cierro los ojos…

«Deja de torturarte y ponte a trabajar. Piensa en el alquiler, en la factura de la luz, en tu niña», me digo a mí misma. La sola mención de mi pequeña me trae de vuelta a la realidad. Nuestro futuro depende de este trabajo, no puedo ponerlo en riesgo por un polvo de oficina.

Centro mi atención en mis obligaciones y aparto de mi cabeza esos ojos azules que me miran como si estuvieran desnudándome. Aunque trabajar bajo el mando de Martina no está resultando fácil. La Bruja Mala del Oeste, como la llamo, no pierde oportunidad de reprocharme y de recordarme cuál es mi lugar.

—Te voy a dar un consejo. Nicholas está acostumbrado a seducir, a él le da igual que sea rubia, morena o pelirroja, el problema viene cuando obtiene lo que quiere y me toca a mí deshacer el escollo. Así que, si eres lista y quieres mantener tu puesto, mantente alejada. No me gustaría dejar a una madre soltera en la calle.

Boqueo un par de veces, tomando aire y buscando las palabras para combatir el veneno que sale de la boca de Martina.

—¿Me has investigado? ¿Quién te crees que eres? ¿Cómo osas siquiera mencionar que tengo una hija?

—Relájate, ¿quieres? Investigamos a todos los que trabajan con información sensible —utiliza un tono conciliador—. No soy el enemigo, es solo que ya sé el resultado y siempre me toca a mí recoger los platos rotos. Créeme, te hablo con la mejor de las intenciones.

Mi desconcierto es tal que me quedo sin argumento, aunque ni loca me creo su discurso. Se ve de lejos que está intentando eliminar a la competencia. Además, su consejo me sobra, no pienso sucumbir a los encantos de Nicholas por más que lo desee.

A la hora de la comida me reúno con Sam y le cuento lo sucedido. Ella piensa lo mismo, Martina está enamorada de Nicholas y no soporta ver a ninguna mujer merodeando a su alrededor. También le cuento lo sucedido con Giulia y no le sorprende, ya lo había visto venir e incluso me puso sobre aviso.

—Ahora dejemos de hablar sobre mí y cuéntame qué tal va en tu departamento. Espero que les enseñes de lo que eres capaz. Bueno, no de todo. —Miro de un lado a otro—. Ya me entiendes.

—En eso estoy. He dejado a Felix y a todos con la boca abierta.

—Felix, ¿ehmm? —sonrío ante su cara de atontada.

—Dios, es que está tan bueno.

—Sí que lo está. Ambos lo están. Pero yo pienso resistirme y espero que no cometas ninguna locura. Ellos se van en tres meses y nosotras nos jugamos nuestro puesto de trabajo.

Me paso la tarde como el felpudo de Martina, atendiendo a sus peticiones cada cual más estúpida y que de poco me servirán para desempeñar con eficiencia mis funciones como asistente del nuevo director. Empiezo a ponerme de mal humor.

—Hay que terminar esos informes para mañana. Nicholas los necesita a primera hora.

Miro las tres carpetas que me tira sobre la mesa y me pongo a temblar, es imposible que acabe a tiempo, perderé el autobús de la empresa si hago horas extras.

—Tengo que recoger a mi niña, no puedo quedarme pasadas las seis y media —digo ocultando que el único medio de transporte del que dispongo es el de la empresa. El orgullo me impide darle más munición para que pueda seguir humillándome.

—No es mi problema, y te sugiero que busques una solución, como asistente del nuevo director tendrás que hacer muchas horas extras.

—Esto no supondrá ningún problema. No te preocupes —digo entre dientes. Iré caminando si hace falta hasta el pueblo, pero no pienso humillarme ante esta arpía estirada.

Espero hasta perderla de vista y llamo a Sam. Mi amiga prefiere ir en coche y si no fuera una conductora temeraria, estaríamos compartiendo vehículo. No lo coge y tras el cuarto tono decido colgar, ya la volveré a llamar cuando esté cerca de la hora de salida.

Me centro en acabar los informes y, por suerte, lo consigo. Y como me queda algo de tiempo decido pasarme por el departamento de Sam. Nicholas y Martina están en la fábrica y ya no vuelven a la oficina, así que no hay nadie a quien prestar cuentas de mi salida. Al llegar a su sala todas las luces están apagadas. ¿Qué diablos pasa aquí? ¿Dónde están todos? Miro al estacionamiento; no hay ningún coche aparcado. En ese momento percibo que está oscureciendo, compruebo la hora en mi móvil y palidezco, son las siete. Vuelvo sobre mis pasos y hecho un vistazo al reloj digital que está sobre mi mesa, con el que por comodidad y costumbre me suelo guiar. Marca una hora menos. ¿Cómo es posible? Esta mañana funcionaba perfectamente. Se me pasa por la mente una sospecha y la descarto

por lo enfermiza que es, Martina no haría algo tan sucio.

Sin perder ni un minuto salgo del edificio y me despido del guardia de seguridad, este me mira extrañado al ver que me dirijo caminando al portón de salida. Podría llamar a un taxi, pero esta semana ando corta de dinero, he tenido que comprar ropa para Reese, así que me toca caminar una hora hasta la gasolinera que está a las afueras. Allí encontraré algún conocido que me acerque al centro de la ciudad, luego recogeré a mi niña y antes de las once estaré en casa. Gimo solo de pensarlo y llamo a Giulia para avisarla de que llegaré tarde. No le cuento dónde estoy ni lo que tendré que hacer para llegar, se volvería loca, y sin necesidad. Vivimos en un pueblo tranquilo, aquí nunca pasa nada.

Tras unos minutos andando a paso ligero descubro que los mocasines de tacón medio que llevo no son los más cómodos para esta tarea, también descubro que las luces dispuestas a un lado y otro de la carretera no iluminan lo suficiente. Miro de soslayo los campos de trigo, se mueven como si estuvieran bailando al son del fuerte viento que empieza a soplar. La vista sería preciosa si no estuviera sola en una carretera desierta. El miedo empieza a dominarme hasta tomar el control, incluso creo escuchar voces traídas por el ulular de aire. De repente me siento en la película de terror *En la hierba alta* basada en la novela de Joe Hill y de Stephen King. Esta cuenta la historia de dos hermanos (Becky y Cal) que están delante de un campo de hierba alta, como este. Me estremezco mirando en todas direcciones, siento que en cualquier momento algo saltará sobre mí. En la película los hermanos escuchan el llanto de un niño perdido y se meten en el cultivo para rescatarlo. Pero una fuerza siniestra los desorienta y los separa. Se quedan aislados del mundo y sin salida, y…

—Joder, Chloe, déjalo ya —digo en voz alta. Estoy a punto de echarme a llorar. Mientras miro la hora en el móvil me doy cuenta de que esta ha sido sin duda la peor idea que he tenido en mi vida, llevo treinta minutos de caminata y volver no es una opción viable. Solo me queda seguir adelante.

Justo en ese momento unos faros iluminan la carretera, me giro y la luz me ciega. Un grito muere en mi garganta cuando escucho que me están llamando. Es Nicholas, reconozco su tono de voz. Mi miedo es tal que incluso olvido el bochorno que supondrá dar explicaciones. Me acerco a su coche y me meto dentro sin esperar invitación.

—¿Se puede saber qué hacías sola en medio de una carretera desértica a esas horas de la noche? ¿Acaso has perdido el juicio? —me grita pillándome desprevenida. Le miro boqueando como un pez, no sé por dónde empezar, sin embargo, su mirada reprobatoria saca mi carácter y contrataco.

—Me va a disculpar, señor Hayden. Si no me hubiera exigido esos

tres informes a última hora, no hubiera perdido el autobús de la empresa.

Ahora es su turno de mirarme desconcertado, y tras un rato de escrutinio veo preocupación en sus ojos.

—¿Estás bien? Parecías muy asustada cuando te metiste en el coche.

—Estoy bien. Aunque debo reconocer que no fue una buena idea ir caminando.

—No, no lo fue. ¿Dónde está tu coche? ¿Por qué no llamaste a un taxi o pediste a alguien que te recogiera?

Demasiadas preguntas y algunas difíciles de responder si pretendo mantener la dignidad intacta.

—Mi coche ha muerto, los del taxi no me cogían el teléfono. —Miro por la ventana ocultando la mentira—. Y mi amiga Samantha no daba señales de vida.

La respuesta pareció convencerle, pues se limitó a conducir en un completo silencio, roto solo al entrar en el pueblo:

—Indícame la dirección a tomar.

Le voy guiando por las calles poco transitadas y en un parpadeo llegamos a mi barrio. Antes de que se acerque a mi casa le pido que pare.

—Deténgase en la casa de la verja blanca. —Le indico con el dedo—. Gracias por traerme, señor Hayden. Disculpe las molestias.

No dice nada, solo me mira con esos ojos azules tan profundos. Me bajo del coche apresurada y antes de que llame al timbre Giulia sale a recibirme. Dirige la vista a algo detrás de mí, y me giro para encontrarme a mi jefe apoyado en su coche como si tuviera todo el derecho del mundo a esperarme.

—Dile a tu amigo que pase, voy a ir a por las cosas de Reese.

—¿Qué haces? —pregunto a Nicholas en voz baja, pero ante su silencio entro al salón de mi amiga para recoger a mi hija. Doy gracias al cielo por encontrarla dormida, de lo contrario el interrogatorio sería interminable.

Ella se remueve y protesta al ser sacudida. Cada vez me cuesta más cargarla en brazos con lo grande que se está haciendo. Giulia se acerca con su mochila para ponérmela sobre el hombro.

—Tienes mucho que contarme, jovencita.

—No es lo que estás pensando. Es mi jefe, solo me ha traído a casa porque perdí el autobús de la empresa.

No me cree, lo veo en su mirada y en la sonrisa que tiene incrustada en los labios. Me tocará contar la versión larga de los hechos, la que le había ocultado para no asustarla. Le deseo buenas noches y le deposito un beso en la mejilla. Ella nos acompaña hasta la puerta y se despide de Nicholas sin ocultar su admiración. Las cosas se

están complicando a pasos agigantados.

—No hacía falta que me esperara, vivo a unas cuantas casas de aquí —susurro para no despertar a mi pequeña.

—Estaré más tranquilo si te dejo sana y salva en tu puerta —me dice sin apartar la mirada de Reese—. Déjame a mí.

Todo sucedió demasiado rápido, en un momento estaba en su coche y en otro estoy en la habitación de mi peque acompañada por mi jefe.

—Es clavadita a ti —dice poniéndola en su cama. Reese abre sus enormes ojos marrones verdosos, le mira con atención, le sonríe y después me mira a mí.

—Me has traído un papá —dice sin perderle de vista.

—Es mi jefe, tesoro. —Acaricio su mejilla y le beso la frente—. Sigue durmiendo —digo con voz suave mientras toco su pelo. Mis caricias consiguen que cierre sus ojitos y se deje atrapar por el sueño.

Abochornada, me giro y le encuentro mirándome con una media sonrisa, de esas que Sam y yo calificamos como «desintegrabragas». ¿Qué le estará pasando por la cabeza? Quizás piense que estoy a la caza de un padre para mi hija. Casi gimo de horror.

—Está en una fase en la que cualquier hombre que se nos acerca le parece un potencial candidato para ser su papá. Lo siento mucho.

Me vuelvo al salón con la esperanza de perderle de vista, pero no se muestra dispuesto a abandonar mi casa. Al contrario, se toma la libertad de sentarse sin ser invitado. A mí solo me queda ser educada y ofrecerle algo. A fin de cuentas, me ha salvado de mi peor pesadilla.

—¿Quieres tomar algo?, un refresco, agua, un café. También te puedo preparar un bocadillo, ya es tarde y me imagino que tendrás hambre.

Otra vez esa mirada, mirada que dice con todas las palabras que se comería mucho más que un bocadillo. Una ola de calor me azota el cuerpo de arriba abajo.

—Un bocadillo estaría estupendo. Me muero de hambre.

«Dios bendito, dame fuerzas para mantener a ese hombre alejado de mi cama», me digo mientras huyo en dirección a la cocina. Respiro hondo un par de veces, pero las imágenes de nuestro baile en el bar de Matt se cuelan en mi cabeza. Gimo con el recuerdo de su erección presionándome el trasero, de sus manos amasándome los senos…

—¿Te echo una mano?

—Sí, por favor —digo sin pensarlo abriendo los ojos de golpe. Por un momento me trasladé al instante más *sexy* que he vivido en los últimos tiempos—. No, quiero decir, no hace falta. Siéntate, no tardaré —añado como si estuviera leyendo el guion de una mala película.

Sigo señalando con el dedo la isla de la cocina y no dejo de apuntarla hasta que no oigo que arrastra la silla, y solo entonces

respiro aliviada. Estoy segura de que la nebulosa sensual en la que estaba sumergida se refleja en mi rostro. No sé qué hubiera pasado si nuestras miradas hubiesen conectado. En realidad, lo sé, pero prefiero obviarlo. Creo escuchar su risa, pero la ignoro y me centro en la preparación de unos cuantos sándwiches de pollo. Nunca extender unas cucharadas de mi relleno preferido en dos rebanadas de pan me consumió tanto esmero y concentración.

Con mi cuerpo y mis neuronas ya bajo control, me acerco a la isla y lo dispongo todo utilizando unos manteles individuales con motivos de mariquita. Veo cómo los mira con las cejas levantadas y no puedo evitar sonreír.

—Es lo que pasa cuando tienes una niña pequeña en casa.

Le acerco una cerveza y me dispongo a tomar mi cola *light*. Me centro en la comida evitando mirarlo por completo. Siento que en cualquier momento todo volará por los aires. El silencio es cómodo, cada uno perdido en sus pensamientos.

—¿Qué pasó con el padre de Reese?

Su pregunta me pilla por sorpresa y quizás por eso me limito a contestar sin analizarlo.

—Perdido en algún lugar del mundo. Antes de que Reese naciera intentó enviarme un cheque, como si con eso cumpliera su parte. No lo acepté y nunca más supe nada de él.

—Menudo gilipollas. Estoy seguro de que estáis mejor sin él.

Hago un movimiento afirmativo con la cabeza y apuramos lo que queda del bocadillo. Un rato después le acompaño hasta la puerta. Nos quedamos mirando sin saber qué decir, luchando contra las palabras que nuestros cuerpos ansían gritar a los cuatro vientos.

—Tenemos que hablar de lo sucedido aquella noche —me dice al fin—. No puedo quitármelo de la cabeza.

—Sí, lo sé —contesto con un susurro—. En otro momento —pido optando por huir como una cobarde.

Acepta mis palabras y, antes de perderse en la noche, deposita un beso en la comisura de mis labios.

Capítulo 4



La siguiente semana pasó sin más incidentes. Salía siempre a mi hora y la Bruja Mala del Oeste parecía haberse olvidado de mí. El que también lo hace ahora es mi jefe, desde que hemos asumido que hay algo pendiente entre nosotros no ha vuelto a acercarse ni a mirarme como antes. Quizás tener a mi hija en brazos le hizo huir despavorido, muchos hombres lo hacen. Además, tengo el agravante de trabajar para él, solo eso ya es motivo para mirar a otro lado.

Debería estar agradecida, mi puesto de trabajo es lo único que importa, pero no es así. En el fondo siento un anhelo, uno desconocido. Uno que crece cada día y me hace soñar y desear cosas imposibles. La soledad empieza a pasar factura.

Vuelvo a la realidad y me fijo en mi amiga. Parece estar a kilómetros de distancia.

—Sam. —Chasco los dedos delante de su cara para atraer su atención—. Me estás ocultando algo, te conozco. Todavía no me trago eso de que te quedaras sin batería el otro día. Desembucha.

—Es mejor que no lo sepas. —Mira a todos lados antes de proseguir—. Tiene que ver con mi otro trabajito.

—Dios, Sam. Tienes que dejarlo. Cualquier día de estos saldrás en los periódicos, en las páginas policiales.

—Tranquila, no me pasará nada. Es por una buena causa —dice sin convencerme—. Ahora cuéntame, ¿qué tal los avances del macizorro? Pensaba que era más espabilado, me está decepcionando.

—Calla. Yo agradezco que haya decidido olvidarlo. Liarme con él solo me traerá problemas.

—Problemas y multitud de orgasmos. ¿Has visto el tamaño de su…? —Utiliza las manos para dejarlo claro.

—Dios, no me lo pongas más difícil. Mejor me voy a trabajar. Martina no tardará en llegar.

Dejo mi café sin terminar y a mi amiga con ganas de seguir insistiéndome para que caiga en la tentación. Según ella, me tomo la vida demasiado en serio. Puede que sea verdad, tengo responsabilidades y no puedo pensar solo en mí. De vuelta a mi mesa me encuentro a Nicholas esperándome.

—Buenos días, señor Hayden. —Su mirada se desliza por mi cuerpo con premeditada lentitud. Esta mañana opté por un vestido entallado de color verde oscuro con unos enormes puños de piel sintética y un amplio cuello redondo. Quizás, inconscientemente, era eso lo que buscaba: atrapar su atención. La lujuria me invade y esa corriente electrizante comienza a recorrer todo mi cuerpo.

—Pase a mi despacho, señorita Moore —su tono es imperativo y eso me calienta aún más si cabe.

No se detiene y después de ponerme en marcha le veo apoyarse en el escritorio con las piernas cruzadas y las manos a cada lado del cuerpo. Su figura impone, es alto, fuerte, me saca por lo menos una cabeza, y eso que soy alta. Su pelo castaño oscuro cae en ondas desordenadas, dándole un aspecto indómito; su boca de labios firmes y masculinos me hace pensar en si sus besos serán duros y exigentes.

—Cierra la puerta.

Me estremezco sin poder evitarlo. Y aun sabiendo que no debo atender su petición, doy dos vueltas de llave en la cerradura. Me flaquean las piernas y me apoyo en la madera para no caerme. Su cuerpo se tensa y su respiración se vuelve errática. Sus ojos arden de pasión y su deseo multiplica el mío. Mi cuerpo anhela sentir el suyo. Sin embargo, ninguno de los dos da el primer paso.

No sé quién cedió primero o si lo hicimos a la vez. Solo sé que la mecha se ha prendido y la lujuria nos está devorando. Su boca devora la mía mientras nuestras manos tantean libres. Tira de mí hacia él, envolviéndome con sus brazos, pegando su cuerpo duro y fuerte al mío.

—No creo que sea buena idea —digo con el último vestigio de cordura que me queda.

—Es probable, pero ya no puedo más. Te he deseado desde que te vi por primera vez, no pienso en otra cosa que no sea estar dentro de ti —susurra y continúa besándome: la mandíbula, la barbilla, avanzando por mi cuello, donde me clava los dientes en un delicioso mordisco.

Gimoteo y siento como el placer desciende hasta mi vientre. Baja el cuello del vestido y hunde la cara entre mis pechos, me besa cada uno y los rodea de forma suave con las manos.

—Dime que también lo deseas —me pide con voz ronca y sigue con su lengua, torturándome. Me mordisquea un pezón y con la punta de los dedos rodea el otro, lo aprieta y tira con la fuerza suficiente para que una descarga de gozo y dolor me atraviese el cuerpo—. Dilo —implora con desesperada urgencia. La misma que me consume.

—Oh… Sí —digo al sentir su mano deslizarse entre mis piernas. Me toca por encima de las bragas. Gruñe al encontrarme lista para recibirle y el corazón se me dispara por el hambre que hay en sus ojos. Sus dedos no tardan en encontrar la entrada de mi sexo—. Por favor —le suplico con voz áspera y muevo las caderas impaciente.

A continuación, introduce un dedo, gimo, lo saca y vuelve a meterlo, ahora son dos y grito. Mientras tanto, sigue torturando mis pezones, ya estoy temblando. Empieza a sacar y a meter los dedos cada vez más profundamente, más rápido y con más fuerza. Se inclina y me besa, un beso exigente, primitivo. Lo siguiente que noto es el cuero frío del sillón en mi espalda, no sé cómo he llegado hasta aquí ni cuándo me despojó del vestido y de la ropa interior.

Se posiciona entre mis piernas y me coge por la nuca.

—Mírame, Chloe. ¿Estás segura de que es esto lo que quieres? Ya no habrá vuelta atrás —me dice con voz ronca. Gimo al sentir cómo roza su pene por mis labios vaginales, presionando mi clítoris, volviéndome loca de deseo.

Asiento con la cabeza, jamás me sentí tan bien como en este momento. Y para dejarle claro mi decisión, separo bien las piernas para que pueda acomodarse.

—No tienes idea de lo mucho que deseaba estar aquí, con mi polla enterrada dentro de ti.

La intensidad de su mirada me hace arder de anticipación.

—Hablas demasiado —consigo decir antes de que entre en mi

interior con una sola estocada. Jadeamos de placer por la explosión de sensaciones que recorren nuestros cuerpos. Su boca captura la mía al tiempo que él empieza a moverse con lentitud, ensanchándome, dilatándome para que pueda albergarlo en su totalidad.

Su pene sale de mi sexo y entra de nuevo con una brusca embestida que me hace gemir por la deliciosa sensación de estar llena. Voy a explotar de tanta lujuria.

—¿Estás bien? —me pregunta con la respiración agitada.

—Sí —contesto con un hilo de voz. Sus embestidas alcanzan un ritmo enloquecedor. Entra y sale sin darme tregua. El orgasmo no tarda en formarse en mis entrañas. Él lo siente e intensifica sus movimientos, rotando las caderas, conduciéndonos a un camino sin retorno. Mi cuerpo convulsiona y me corro con una intensidad abrumadora. Entonces me cubre la boca con la suya, ahogando mis jadeos y gruñidos con la lengua. Su clímax sigue al mío y sin importar dónde estamos o si alguien nos escucha, nos dejamos consumir por la pasión.

—Deberíamos vestirnos. Martina no tardará en llegar —digo cuando se cae hacia un lado, llevándome con él. Me retira el pelo de la cara, con los ojos fijos en los míos.

—Sabes que mi asistente no viene hasta bien entrada la mañana y que yo sepa no tengo ninguna reunión a primera hora. Dime lo que de verdad te preocupa —me pregunta mientas se deshace del preservativo, el cual anuda y tira en la papelera que está bajo su escritorio.

Me estremezco ante sus palabras. Miles de cosas me preocupan, entre ellas quedarme sin trabajo por liarme con el jefe.

—Eso que hicimos, que, por cierto, ha estado increíble —una sonrisa de suficiencia se dibuja en sus labios y pongo los ojos en blanco—, no está bien y lo sabes. Eres mi jefe y jamás deberíamos haber cruzado la línea.

—Lo sé, pero somos mayorcitos para separar las cosas. Además, si lo piensas bien, no soy tu jefe, lo será el nuevo director dentro de un par de meses.

—Eso es todavía peor. Eres el jefe de mi jefe —me quejo pensando en el poder que tiene y en lo insensata que he sido.

Me levanto para vestirme al notar cómo el frío me empieza a invadir y él también lo hace en silencio.

—¿Por qué no hacemos un pacto?

Le escucho con atención y me parece un trato aceptable: disfrutaremos del sexo sin ataduras ni compromisos siempre y cuando ambos estemos de acuerdo. Lo que pasa mientras estemos desnudos solo concierne a Chloe y a Nick, el señor Hayden jamás entrará en la ecuación, por lo tanto, nada de lo que suceda entre nosotros podrá ser

usado en nuestra contra. Suelo ser desconfiada, pero la determinación y la vehemencia que veía en esas dos esferas azules me hacen sellar en pacto. Sexo caliente en la oficina con fecha de validez y sin consecuencias. Demasiado bueno para ser verdad.

Un mes después y todo sigue su curso, el sexo continúa siendo impresionante y aprovechamos cada instante para dar rienda suelta a la pasión. Martina me delega más funciones al tiempo que pasa más horas con Felix en la fábrica, intuyo que la mano de Nicholas está detrás de la maniobra. Ella parece no darse cuenta de nuestro idilio amoroso, aunque ambos tomamos el debido cuidado al mantener un trato estrictamente profesional delante de todos. A veces lo siento demasiado frío y no puedo evitar sentirme molesta. Me hace ir por senderos que no debo.

—¿Sabías que eres muy mala amiga? —me reprocha Sam por enésima vez—. Dime algo, por favor.

—Ya te he dicho todo lo que podía decir —contesto mientras saboreo el café recién hecho.

—No. No. No. Ni de lejos.

—¿Qué más quieres saber? —pregunto exasperada. A curiosa no la gana nadie.

Su cuestionario no tiene filtro. Me pregunta por el tamaño de su pene, por las posturas que hemos practicado… ¿Y lo peor? Intenta husmear en lo más profundo de mi ser, rascando la superficie en busca de mis anhelos inconfesables, anhelos que ni yo misma sé que están ahí.

—¿Habéis tenido alguna cita fuera de la oficina? Si quieres, me quedo con Reese para que podáis pasar el fin de semana juntos.

—Lo nuestro es solo sexo. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? —contesto tajante y la dejo en la cocina con la misma excusa de siempre: Tengo mucho trabajo pendiente.

En realidad, no sé por que lo hace, ella no es ninguna romántica empedernida ni cree en los príncipes azules. Y sabe muy bien que yo tampoco lo soy, es más, ser madre soltera me ha endurecido el corazón y mis expectativas de encontrar en amor son casi nulas. Lo único que me mueve es tener un trabajo con el sueldo suficiente para que a mi niña no le falte nada. Ese es mi objetivo, esa es mi meta cuando mi levanto por la mañana. Lo del sexo en la oficina es algo pasajero que pienso disfrutar mientras dure. Nada más y nada menos. Sexo puro y duro. A veces muy duro y exigente. A Nick, como le llamo en nuestros momentos de intimidad, le gusta dominar, y a mí, por sorprendente que parezca, me gusta que saque ese lado suyo, aunque no siempre cedo el control.

Volví a mi escritorio dispuesta a adelantar los informes que tenía

pendiente antes de que Martina llegara para tocarme las narices. Entretanto, a medida que me acercaba escuché su voz dentro del despacho de Nicholas; la puerta estaba entreabierta y el sonido llegó con nitidez hasta mi mesa.

—¿Hasta cuándo va a durar esto, Nicholas? Empiezo a estar harta —pregunta Martina con un tono poco profesional. Sin apenas respirar pongo atención a su respuesta.

—Durará lo que tenga que durar. No. Te. Metas. —dice Nicholas en un tono agresivo, nunca le había visto tan enfadado. ¿Estarán hablando de nosotros? No. Descarto la idea de momento. Martina no es nada suyo para hacerle reclamos. «Eso es lo que tú piensas», una vocecita empieza a gritar en mi mente. No. Vuelvo a negar con la cabeza, él no es así.

—Claro que me meto. Ya conocemos el resultado. —Me estiro para no perder detalle y sin querer me doy con la rodilla en el puñetero cajón, que una vez más olvidé cerrar, y, como en la ocasión anterior, sofoco el grito de dolor mordiéndome la mano—. Hablaremos en otro momento. Voy a la fábrica —logro escuchar a la bruja antes de que salga y pase a mi lado como si no existiera.

—¿Estás bien? —me pregunta él al ver la palidez de mi rostro.

—¿Perfectamente? —digo, y logro evitar poner una mueca de dolor.

Parece creerme, sin embargo, y sin que lo vea venir, me coge en brazos y me lleva a su despacho.

—Estás loco. Suéltame —exijo entre el enfado y la excitación.

—Loco por follarte. Por estar dentro de ti. Por sentir cómo me aprietas antes de que te corras.

Dios bendito, debería estar prohibido que alguien te hable así, y lo que es peor, que te guste y que te pongas cachonda.

Lo primero que hace es llenarme la rodilla de húmedos besos, besos que ascienden por el camino interno de mis muslos y consiguen que me olvide del dolor y todo lo demás.

Capítulo 5



Un nuevo día se asoma y me levanto llena de energía, desde que empecé con Nick madrugar dejó de suponer un sacrificio. Ahora me arreglo con esmero poniendo atención a mi vestimenta y principalmente a mi ropa interior. Tras una ducha revigorizante, sonriente, me visto y me dirijo al cuarto de mi niña. La encuentro destapada, sin los calcetines y atravesada en la cama. Da igual lo que haga o lo que le ponga, acaba siempre igual. Dormir con ella es un tormento.

—Reese, por favor, levántate. Vamos a llegar tarde —digo tras varios intentos.

—Me duele la tripa.

—No está bien mentir. Ayer te dolía el pie y anteayer la mano. Como sigas así ya no te creeré. ¿Y qué pasará si te duele de verdad?

—Hoy me duele de verdad. Me duele mucho —me dice con su vocecita llorosa y sus ojitos al borde de lágrimas; me quiero morir por haber dudado. Justo cuando voy a llamar a la canguro, me sonríe y me pregunta si pasaré el día con ella y con Giulia.

Le muestro mi enfado por su engaño y la castigo sin coger la *tablet* durante una semana. Hace un berrinche, y tengo que llevarla a rastras hasta la casa de mi amiga. Por más que me duela verla así me mantengo firme, es la tercera vez en poco tiempo que intenta engañarme fingiendo estar enferma. Cuando por fin consigo sacarla de casa, empieza a implorarme que no la deje con Jessica. La hija de Giulia trabaja por turnos y desde que su madre se sintió indispuesta decidió pasar sus días de descanso con ella. Justo ayer por la noche llegó y se quedará hasta el domingo por la mañana.

En un principio me molesté porque lo primero que hizo fue despachar a la chica que había puesto por las tardes para ayudar en los cuidados de mi niña. Tuve que controlarme para no discutir, pero después estuvimos hablando y me dijo que se sentía mal al no estar tan pendiente de su madre como debía y que pensaba involucrarse en su vida; también se disculpó por cómo se había portado con nosotras, reconoció que se sentía celosa. Lo tomé como un acto de madurez de su parte y me sentí muy feliz por el acercamiento de ambas. Además, pidió que no nos apartáramos y reconoció la importancia que teníamos en la vida de su madre. Todo me pareció demasiado bueno para ser verdad, pero, aun así, quise darle un voto de confianza. Voto que acaba de resquebrajarse por las palabras de mi peque.

—¿Por qué lo dices, tesoro? ¿Jessica te dijo algo? —La dejo en el suelo y me pongo a su altura. Veo el miedo impreso en su carita y una rabia ciega me domina. Si la tuviera delante, la despellejaría viva—. Dilo, mi amor. No tienes nada que temer, yo estoy aquí y no te dejaré sola.

Reese parece dudar y eso me llena aún más de odio, a ver qué tortura psicológica ha utilizado para tenerla en este estado.

—Jessica me ha dicho que su madre se va a morir y que la culpa es mía. Me dijo que yo soy mala y que solo pienso en mí y que si quisiera a la tata solo un poquito, la dejaría tranquila. —Las lágrimas surcan sus inocentes mejillas sin control—. No se va a ir al cielo de los animales como le pasó a nuestro pajarito Vivaldi, ¿verdad, mami?

—No, tesoro, Jessica se ha confundido. No te preocupes, hablaré con ella y le diré lo buena que eres y lo mucho que quieres a Giulia. —Le seco la carita y la lleno de besos—. ¿Te ha dicho algo más?

Aguanto la respiración y escondo mi ira en lo más profundo de mi ser. No quiero asustar a mi hija. No obstante, estoy a punto de

cometer un asesinato, ¿cómo ha podido cometer tamaña crueldad con una niña tan pequeña? ¿Qué clase de persona hace algo así?

—Me dijo que si yo te lo contaba, Giulia dejaría de hacer ropitas para mis muñecas. No me gusta Jessica, mami, es mala, muy mala. Es como la bruja de los cuentos que me lees. —Sonrío, ahora entiendo por qué llamo a Martina la Bruja Mala del Oeste.

Con Reese cogida de la mano y más calmada, me dirijo a la casa de Giulia. Estuve tentada a llamar la niñera, pero el coste de tenerla a tiempo completo es elevado y no puedo permitírmelo. Demasiados malabares tengo que hacer llamándola un par de horas por la tarde. Tendré que esperar a recibir mi nuevo sueldo para reorganizarme. La impotencia me invade al pensar en mis diferencias con Jessica. Giulia es mi único apoyo, la considero mi familia, la que he escogido con el corazón, porque la de sangre me dio la espalda cuando decidí ser madre soltera. Por suerte, viven en las afueras y hacen vida social en el pueblo que está al lado, uno más grande y próspero que este.

Aparco mis pensamientos, no me gusta ir por estos derroteros, me deprimo. Cuando miro la hora en el móvil, casi me da algo, voy a perder el autobús de la empresa. Espero que Nicholas entienda mis motivos, no quisiera que pensara que estoy abusando de su confianza. Hemos dejado claro que no mezclaríamos asuntos personales con profesionales, sin embargo, se trata de mi hija, ella tiene prioridad sobre todo lo demás.

Giulia ya nos está esperando como siempre, con su sonrisa y sus besos cariñosos. Pongo la excusa de entrar en su baño para retocarme y voy directa al cuarto de Jessica. Sin miramientos, la sacudo y a punto estoy de tirarla de la cama. Cuando consigo tener toda su atención, la reduzco a cenizas. La amenaza que lanzó a Reese es minúscula comparada con la que le hago si osa tocarle un dedo. Le digo de todo y prometo contarle lo que pasó a mi amiga si vuelve a suceder. Ella llora, pide perdón y confiesa que aquello fue antes de que habláramos y arregláramos las cosas. Parece sincera y decido creerla, quizás porque en el fondo lo necesito. Apartarme del lado de Giulia sería muy doloroso, solo de pensarlo se me parte el alma.

—Por el bien de todos, espero que estés diciendo la verdad. Yo y mi hija sufriríamos con la ausencia de tu madre, pero ella lo haría mucho más. Espero que la quieras lo suficiente para que podamos convivir en paz.

—Siento lo que pasó. No volverá a repetirse —dice y no me queda más remedio que asentir con la cabeza. La otra opción está descartada, porque no creo que mi amiga me perdonara si le diera una paliza a su hija.

Salgo de su habitación como entré, con sigilo. Después me dirijo al cuarto de baño y me arreglo como había anunciado que haría. Un

rato después me despido de mi niña y de Giulia.

—¿Cómo vas a ir a la fábrica? Si quieres, despierto a Jessica para que te lleve —Casi grito de horror. Si ella supiera.

—No te preocupes, encontraré la manera y, si no, pediré un taxi —digo para tranquilizarla, aunque esta será mi última opción. Con los gastos extras casi no me queda nada.

Dos horas después consigo llegar a la empresa. Sabía que los responsables del comedor solían ir al mercado por productos frescos, allí encontré a uno de los encargados haciendo la compra y aceptó llevarme, lo malo es que tuve que esperar a que terminara con sus encargos. Mientras tanto intenté ponerme en contacto con Nick, sin éxito. Tenía un mal presentimiento, como si lo peor del día todavía no hubiera sucedido, y Sam me lo confirmó al llamarme para preguntar dónde estaba. Al parecer, Nicholas la buscó para saber mi paradero y, según sus palabras, estaba que se subía por las paredes.

Apenas entro en la oficina siento la mala energía que sobrevuela el ambiente. Martina está sentada en mi escritorio y cuando me ve me fusila con la mirada.

—¡Ya era hora de que te dignaras a aparecer! Sabía que cometíamos un error dándote una oportunidad, eres una incompetente y si crees que acostándote con Nicholas podrás hacer lo que te dé la gana, es que no le conoces.

Respiro hondo y cuento hasta mil. No me voy a poner a su nivel, que es lo que quiere provocándome de esta forma, además de averiguar si me acuesto o no con su jefe. No pienso caer en su trampa. Estoy preparada para contestarle cuando la puerta del despacho se abre y sale Nick. Bueno, Nick no. Por su aspecto y por la mirada furibunda que me lanza, diría que estoy delante del señor Nicholas Hayden, director regional de Agrorbiotech S. A.

—Pase a mi despacho —dice en tono frío.

Martina se regodea en su satisfacción, pero la ignoro y entro con la cabeza bien alta. Llevo trabajando en la empresa tres años y es la primera vez que llego tarde, creo que soy la más comprometida de todo el edificio. La mayoría de mis compañeros de planta han pedido días de asuntos propios y muchos abusan de la baja médica. Yo siempre lo he evitado, me limité a demostrar que soy capaz de cuidar a Reese y cumplir con mis obligaciones profesionales.

—Siento el retraso, mi hija…

—No me interesan tus problemas domésticos. Por tu culpa tuve que cancelar la videoconferencia que llevaba días esperando —habla entre dientes como si quisiera suprimir una furia incontenible, una que emana por todos los poros de su cuerpo—. ¿Se puede saber dónde cojones metiste las carpetas que te di ayer por la tarde? Las que deberían estar sobre mi mesa esta mañana con sus correspondientes

informes.

Me quedo mirándolo, aún en *shock* por sus palabras llenas de ira. Los ojos me pican por las ganas de llorar, escuchar de su boca que lo que le pase a mi hija le importa una mierda me ha dolido más de lo que pudiera imaginar. Sé que lo que tenemos es solo sexo y hemos pactado no llevar temas personales a la oficina, pero joder, no soy un robot. Además, se trata de mi pequeña, de mi vida entera. ¿Con qué clase de persona me he estado acostando? Intento tragar el nudo que tengo en la garganta.

—Las carpetas están en el archivador junto con los informes. —Paso a su lado con cuidado de no rozarle, ahora mismo tengo ganas de vomitar solo con mirarlo. Tras unos minutos buscando me doy cuenta de que alguien las cambió de sitio, y no hace falta ser ningún genio para saber quién ha sido. Prefiero no decir nada, con el cabreo que tiene es capaz de decir que me lo estoy inventando—. Aquí las tiene, estaban en el cajón de abajo. Siento haberme equivocado, no volverá a ocurrir.

Mi respuesta tiene un doble sentido y espero que lo haya captado. No pienso volver a acostarme con semejante energúmeno. Odio a quienes ponen el dinero por encima de las personas.

—Estoy seguro de ello, de lo contrario no encajarías en esta empresa. Puedes retirarte —dice manteniendo el tono gélido—. Una cosa más: te quedarás a recuperar las horas perdidas.

No soy capaz de contestar y solo asiento con la cabeza. Todo el cuerpo me tiembla y tengo ganas de gritar hasta quedarme sin voz. Por suerte, Martina no está en mi escritorio, de lo contrario no sería capaz de contenerme. Ella tiene gran parte de culpa de la bronca que me acabo de llevar, sé que cambió las carpetas de sitio. Seguro que estaba esperando el momento oportuno para apuñalarme por la espalda. Las ganas que tengo de cogerla del moño y arrastrarla por todo el edificio solo son eclipsadas por las de pegarle una patada en los huevos a Nicholas. ¡Qué tío más capullo! ¿Cómo he podido estar tan ciega? Gruño de impotencia. Ha tenido a mi princesa en brazos, ha visto lo pequeña e indefensa que es. ¿Cómo es posible que la ignore de esa forma? Eso es lo que más me duele de todo lo que ha sucedido. Algo húmedo cae sobre la mesa y me doy cuenta de que estoy llorando, han sido muchas emociones para un solo día. Mientras me seco la cara con el dorso de la mano, me centro en lo que realmente es importante para mí, el rostro de mi niña ocupa toda mi mente y saco la fuerza que necesito para vencer a la jornada laboral.

—Gracias por esperarme —le digo a Sam, que aguarda sentada sobre mi escritorio.

—Para eso están las amigas. —Balancea los pies, haciendo chocar

las botas de estilo militar contra la madera. En otra ocasión le pediría que parara para no estropearla. Hoy, como si quiere hacer una hoguera con el mueble de caoba—. Todavía me cuesta creer que haya sido tan borde, con lo caballeroso y educado que es.

—Para que veas cómo las apariencias engañan —contesto en un tono amargo. Tenía la esperanza de que Nicholas se disculpara al darse cuenta de lo estúpido que había sido, pero no lo hizo, como tampoco se preocupó por el medio de transporte que utilizaría para irme a casa. Pasó por mi lado y se despidió con un escueto «buenas noches» con el que tuve ganas de mandarle a la mierda.

Dos horas y media después de aquello, abandonamos la empresa. Mi amiga ha estado contando chistes malos todo el tiempo, me he partido de la risa e incluso he conseguido olvidar el motivo por el cual estaba allí. Sin embargo, para mi completa sorpresa Nicholas me está esperando abajo y al ver a Sam a mi lado, se queda desconcertado. Yo hago como si no existiera y tiro del brazo de mi amiga para que no se detenga a saludarlo siquiera. ¿Quién se cree que es?

—¡Qué fuerte! Lleva esperándote en el aparcamiento todo el rato. Querrá disculparse —dice Sam mirándolo de soslayo.

Él sigue de pie, recostado sobre su coche, mirándonos marchar con su cara de desconcierto y decepción.

—Que se meta las disculpas por donde le quepan.

—Muy bien, amiga. Que sufra. Se lo merece por imbécil.

Intento olvidarle y me centro en el parloteo de Samantha, algo sobre lo que me está contando me llama la atención. El nombre de Felix se repite con demasiada frecuencia y su expresión cambia cuando le menciona.

—¿Te has liado con Felix? —pregunto a bocajarro.

—¡Nooo! Jamás, es un gilipollas engreído.

—Pensaba que te caía bien.

—Eso fue antes de conocerlo mejor. —Su mirada se entristece—. Creo que nos hemos dejado llevar por sus atributos físicos, amiga. ¿Sabes cuál es nuestro problema?

—Ni idea. Ilumíname —contesto con una sonrisa. De su boquita puede salir cualquier cosa.

—Estamos muy necesitadas, los especímenes masculinos altamente bien dotados escasean en el pueblo. Tenemos que ampliar nuestro radio de acción.

Me parto de la risa con su manera tan solemne de hablar y, por supuesto, si no tuviera una niña a la que cuidar, me apuntaría a los planes que ha trazado para remediar la situación.

Giulia y Reese se ponen contentísimas al ver llegar a mi amiga, ambas se lo pasan pipa con ella. Incluso Jessica parece divertirse con las ocurrencias de Sam. Me siento aliviada, temía que la conversación

de esta mañana se quedara en balde, pero mi pequeña está contenta e interactúa con la susodicha como si no hubiera pasado nada. Cenamos todos juntos entre risas y bromas sobre el dúo macizorro, como los apoda mi amiga; lo malo es que no tiene filtro y a mi niña no se le escapa nada. Luego me toca a mí responder a preguntas incontestables.

Tras la cena, ayudamos a Giulia a recoger la cocina y nos vamos a casa. Estoy metiendo a mi peque en la cama cuando, de repente, suena el timbre.

—No te levantes —advierto—. Será la tía Sam, que ha venido a traer la bufanda que he olvidado en su coche —añado y, sin preocuparme por mis vestimentas, me dirijo al salón.

Capítulo 6



Me quedo de piedra al abrir la puerta. Delante de mí, con un aire atormentado, tengo a la última persona que esperaba ver esa noche.

—¿Qué haces aquí?

—¿No vas a invitarme a pasar? —pregunta mirándome con una intensidad que me afloja las piernas.

—No. Es tarde y cualquier asunto que tengamos que tratar seguro que puede esperar hasta mañana.

Me mantengo firme, ya no me interesan sus disculpas, como tampoco seguir acostándome con él. Mi cuerpo no está de acuerdo y reacciona al recordar sus besos, sus caricias, su voz cerca de mi oído, su aliento sobre mí… Me estremezco de pies a cabeza y noto cómo se

me endurecen los pezones, gruño mentalmente al acordarme de que no llevo sujetador. Sin pensarlo cruzo los brazos sobre el pecho en un intento de ocultar lo evidente, el movimiento repentino capta su interés y su mirada se oscurece, volviéndose negra como el océano en un día de tormenta.

—Creí que habíamos acordado no mezclar temas profesionales con personales —dice como si eso lo solucionara todo.

—Eso fue antes de saber que mi jefe es un capullo integral —contesto usando nuestro pacto en su contra.

—Mami, la tata dijo que capullo es una palabrota.

—Te dije que no te levantaras de la cama —reprendo al mismo tiempo que intento cerrar la puerta para que no haga contacto visual con Nick. Pero el muy «capullo» se me adelanta y cuela la cabeza por el hueco.

—Buenas noches, princesa. ¿Te acuerdas de mí? —Mi niña sonríe de oreja a oreja, y por supuesto que se acuerda de él, es su candidato a padre preferido. A pesar de mis intentos de quitarle esa idea de la mente y de decirle que no puede pedir a todo hombre que se le cruce por delante que sea su papá.

—Sí, eres el jefe de mi madre. —Me quito de medio para desbloquearle el paso—. ¿Quieres ver mi colección de muñecas?

Me siento aliviada al escuchar su pregunta, seguro que consigue lo que yo llevo rato intentando: que se largue.

—Me encantaría —contesta él dejándome ojiplática. Dado mi asombro, tardo en reaccionar y para cuando quiero intervenir mi niña ya lo está arrastrando de la mano a través del pasillo.

Le cogí del brazo y entre dientes le susurré:

—No puedo creer que utilices a mi hija pare entrar en mi casa. Te recuerdo que esta mañana te importaba una mierda —digo cargada de rencor y mis palabras surten efecto. La palidez cubre su cara, seguida de la vergüenza y de la culpa.

—Deja que me explique. Por favor —suplica en un susurro y se detiene en el umbral de la habitación de mi pequeña. Creo que espera mi consentimiento para ambas cosas.

—Ven. Entra —insiste Reese impaciente.

Me mira esperando una señal y no me queda más remedio que dársela. Asiento con la cabeza y me apoyo en el marco de la puerta. No pienso quitarle ojo. Minutos después mi desconcierto es mayúsculo, jamás imaginé que tuviera mano con los niños. Hasta pone voz de chica para interpretar a la princesa Anna, hermana de la reina Elsa. Tengo que hacer un esfuerzo para no reírme, misión imposible en el momento en que mi niña se toma en serio lo de caracterizarlo: le pone una peluca, una capa que apenas le llega a medio brazo, le pinta los labios de rosa y le da una varita musical de color azul. Suelto una

carcajada y me doblo por la mitad, si tuviera mi móvil lo grabaría y lo subiría a TikTok solo para vengarme de su comportamiento de esta mañana.

Nuestras miradas se cruzan y algo se remueve dentro de mí, una calidez me inunda y me doy cuenta de que mi enfado casi ha desaparecido.

—Cariño, se acabó por hoy. Es tarde y ya tendrías que estar durmiendo —digo rotunda y empiezo a quitarle todos los adornos que lleva encima. Nick se levanta y hace lo mismo.

—Jo, mami. Solo un poquito más, por favor —pide haciendo pucheros.

—No, señorita, ya tuviste suficiente. Ahora a recoger todos los juguetes y a la cama.

—¿Vendrás otro día para que sigamos jugando?

—Tesoro, el jefe de mamá es un hombre de negocios muy ocupado. Siempre está viajando de un lado a otro. Pronto cogerá su avión y se irá bien lejos. —Me parte el corazón ver su decepción, pero es mejor cortar de raíz que llenarla de falsas esperanzas.

—Ah, vale. —Se mete en la cama tras ordenarlo todo y me permite arroparla—. Buenas noches —dice mirándole a él.

—Buenas noches, princesa —contesta Nicholas ganándose una sonrisa deslumbrante de mi pequeña.

Pido con la mirada que me espere en el salón, tras su salida apago la luz y enciendo la lamparita de estrellas situada en su mesita de noche. Hablo a mi hija en un tono suave y envolvente mientras le acaricio el pelo, en unos segundos está profundamente dormida. Le deposito un beso en la frente y salgo sin hacer ruido.

Antes de ir al salón me meto en mi habitación, doy un repaso a mi vestimenta y ya que estamos me peino y me lavo los dientes. Cuando veo lo que estoy haciendo me doy una patada mental.

—No seas idiota, Chloe, mantente firme —digo en voz alta a mi reflejo en el espejo.

Nada más entrar al salón, me dirijo a Nicholas:

—Te escucho.

Durante unos minutos que parecen eternos no dice nada, solo me mira, y el anhelo que veo en sus dos esferas azules hace tambalear mi determinación. Mil preguntas pasan por mi cabeza en esa fracción de segundo. ¿Por qué se portó así? ¿Por qué Martina intenta perjudicarme? Bueno, esa respuesta parece obvia, o fue o es su amante. Me recuerdo a mí misma que en nuestro pacto no entra la exclusividad y mis entrañas se retuercen por un sentimiento de posesión desconocido.

—Ya que has sido tan directa intentaré hacer lo mismo. —Se pasa la mano por el pelo de forma compulsiva, desordenándolo aún más si

cabe—. La relación que mantengo con mi padre es muy complicada en estos momentos. No sé si lo sabes, pero él es el presidente de la empresa y yo era su brazo derecho, estaba preparándome para sustituirlo en los próximos años, cuando se jubile. —Se calla, cierra los puños y coge aire. Se nota que es un tema sensible para él.

—¿Quieres tomar algo? —pregunto aflojando la tensión.

Asiente y le sirvo la única bebida alcohólica que tengo: cerveza. Él mira el botellín y suspira, sé que hubiera deseado una buena dosis de *whisky*. Me llevo mi botella a la boca y doy un gran trago, yo con eso me emborracho. Por precaución la dejo sobre la mesita de centro y le miro pidiendo que siga.

—No obstante, todo se torció hace un año. —Vuelve a callarse, esta vez parece avergonzado—. Tuve un romance con mi secretaria y ella se volvió loca cuando lo dejamos. Se fue a la prensa y armó un escándalo que salió en todos los periódicos, los accionistas pusieron el grito en el cielo y mi padre me envió a Wichita como director regional.

Le miro con la boca abierta, jamás pensé que se tratara de un culebrón mexicano. Ahora las palabras de Martina cobran sentido. Él la lía y ella se encarga de recoger los platos rotos. Una rabia ciega me invade. ¿Quién se cree que es? ¿Cómo puede pensar eso de mí?

—Así que eso es lo que ha pasado, por eso tu ayudante me tiene tanta manía, se cree que seré la próxima loca en arruinar tu reputación. Pues entérate bien, jamás me rebajaría de esa manera por un hombre y menos por uno que no sabe mantener la polla en la bragueta y que se tira a todo lo que se menea.

Me quedo a gusto con mi sarta de improperios, pero su reacción no es la que esperaba.

—¿De qué te ríes?

—¿Estás celosa?

—No seas ridículo. ¿Cómo voy a estar celosa de ti? Lo que me faltaba por escuchar. A ver si esa cerveza tiene más grados de los que indican.

—Cielo, en ningún momento pensé que pudieras hacerme lo mismo, tampoco soy una especie de *latin lover* de oficina. Elizabeth fue la primera y juré que sería la última, pero tú te metiste en mi camino meneando ese trasero de infarto que tienes en el bar y me dejaste noqueado. —Aparto la mirada avergonzada, maldita noche, maldito alcohol—. Intenté resistir, pero me conquistaste con tu manera de ser, con tu sonrisa dulce, con tu carácter fuerte, con esos labios que me muero por besar.

Sus palabras captan mi atención y levanto la mirada. La pasión que encuentro en sus ojos me calienta y me asusta a partes iguales. No quiero dejarme llevar por lo que me hace sentir, por el deseo que me

recorre las venas y me quema las entrañas.

—Esta mañana no decías lo mismo —ataco para recuperar el control.

—Lo de esta mañana fue una equivocación, estaba bajo mucha presión. La videoconferencia era con mi padre, me quedé con el culo al aire ante él —se tensa al nombrar su progenitor—; tuve que escuchar sus reproches y te puedo asegurar que lo que te dije suena a canto celestial comparado con su repertorio de insultos. —Se acerca a mí de una zancada y me estrecha entre sus brazos—. Lo siento, siento haber pagado contigo toda mi frustración. Eres la persona que menos lo merecía y he estado todo el día sintiéndome como un miserable, deseando acercarme sin saber cómo. Veía la frialdad en tu mirada y nada de lo que pensaba decir parecía suficiente para justificar mis actos. Por eso te he contado toda la historia, quería que me entendieras, que me perdonaras.

Mi determinación se resquebraja. Su mirada suplicante, el calor de su cuerpo envolviendo el mío, todo se suma para derrumbar las barreras que había construido entre nosotros. Pienso en todo lo que pasó y en lo difícil que habrá sido para él compartir esa parte de su vida conmigo, y decido perdonarle.

—Está olvidado —susurro.

Su boca cae sobre la mía, reclamándola, y algo dentro de mí estalla. Le devuelvo el beso con ferocidad. Nuestras lenguas se encuentran, se exploran ávidas por saciar un hambre que nos consume. Sus grandes manos se deslizan por mi cuello deteniéndose en mis mejillas; con su pulgar acaricia mi maxilar provocando que un cóctel de emociones explote en mi pecho. Gimo y me mordisquea el labio, conduciéndonos a un camino sin retorno.

Le deseo de una forma primitiva y por un momento me dejo llevar por el placer. Mis manos exploran su cuerpo y las suyas se deslizan por el interior de la parte trasera de mis pantalones de chándal, cubren mis nalgas y las estrujan al tiempo que atrae mi cuerpo a su monumental erección. Me arde la entrepierna, necesito tenerlo dentro de mí.

—¿Dónde está tu habitación, Chloe? No puedo esperar más, me vuelves loco.

Su voz me trae a la realidad y cae sobre mí como un jarro de agua fría. ¿Cómo he podido ser tan descuidada? Reese puede pillarnos en pleno acto, la sola posibilidad de que algo así suceda me deja congelada y borra de golpe mi excitación. Tengo que ser cuidadosa, no puedo confundir a mi pequeña de esta forma. Sufrirá mucho si piensa que entre Nicholas y yo hay algo. Por supuesto, no entendería lo que estuviéramos haciendo, pero un beso para ella es una declaración de amor y en un periquete estaría llamando papá a mi jefe.

—Chloe, ¿estás bien? De repente sentí que te perdía. —Me levanta la barbilla en busca de respuestas.

—Lo siento, no podemos hacerlo aquí. Mi niña puede despertarse en cualquier momento. —Apoya su frente sobre la mía y respira hondo un par de veces—. Tienes que irte.

—Tranquila. Lo entiendo, aunque mi amiguito aquí abajo esté a punto de sufrir un colapso. —Hace una mueca de dolor y después sonríe de medio lado—. Tendrás que compensarme. —Deposita un suave beso en mis labios.

—Pensaré en algo —digo con una sonrisa pícara y le acompaño hasta la puerta.

—Ya sé lo que quiero —dice y sus ojos adquieren un tono profundo—. Pasa el fin de semana conmigo.

—Me encantaría, per… —Pone un dedo en mis labios silenciándome.

—No digas nada ahora. Piénsalo y si consigues arreglarlo todo, me llamas y paso a recogerte antes del mediodía.

Me quedo en el salón, sola, sumida en mis pensamientos. Deseando algo que no sé si debo aceptar. He dedicado los últimos cuatro años y medio de mi vida exclusivamente a mi hija, a sacarla adelante, a pagar las facturas, a proporcionarnos un hogar caliente y seguro. En todo ese tiempo mis anhelos fueron sofocados, la mujer joven y llena de energía que habita en mí se quedó en un segundo, no, en un tercer plano. Incluso llegué a creer que ya no estaba, que había desaparecido con las responsabilidades que conllevaba ser madre soltera. Es cierto que tengo el apoyo de Giulia y si no fuera por ella, no quiero ni pensar cómo estaría en este momento. Sin embargo, conocer a Nicholas trajo a flote esa mujer que estaba adormecida y con ella unos sentimientos peligrosos. No digo que haya sido una monja estos años; por supuesto, tuve sexo esporádico, destinado a saciarme físicamente.

Y es ahí donde reside el problema: la mujer que empieza a despertar desea más. Desea salir a cenar fuera, ir al cine un viernes cualquiera. Desea reír y bailar sin preocuparse por nada. Deseo tantas cosas que temo perder el control. Y si pierdo el control no solo sufriré yo, haré sufrir a la persona que más amo en esta vida.

Las ganas de estar con él vencen mi sentido común, muchas mujeres crean a sus hijos solas y no por eso dejan de vivir de forma plena. Hay un término medio y estoy segura de que lo encontraré. Con la decisión tomada solo me queda hacer una cosa.

—Hola. ¿Te he despertado?

—Nooo, ya sabes que soy un ave nocturna —contesta Sam mientras el sonido de dedos tecleando a una velocidad de vértigo se cuela en la comunicación.

—Ya veo, estás husmeando donde no debes.

—Sí, no puedo evitarlo. La curiosidad me puede.

—Aparca tus actividades delictivas un rato. Te necesito este fin de semana.

Mi amiga se lleva una grata sorpresa y, aunque tiene planes, los cancela para ayudarme. No es la primera vez que se ofrece a quedarse con mi pequeña para que tenga una aventura. No solo ella, Giulia lo hace de forma reiterada. No obstante, nunca me gustó endilgarle a nadie mis responsabilidades. El remordimiento y la preocupación empiezan a colarse en mi mente.

—Oye. Deja de comerte la cabeza, que ya te conozco. Disfruta, vive el momento —dice Sam liberándome de mis temores.

Capítulo 7



La espera se hace eterna y tengo que hacer un esfuerzo constante para poner fin a mis pensamientos. No dejan de repetirme que quizás me he precipitado aceptando pasar el fin de semana con Nicholas. Giulia se percata enseguida de mi estado de ansiedad e intenta calmarme.

—Cariño, tranquilízate. No estás haciendo nada malo, eres joven y va siendo hora de que vivas un poco. Además, con un hombre como ese hasta yo me apuntaría a lo que fuera.

—Sé que tienes razón. Y sí, está de muerte. —Sonrío pensando en sus atributos, unos que mi amiga solo intuye—. Pero es la primera vez que hago algo semejante, no suelo ser tan impulsiva.

Vuelvo a mirar por la ventana del salón de Giulia, he preferido

esperarlo en su casa para evitar que mi pequeña lo viera. Ella es muy lista y estaría bombardeando a Sam con preguntas desconcertantes.

Cuando lo veo salir del coche me tranquilizo, su imagen dista mucho de la habitual, siempre enfundado en trajes hechos a medida. Hoy lleva un pantalón vaquero en azul marino que le queda como un guante, una camisa negra de cuello Mao y una cazadora desabrochada de cuero también de color oscuro. Su pelo cae en ondas desordenadas sobre su rostro, se ve muy *sexy*. Me doy cuenta de que nuestros atuendos casan a la perfección, yo me decanté por un vestido largo de florecillas en tonos *beige*, unas botas de caña alta sin tacones y una parka de pana con efecto encerado en color café.

—Vete, niña. No le hagas esperar —dice mi amiga, que también le mira a hurtadillas a través de la cortina.

Me apresuro en ir a su encuentro, demasiado desconcertante sería tenerle delante de la puerta de mi amiga. Me recibe con una sonrisa ladeada y en dos zancadas se acerca a mí para coger mi maleta. Le devuelvo la sonrisa y me meto en el coche mientras espero que acomode mi bagaje en el maletero. Es todo muy raro, me siento tímida y fuera de lugar, no sé qué decirle. No es como una cita, donde tienes un montón de expectativas y vas preparada para impresionar y mostrar tu mejor versión. Nosotros nos hemos desnudado físicamente sin pudor y con desenfreno, pero nos hemos mantenido a kilómetros de distancia en el terreno sentimental. Ahora es diferente, acabamos de tomado otra dirección, una mucho más peligrosa.

Una vez pone el vehículo en marcha me dirige la palabra:

—Estás muy guapa —dice provocando que un ligero ardor me suba por las mejillas. No sabría decir la última vez que un hombre me dijo algo así.

—Tú también te ves guapo. Te sienta bien la ropa casual —digo recorriendo su cuerpo con la mirada y sin poder evitarlo me detengo en sus musculosas piernas, marcadas por los vaqueros ajustados. Un delicioso cosquilleo se instala en el centro de mi abdomen y tengo que luchar para ocultar mi deseo.

—Espero haber acertado con la elección, el pueblo es muy pequeño y no abundan las ofertas. También he pensado que querías salvaguardar tu intimidad.

Eso me pilla por sorpresa. Tengo tantas cosas en la cabeza que me olvidé de ese pequeño detalle. Las ciudades pequeñas son un incordio, no hay forma de ocultar nada. Nuestra escapada romántica hubiera salido en los periódicos.

—Gracias por tenerlo en cuenta. Aquí casi nunca pasa nada, la gente está aburrida y cuando ven algo fuera de lo habitual casi que lo celebran. Es como el estreno de una película mundialmente esperada.

—Joder, suena terrorífico. —Pone una mueca graciosa—. Creo

que no podría vivir así, sintiéndome observado a cada movimiento.

—Te acabas acostumbrando —digo mirando por la ventana, los cristales son tintados y me protegen de las miradas curiosas—. También tiene su lado bueno. Si necesitas algo, todos acuden a ayudarte.

Pasamos parte del trayecto hablando de nuestras aficiones. Resulta que a Nicholas le gusta practicar deportes de contacto como el boxeo, el taekwondo y el *kickboxing*, pero también el cine, leer y disfrutar del silencio y de la soledad. Quitando el deporte, y por increíble que parezca, ya que venimos de mundos tan distintos, tenemos gustos parecidos. Debo confesar que lo imaginaba de fiesta en fiesta codeando con mujeres espectaculares y adineradas como él.

El viaje también me sirve para saber algo más sobre su familia. Sus padres están separados y su madre reside en París, donde se encuentra la sede de la empresa. Tiene una hermana menor que vive del cuento, como el padre de mi niña. Gastándose a manos llenas el dinero de papá. Me sentí mal juzgándola, quizás si tuviera veintidós años y una cuenta con fondos ilimitados estaría en la misma situación. Yo, por mi parte, le hablé a regañadientes del padre de mi hija, de la conexión que teníamos antes de que se perdiera por el mundo. Le conté sobre la nula relación que tengo con mis padres. Hablar de nuestras respectivas familias nos sumió en un silencio introspectivo que, sin proponérnoslo, nos unió un poco más. Retomamos la conversación con un tema más ameno y mucho más divertido: las travesuras y las ocurrencias de Reese. Él había sentido en sus propias carnes las consecuencias de dejarse embaucar por mi pequeña lianta. Un poco más y le hubiera depilado las cejas y puesto tacones.

La risa cálida y *sexy* de Nicholas inunda el ambiente disipando todas las dudas que pululan por mi mente. Me siento relajada y feliz, con una tranquilidad que no tenía desde hacía mucho tiempo. Cuando quiero darme cuenta nos hemos desviado de la carretera principal y nos encontramos en una zona despoblada, el paisaje es precioso y una bonita cabaña rodeada de robles y con vistas a un gran lago despunta al final del camino.

—Es precioso, ¿cómo lo has encontrado?

—Un amigo mío de Wichita es dueño del rancho que está al otro lado de la carretera. La cabaña pertenecía a su mujer, vivía aquí antes de que se casaran y unieran sus tierras.

Tras aparcar el coche recogemos nuestro equipaje y caminamos hacia al porche. Antes de entrar echo otro vistazo a mi alrededor y me percato de lo aislada que estoy del mundo. Quizás debo sentirme abrumada, pero saber que pasaré las próximas veinticuatro horas con Nicholas lejos de todas mis responsabilidades y mis miedos me hace sentir inmensamente feliz. Una vez en el interior no puedo dejar de

admirar el buen gusto con el que está decorada. Es acogedora y romántica; con un estilo *country* donde la madera, el cuero y la imponente chimenea de piedra que preside el salón son los protagonistas. Una rústica escalera nos conduce a la segunda planta, en silencio descubrimos el dormitorio principal y la enorme cama de matrimonio que está en el centro de la habitación nos atrapa de manera irremediable.

—Debería preguntarte si te apetece salir a ver los alrededores o si prefieres comer algo, pero explotaré si no te desnudo y te follo ahora mismo —dice con voz ronca envolviéndome en sus brazos—. Dime que deseas lo mismo.

—Estamos de suerte. No hay nada que desee más.

Él sonríe de esa manera que me vuelve loca y me alza por los glúteos, haciendo que rodee sus caderas con las piernas. Se acerca a la cama y de un tirón saca la manta que la cubre, luego me deposita sobre ella con una delicadeza que no me esperaba. Estaba preparada para que me poseyera con ímpetu. Con esa misma parsimonia se dirige a la chimenea para atizar el fuego y colocar más troncos. Mientras lo hace me quito las botas y las medias, y en un arranque de osadía me deshago también del vestido, quedándome en ropa interior.

Cuando sus ojos se posan sobre mi cuerpo semidesnudo su mirada arde como el fuego sobre la leña de la chimenea. Se acerca y me acaricia con suavidad, deslizando los dedos por mi cadera hasta detenerlos en mi entrepierna, por encima del encaje de las bragas. Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, disfrutando del excitante contacto.

—Me vuelves loco —dice con un tono ronco y profundo mientras sus dedos se cuelan entre mis bragas para alcanzar mi sexo.

—Nick… —gimo.

—Tu olor, tu sabor y tu tacto son como una droga para mis sentidos, Chloe —susurra a la vez que me arranca la prenda de un tirón; me río de su repentina impaciencia. Risa que muere en mis labios cuando su lengua, sus dientes y sus dedos se unen para enloquecerme de placer. Enredo los dedos en su pelo y lo acerco a mi entrepierna, la lujuria me consume y me entrego por completo.

Me encuentro atrapada en una especie de nebulosa donde no existe nada más que el increíble placer que estoy experimentando.

—Me tienes hechizado —murmura y abro los ojos.

Se encuentra de pie al lado de la cama, me giro hacia él para mirarle en toda su plenitud. No sé en qué momento se ha quitado la ropa, pero no me importa. Su silueta se recorta contra el resplandor de las brasas de la chimenea y es simplemente perfecta. Su pelo, ondulado y oscuro, luce más despeinado de lo habitual, su incipiente barba le añade un aire peligroso que le sienta de maravilla. A pesar de

su espectacular erección, la cual apunta hacia mí, clamando mi atención, lo que más me atrapa son sus ojos, de un azul tan profundo que parecen negros.

—Ven aquí —me pide, y me ayuda a ponerme en el borde de la cama. No hacen falta más palabras para saber que se ha puesto en plan dominante. Y después de los múltiples orgasmos que me ha regalado con sus dedos, con su lengua, con su boca, estoy más que dispuesta a satisfacer cada uno de ellos—. Siéntate al borde de la cama —su tono es imperativo y me excita de una forma que no debería ser apropiada; aun así, le obedezco como una niña buena—. Abre la boca, Chloe —ordeno y yo no titubeo.

Deseo probarlo y llevarlo a la locura como él lo ha hecho conmigo innumerables veces. Aunque no tener el control asusta un poco, sobre todo por las dimensiones de su miembro, largo y grueso. Mi corazón late a mil por hora, pero confío en él. Sé que parará si algo no me gusta. Toma su miembro y lo masajea un par de veces antes de deslizarlo por el contorno de mis labios.

—Trágatela.

Me mira con los ojos ensombrecidos por la pasión y las dudas desaparecen. La meto en mi boca lentamente frotando los labios a lo largo de su longitud, poco a poco lo siento deslizándose hasta el fondo, trago y el movimiento le constriñe el pene. Siento arcadas y por un momento me asusto, creo que no seré capaz de hacerlo, me pican los ojos debido a algunas lágrimas.

—Relájate y respira, respira por la nariz —dice con un tono ronco y suave. Sus palabras me tranquilizan y, a pesar de la incomodidad, decido seguir adelante. Ahora entiendo por qué disfruta tanto dándome placer, es un poder adictivo.

Repito el movimiento antes de empezar a chuparlo con fuerza. Gime y echa la cabeza hacia atrás. Su reacción es como un afrodisíaco para mí. Le rodeo la punta con la lengua, chupo fuerte y lo llevo hasta el fondo, tragándolo por completo.

—Otra vez, hazlo otra vez.

No deja de mirarme, tiene las pupilas dilatadas. Me siento muy poderosa. Enreda los dedos en mi pelo y mueve las caderas, entrando y saliendo de mi boca. Le tiemblan las piernas y sus testículos se contraen todavía más, sé que está cerca.

—Detente —pide con un gemido estrangulado.

—Nooo…

—Voy a correrme en tu boca si no te detienes —advierte entre jadeos.

No me importa que lo haga, sin embargo, necesito sentirlo dentro de mí. Me echo hacia atrás, apoyando los antebrazos sobre el colchón mientras me paso la lengua por los labios, hinchados y sensibles por la

felación que acabo de hacerle. Él no tarda en abalanzarse sobre mí, sus labios buscando los míos, disfrutando de uno de esos besos que compartimos desde que le conocí, besos que me hacen temblar de la cabeza a los pies.

Antes de que me baje de la nube, se hace un lugar sobre mi cuerpo y me penetra hasta el fondo con una tortuosa lentitud que me hace cerrar los ojos, consumida por una pasión cegadora.

—Mírame, Chloe —demanda. Sus manos sobre las mías, por encima de mi cabeza, su cuerpo suspendido sobre el mío, controlando su peso para no aplastarme. Se retira despacio y luego vuelve a hundirse con ímpetu, lo repite una y otra vez. Hasta que sus movimientos alcanzan un ritmo enloquecedor. Grito de placer y dolor por la profundidad de sus embestidas. Él se apodera de mi boca acallando mis jadeos. Mi vientre empieza a contraerse, él lo nota. Intensifica el ritmo, saliendo y entrando de forma desquiciada, conduciéndonos a un imparable y sobrecogedor orgasmo.

Vuelvo a la realidad poco a poco, sin poder precisar el tiempo que ha pasado. Nicholas sale de mí y se deja caer a un lado, aunque enseguida alarga un brazo para atraerme hacia su pecho. Siento cómo me pesan los ojos y de entre la bruma veo una sonrisa de satisfacción dibujándose en sus labios. Su mano se desliza por mi pelo con suavidad y me dejo llevar por una deliciosa sensación de languidez.

Tras una pequeña siesta para recuperar fuerzas, nos levantamos, nos duchamos y volvemos a amarnos bajo el humeante calor que desprende la ducha. Más tarde, saciados y relajados, nos dedicamos a disfrutar del paisaje.

Respiro hondo un par de veces y abro los ojos, el aire es puro y el entorno no puede ser más apacible. Hay varios ejemplares de aves sobrevolando los alrededores del lago, buscando las copas de los árboles. Su canto inunda el silencio, es como estar delante de una orquesta sinfónica. Estoy muy contenta por haber aceptado la invitación de Nicholas, el lugar es mágico y desde que hemos llegado me encuentro sumergida en una nube de felicidad. Hicimos el amor con una pasión y una entrega que nunca he experimentado.

—Estás muy callada, Chloe. ¿En qué piensas? —pregunta lleno de curiosidad.

—En nada en particular, solo disfruto de la naturaleza. —Le sonrío mientras seguimos caminando por el sendero que bordea el lago—. Tu amigo tiene suerte de tener un lugar así. Por cierto, ¿cómo os conocisteis?

—Oliver trabaja para mí, en realidad ya nos conocíamos de antes. Hicimos la carrera de Ingeniería Agroindustrial juntos, luego me fui a trabajar con mi padre en Illinois y perdimos el contacto.

—Deduzco que lo retomasteis cuando volviste a Wichita. —Él

asiente y las ganas de saber más me dominan—. ¿Cómo te sientes con la imposición de tu padre? ¿Te gusta el cambio de ciudad?

Su silencio me indica que quizás haya indagado demasiado. Está claro que lo que pasa entre padre e hijo va más allá de lo que sale a la superficie.

—Perdona mi indiscreción. No tienes que contestar.

—No importa, solo espero que no me des evasivas cuando las preguntas las haga yo. —Sonrío al darme cuenta de que he caído en su trampa.

—*Touché*, aunque tengo que recordarte que en ningún momento te obligo a contestarlas.

Me guiña un ojo y, a pesar de su reticencia inicial, habla con serenidad de la relación que tiene con su progenitor. La conversación es muy esclarecedora. Por lo visto, la empresa fue fundada por su abuelo materno, un parisino, que tras fallecer legó su empresa a su hija. Esta, a su vez, se casó con Thomas, padre de Nick, un norteamericano que llevaba años viviendo en París. Durante un tiempo el matrimonio fue muy feliz y tuvieron dos hijos, los ingresos crecían bajo el mando de Thomas y decidieron conquistar las Américas. La suerte siguió sonriéndoles y en menos de una década dominaron el mercado estadounidense. Tras el éxito en los negocios sigue el fracaso matrimonial, sus padres se separan y su madre decide volver a París llevándose con ella a su hermana menor. Nicholas, que para entonces se llevaba de maravilla con su progenitor, sigue a su lado, apoyándole y brindándole el mismo apoyo que este le negó por un escándalo parecido: su padre le puso los cuernos a su madre con su secretaria. Resumiendo, lo de ligarse al personal de oficina viene de serie, así que a la futura señora Hayden la aconsejaría andar con ojo; quizás le diría que haga ella misma la entrevista, seguro que encuentra una ancianita como candidata al puesto de asistente.

La segunda pregunta también la contesta y, aun sabiendo que lo nuestro no tiene mucho recorrido, siento un vacío en el pecho al escuchar de su boca que su futuro está lejos de Wellington y más allá de Wichita. Sus planes continúan siendo ocupar el lugar de su padre; en realidad, está destinado a ello. Nuestras vidas no podrían ser más dispares. Mientras su familia está forrada, la mía lucha para llegar a fin de mes; mientras él tiene el respaldo de su familia, a pesar de la rencilla con Thomas, yo llevo casi seis años sin saber nada de la mía. Repudiada por avergonzarlos delante de todo el pueblo. Y como había prometido, después de saciar mi insana curiosidad, Nicholas me bombardea a preguntas. Algunas fáciles de contestar, otras no tanto.

El sol ya estaba escondiéndose en el horizonte cuando decidimos volver de nuestro largo paseo. Un paseo que no nos conduciría a ningún camino pero que nos había unido más que la intimidad que



habíamos compartido anteriormente.

Capítulo 8



Me despierto con un cosquilleo en la mejilla, es una caricia suave, como un aleteo. Sonrío y abro los ojos.

—Buenos días —dice.

Su mirada azul se desliza por mi cuerpo desnudo, ya no hay tela alguna entre nosotros y recorre cada rincón, calentándome, despertándome. Mi corazón se acelera cuando sus dedos recorren el mismo camino que hicieron sus ojos. Se detiene en mi seno, traza círculos alrededor de mis hinchados y sensibles pezones. Saboreo la deliciosa sensación, la abrazo y me entrego como nunca creí posible, sin miedo, sin vergüenza. Todavía me cuesta creer todo lo que hemos compartido en estas casi veinticuatro horas que llevamos juntos, nos

hemos desnudado en cuerpo y alma.

—No me mires así —susurro abrumada por la lujuria desmedida, casi primitiva con que me mira. Es como si quisiera devorarme entera, como si quisiera marcarme a fuego.

Antes de que pueda contestarme oigo a lo lejos el sonido insistente de su móvil, el ruido rompe el encanto y solo me queda disfrutar de las vistas mientras él se levanta en toda su gloria para contestar la llamada. Mi hubiera gustado que su teléfono tampoco tuviera cobertura como el mío.

Nada más cogerlo su mirada se traslada a mí, veo cómo asiente y camina en mi dirección. El corazón me da un vuelco porque sé que la llamada es para mí. Mi niña, algo pasó. Tomo el aparato con las manos trémulas y me lo llevo al oído.

—Dime que Reese está bien, Sam —pido con la voz estrangulada.

—Hola, tranquila, la pequeñaja está perfecta. Te llamo por Giulia, se ha puesto mala y Jessica la ha llevado al médico. Ahí pasa algo raro, Chloe, y siento interrumpir tu sesión de sexo en la cabaña, pero tienes que venir. La estúpida de su hija no me da información sobre su estado ni me deja verla.

—¿Has probado a llamarla por el móvil?

—Claro que sí. Fue lo primero que hice y nadie contesta.

—Ahora mismo vuelvo a casa —digo pegando un salto de la cama —. Llamaré a Jessica, a ver si consigo hablar con ella —añado para tranquilizarla.

Busco a Nick con la mirada para pedirle permiso para usar su teléfono, sin embargo, él se ha metido a la ducha. No me lo pienso y marco su número, lo coge y al escuchar mi voz tiene el descaro de colgarme. Enfurecida, dejo el iPhone sobre la cama y me dirijo al cuarto de baño. Él me mira con aprensión antes de preguntar:

—¿Qué ha pasado? ¿Reese está bien?

Su angustia es evidente y al saber que se encuentra bien me pega a su cuerpo y me besa aliviado. Le explico lo que ha pasado y no hace falta que le pida regresar con urgencia. Nos duchamos, nos vestimos y de manera ordenada pero ágil recogemos el equipaje, parece que llevamos una vida entera viviendo juntos. No necesitamos palabras para comunicarnos, con solo mirarnos sabemos lo que cada uno debe hacer. Con todo el bagaje metido en el coche, decidimos hacer un pequeño almuerzo para no tener que parar en la carretera. Hay mucha comida y gran parte irá a la basura.

Cerramos la cabaña con llave y la dejamos debajo de un gran macetero situado en el lado derecho del porche. A medida que nos alejamos siento cada vez más opresión en el pecho, es como si dejara atrás algo mucho más transcendental que el exuberante paisaje.

Durante parte del recorrido hablamos de Giulia, de cómo ella

irrumpió en mi vida la tarde que me puse de parto tras hacer doble turno en el supermercado donde trabajaba como cajera. Eso le hace comprender lo mucho que significa para mí y sobre todo para Reese; ella es como su abuela, la única que conoce. Me emociono al hablar de la conexión que mi amiga tiene con mi pequeña.

—Todo saldrá bien, ya verás —dice al tiempo que coge mi mano y le da un leve apretón.

—Tengo miedo de que Jessica nos impida verla. Está muy celosa de la relación que tenemos.

El resto del camino se hace eterno, el silencio domina el ambiente y ninguno de los dos se atreve a decir una palabra. Yo sigo dándole vueltas a lo sucedido, luchando para no sentirme culpable, aunque no lo consigo, y Nick centrado en la carretera sin soltar el pie del acelerador. Cuando por fin aparca delante de mi puerta y veo la carita de mi princesa asomada en la ventana, parte de mi angustia desaparece. Ella pega un grito de alegría al reconocerme, provocando que se me llene el pecho de orgullo. La amo tanto. Antes de que consiga poner un pie fuera del coche ya la tengo saltando sobre mis brazos.

—¡Mami, estás aquí! Te he echado muchísimo de menos. —Me llena la cara de besos. Creo que es la primera vez que pasamos tanto tiempo separadas.

—Yo también, tesoro. ¿Qué tal estás? ¿Te has portado bien con la tía Sam?

—Sí, mami, la tita mola un montón. Mira. —Me enseña sus deditos—. Me ha pintado las uñas con animalitos.

Sus palabras son ciertas. En sus pequeñas uñas hay dibujos de una mariquita, un pollito, una huella de perro, un panda, un gato, un conejo, un cerdo, una vaca; en fin, todo el reino animal. Es una pasada, mi amiga tiene muchos talentos ocultos. La busco con la mirada y muevo los labios: «Eres la mejor. Te quiero».

Pasada la euforia del reencuentro, Reese centra su atención en Nicholas, que hasta entonces se mantenía en un segundo plano.

—Hola. ¿Por qué has traído a mi madre? Hoy es domingo y mami no trabaja, pasamos el día jugando.

—Hola, princesa —contesta y me mira pidiendo ayuda.

—Pequeño terremoto, ¿qué te he dicho de las preguntas indiscretas? —le recuerda Sam salvándonos de dar explicaciones.

—Que no debo molestar a los extraños, pero el jefe de mamá es mi amigo, jugamos a los disfraces.

Nick suelta una carcajada y, para el deleite, de mi hija le da la razón. Habla con ella durante un ratito, hasta que mi amiga interviene y la lleva dentro con la excusa de pintarle las uñas de los pies.

—De esta nos libramos —sonrío.

—Reese me fascina. Creo que nunca conocí a una niña tan vivaz e inteligente.

—Es muy lista, demasiado para mí. —Vuelvo a sonreír orgullosa—. Me da mil vueltas.

El silencio se instala entre nosotros y durante un rato nos miramos sin saber qué decir.

—Es mejor que me vaya. Ha sido un fin de semana increíble —dice acercándose peligrosamente.

—A mí también me ha encantado. Lo he disfrutado mucho —digo sin esconder el deseo que siento de repetir la experiencia, a sabiendas del peligro que su proximidad representa para mi paz mental.

—Llámame si necesitas algo.

—Gracias —susurro con sus labios casi pegados a los míos.

—Mañana nos vemos —dice antes de marcharse.

La pérdida del calor que emanaba de su cuerpo me congela el alma. Me abrazo a mí misma y me froto los brazos intentando recuperar el dulce calorcito que me llegaba hasta las entrañas. Tras ver su coche perderse calle abajo, entro y me encuentro a Reese cuchicheando al oído de Sam, mi amiga abre los ojos como platos y mira a mi hija con la boca abierta.

—Oye, ¿qué cuchicheáis entre vosotras? Yo también quiero enterarme. —Reese me mira y se tapa la boca riéndose a carcajadas.

—Es cosa entre tía y sobrina. Las mamis no pueden enterarse —dice Sam levantando la mano para que mi hija se la choque.

Frunzo el ceño intrigada, de esas dos puedo esperar cualquier cosa. Sam es como una niña, le encanta participar en las travesuras de Reese. Me siento con ellas en el suelo y mimo a mi pequeña un ratito. Luego busco entretenerla en su habitación con sus muñecas para que pueda hablar con mi amiga sobre Giulia.

—¿Has tenido alguna noticia? —pregunto esperanzada.

—Nada. Ninguna de las dos coge el teléfono.

—Tengo la llave de su casa, voy a acercarme para ver si descubro algo.

—*OK*, ve tranquila. Yo distraeré a Reese. Después tú no te me escapas, quiero informe completo del finde ardiente.

Sacudo la cabeza, tratando de ocultar mi sonrisa. Luego salgo sin hacer ruido y echo a andar a grandes zancadas por la desértica calle. Me detengo delante de la casa de Giulia y veo el coche de Jessica aparcado en la parte de atrás. Sin pensarlo y sin miedo a que me acuse de allanamiento de morada, entro en el domicilio. Procuro hacer el mínimo ruido, quiero pillarla desprevenida.

Agudizo los oídos antes de empezar mi incursión. Ante la total ausencia de sonido, me dirijo al cuarto de mi amiga, pero está vacío. Miro en las demás habitaciones y no la encuentro en ninguna parte.

Solo me falta por mirar el porche trasero, donde su hija tiene su vehículo estacionado. Camino hacia la cocina y antes de girar el pomo de la puerta oigo el ruido de un maletero cerrándose. Tras apretar el paso, agarro a Jessica del brazo antes de que se escape.

—¿Dónde te crees que vas? ¿Qué has hecho con Giulia? —digo enfurecida y le quito las llaves de las manos.

—Estás loca. Dame esas llaves —me hace frente acercándose de forma intimidatoria.

—Te la daré cuando hable con Giulia. —La empujo y me dirijo al portaequipajes. A esas alturas ya me la creo capaz de cualquier cosa.

—Eres patética. —Suelta una carcajada—. ¿Crees que maté a mi madre? —La siento detrás de mí, la ignoro y sigo rebuscando en las bolsas. No hay cuerpo, pero están repletas de los enseres personales de mi amiga—. Para tu información y para que me dejes en paz de una vez por todas, te contaré lo que ha pasado.

Cierro la puerta de un portazo, sin importar el estrago que pueda ocasionar a su viejo y destartalado coche.

—Mi madre se desmayó y he decidido llevarla conmigo a Topeka. De hecho, ya está instalada en mi casa.

—Estás mintiendo, Giulia no se iba de su casa así sin más, sin despedirse, por muy malita que estuviera.

—Me da igual lo que creas, es mi madre y yo decido lo que es mejor para ella. Y he decidido que tú y tu bastarda no le hacen ningún bien. —Lo veo todo rojo cuando escucho sus palabras y le giro la cara con una estruendosa bofetada.

—Espero que mi amiga esté bien y como no me dejes hablar con ella, te denunciaré a la policía.

—No creo que vayas a poder hablar con ella durante un largo periodo. —Me golpea en el pecho con la mano abierta, la aparto y veo que se cae al suelo una hoja de papel. La cojo con dedos temblorosos, es un informe médico de su clínica de salud privada. Entre lágrimas, me dispongo a leerlo y me tapo la boca para evitar soltar un grito. Giulia se desmayó y tras recuperar el sentido se encontró confusa y desorientada, no se acordaba de muchas cosas. Después de ser sometida a una serie de pruebas de rutina y dado a su buen estado físico, la derivaron a Topeka bajo la tutela de su hija para que pudiera recuperarse y seguir con las exploraciones.

—Por favor, deja que te llame para saber cómo está. Giulia es muy importante para mí —pido con la voz entrecortada.

—Me pegas y esperas que sea misericordiosa contigo —dice con odio al tiempo que se frota el rostro y me quita las llaves de la mano —. Ahora largo de aquí y no vuelvas a entrar en su casa o quien te denunciará seré yo.

Derrotada y con la cabeza agachada, salgo por el lateral del

domicilio. Miro las hortensias que tiene plantadas alrededor de la casa y no puedo detener las lágrimas. Son su pasión y mi niña no hace mucho la ayudó a prepararlas para el invierno. Mi pequeña, Dios, ¿cómo le voy a decir que no podrá ver a su tata? Es lo único que pienso mientras cruzo la calle hacia mi casa.

Nada más verme Sam sabe que algo serio pasó, me abraza y me derrumbo en sus brazos. Por suerte, Reese sigue entretenida en su habitación. No tengo fuerzas para decirle con palabras a Sam lo que ha pasado y le enseño el informe médico.

—Eso no puede ser cierto. Aquí pasa algo, lo huelo —dice sin dar crédito.

—Sé que Jessica no es trigo limpio, pero no creo que atente contra su propia madre. Giulia es una mujer mayor y lo más probable es que esté desarrollando una enfermedad mental propia de la tercera edad.

—No estoy tan segura como tú y no descansaré hasta llegar al fondo del asunto —contesta moviendo la hoja con efusividad.

Sus palabras significan que infringirá la ley y hackeará lo que haga falta hasta localizar a Giulia, y por primera vez no se lo voy a impedir. Si llego a tener sus habilidades, hago lo mismo.

—Solo ten cuidado, ¿quieres? No soportaría verte en la cárcel.

—No te preocupes, esto es un juego de niños.

La miro con los ojos como platos, no quiero ni pensar lo que sería considerado un juego de adultos.

Capítulo 9



Tras una noche de insomnio pensando en Giulia, en su paradero, en la dura conversación que tuve con mi pequeña ayer por la noche, creí conveniente decirle que nuestra amiga está ingresada en la clínica y solo los doctores la pueden ver. Lloró y sacó su maletín de doctora alegando que ella también lo era, Sam y yo tardamos en tranquilizarla. Luego me tocó hablar con una de las niñeras que conozco para contratarla a tiempo completo. Tendría el presupuesto comprometido hasta mediados de diciembre, cuando llegue el nuevo director y empiece a cobrar casi el doble. Eso me llevó a Nicholas; mis días con él estaban contados, solo me quedaba disfrutar al máximo cada momento.

Me arreglo con tranquilidad sin el estrés diario de sacar a mi hija de la cama tan temprano, esa es la única ventaja de tener la canguro en mi casa.

Una vez en la empresa no puedo evitar que un cosquilleo me recorra el cuerpo, algo en mi relación con Nick cambió durante el fin de semana. Algo que aún no he averiguado, y quizás me convenga seguir en la inopia.

—Buenos días, señorita Moore —me saluda el susodicho.

—Buenos días, señor Hayden —digo decepcionada al no encontrar el fuego ardiente en sus impresionantes ojos azules.

—Tráeme un café —pide y entra en su despacho sin más.

Mi decepción da paso a la rabia, no esperaba encontrarlo tan frío después de lo que experimentamos en la cabaña. En posesión de una taza rebosante de café, me dirijo a su despacho y, a diferencia de otras veces, llamo antes de entrar. No lo veo por ningún lado, pero teniendo en cuenta su recibimiento, prefiero volver a mi escritorio sin anunciar mi presencia. Al girar sobre mis tacones me llevo una deliciosa sorpresa: lo encuentro apoyado en la puerta, esperándome con una sonrisa pícara dibujada en los labios.

—Tsk, tsk, tsk —chasquea la lengua con falsa contrariedad mientras se acerca en dos zancadas—. ¿Te ibas sin decirme nada?

No tengo tiempo de contestar, ya que sus labios capturan los míos, consiguiendo que caiga rendida a sus pies al instante. El beso es profundo y demandante en un primer momento. Luego se hace más delicado, suave, casi un susurro.

—No me llamaste por la noche, ¿supiste algo de tu amiga? —me interroga con la boca pegada a la mía.

Su interés me calienta el pecho, unos minutos antes pensé que pasaba de mí y debo reconocer que me dolió. Al contarle lo sucedido con Jessica, me sorprende ofreciéndose para llevarme a Topeka. Me emociono y le beso, muy agradecida, aunque mi alegría dura poco al darme cuenta de que no sé la dirección de la hija de mi amiga. Decido pedir que esperemos unos días, Sam está investigando y estoy segura de que no tardará en dar con las respuestas.

Le dejo con su trabajo, ya que tiene la agenda repleta esta mañana y, además, es difícil controlar el deseo cuando estamos juntos, cuando nos tocamos.

—Dios, es una puta locura —susurro mientras cierro la puerta. La sonrisa de felicidad que tengo dibujada en los labios muere al ver a Martina sentada en mi silla.

—Haces bien en borrar esa sonrisita de la cara. —Se levanta y tira sobre mi mesa una docena de carpetas—. El chiringuito romántico que tienes montado con Nicholas está llegando a su fin.

En ese momento me acuerdo de la conversación que escuché

entre ambos en el despacho, cuando estaban hablando de mí. Al contrario de lo que piensa Nicholas, ella no lo hace con el afán de protegerle. Lo hace por celos, por defender al hombre del que está enamorada.

—Te gustaría estar en mi lugar, ¿verdad? Ya no me engañas, Martina, sé que estás enamorada de Nick.

—Siento decirte que te equivocas —sonríe de una forma que me causa escalofríos—, pero no voy a intentar convencerte de lo contrario, Chloe. Disfrutaré más viendo cómo te caes del pedestal.

Sin perder la sonrisa siniestra y tras vaticinarme la peor de las tragedias, se va como si hubiera ganado la guerra. Lo que ella no sabe es que no tengo ninguna expectativa respecto a Nick, sé que se va dentro de poco. Nunca nos hemos prometido nada el uno al otro, excepto no mezclar temas laborales con personales. Mi única preocupación desde el principio fue y continúa siendo mantener mi puesto de trabajo.

El resto de la semana trascurre sin incidentes. Nick y yo seguimos disfrutando del sexo; en realidad, nuestros encuentros son cada vez más apasionados. No pienso, solo siento, *carpe diem*, como suele decir mi amiga Sam. Que, por cierto, ha venido a traerme noticias de Giulia y la he invitado a comer conmigo. Bueno, lo de la noticia es una excusa, porque lo que ella buscaba visitándome por sorpresa en pleno sábado era que le preparara su plato favorito: *risotto* de setas.

—Es muy extraño que no encuentres nada, ¿no?

—Sí, y lo más preocupante es que tampoco consigo rastrear a Jessica. Hace seis meses dejó el piso en el que llevaba viviendo los últimos dos años. Siento decirlo, amiga, pero eso huele muy mal.

—Dios, estamos atadas de pies y manos. No podemos ir a la policía porque no podemos acusarla de nada sin enseñar la documentación que conseguiste de manera ilícita, lo único que tenemos es el informe médico y solo eso nos haría quedar como unas paranoicas.

—No te preocupes, seguiré investigando. Daremos con su paradero.

Al rato me suena el móvil. Por lo lejano del sonido sé que está en la habitación de mi niña, se me habrá caído mientras jugaba con ella. Dejo a Sam a cargo del *risotto* que estoy preparando y corro a por él. Antes de entrar en el cuarto escucho la voz compungida de mi pequeña.

—¿Qué pasa, tesoro? ¿Con quién hablas? —Me acerco e intento quitarle el aparato. Ella se niega a entregármelo y es cuando descubro quién es la interlocutora.

—¿Por qué no me cuidas más, tata? Ya no me quieres como antes

—pregunta Reese, con su vocecita temblorosa por las lágrimas que no ha llegado a derramar. No le doy tiempo a escuchar la respuesta y le quito el teléfono de las manos.

—Giulia, ¿eres tú? ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —la bombardeo a preguntas.

—Siento haber asustado a tu niña, Jessica me pidió que os llamara para deciros que estoy bien.

Me quedo de piedra con su tono impersonal, es como si no nos conociéramos. Como si todo lo vivido entre nosotras hubiera desaparecido de golpe. Las rodillas me tiemblan y me siento en la cama de Reese para no caerme, duele demasiado. Apenas puedo respirar.

—¿Y te encuentras bien? —inquiero.

—Sí, mi hija es muy buena y me cuida muy bien. ¿Tú vives cerca de aquí? Perdona que lo pregunte, ya estoy mayor y a veces me falla la memoria.

Cierro los ojos y respiro hondo, el peor de los presagios acaba de confirmarse. Giulia ha perdido la memoria. Intento controlar el dolor para no agobiarla y hago como si fuéramos unas viejas amigas que hace tiempo que no se ven. Sus recuerdos son confusos y me sorprende que se acuerde del nacimiento de Reese. Procuro mantener la calma para socavar información, pero sus respuestas son vagas o poco coherentes. Se cree que todavía vive en Wellington. De repente oigo a lo lejos la voz de Jessica. Pretendo pedirle que me pase con ella, sin embargo, me corta antes de que pueda abrir la boca.

—Tengo que colgar, es la hora de mi medicina. Adiós.

Me quedo paralizada, con el móvil en la mano, mirando al vacío sin saber qué hacer. El llanto de Reese me trae de vuelta a la realidad y mi corazón vuelve a sangrar. ¿Qué voy a decirle a mi hija si ya es difícil para mí aceptarlo, que soy adulta?

—Hey, ven aquí, tesoro. No llores. —La abrazo con fuerza—. ¿Qué te dijo Giulia?

—Nada, ella ya no me quiere. Ahora solo le importa Jessica —dice haciendo pucheros.

—La tata te sigue queriendo, mi amor. Es solo que todavía está malita y su enfermedad hace que se confunda y diga cosas sin sentido.

—¿Crees que se pondrá buena y volverá a quererme? —pregunta—. La echo muchísimo de menos, mami. —Me envuelve con sus bracitos y me susurra al oído—: Escribiremos una cartita a Papá Noel y le pediremos que cure a la tata.

—Me parece una idea estupenda. Pero antes tenemos que montar el árbol de Navidad. ¿Qué te parece si almorzamos y vamos al vivero a por el pino más grande y bonito de todos?

La cara de mi niña se ilumina. Impaciente, salta de mi regazo y

vuela en dirección a la cocina. La sigo y la encuentro sentada en la mesa, hablando de forma atropellada con mi amiga.

—¿Qué ha pasado? ¿A qué se debe tanta euforia? —pregunta Sam mientras termina de poner los cubiertos.

Se queda con la boca abierta cuando le digo de quién era la llamada. Y más aún al enterarse del estado de salud real de Giulia.

—Entonces es cierto, está mal de verdad.

—Sí, dice cosas sin sentido. Se cree que aún vive aquí —digo entre susurros para que mi hija no escuche nuestra conversación.

Seguimos cuchicheando hasta que mi pequeña decide protestar. Dejamos el tema a un lado y nos dedicamos a disfrutar de la comida. Reese comparte los planes que tenemos para después de comer e invitamos a Sam a que nos acompañe, la cual en un principio acepta encantada. Luego recibe un mensaje en su móvil y rechaza la invitación. Por sus evasivas, sospecho que es algo relacionado con su actividad «extra». Como siempre, prefiero no saberlo.

—Mami, ¿todavía queda mucho? Me duele el pie —protesta Reese tras veinte minutos de caminata. La miro apenada, el vivero está un poco apartado de casa y aún nos queda un cuarto de hora para llegar. Estaba tan acostumbrada a ir en coche que calculé mal las distancias.

Sin más remedio, la cojo en brazos y la pongo sobre mis caderas; pesa una barbaridad, no creo que vaya a aguantar más de cinco minutos con ella encima.

—¿Qué hacen dos princesas perdidas por la carretera?

Estaba distraída y no me di cuenta de que un coche se acercaba a nosotras, me hubiera asustado si no reconociera al dueño de la voz. Aunque el grito de alegría de mi pequeña basta para indicarme de quién se trata. La dejo en el suelo y me giro para mirarlo; el corazón me da un vuelco al ver a mi niña saltar hacia sus brazos abiertos.

—¡Nick! —Se agarra a él como un monito—. Vamos a comprar un árbol de Navidad.

—Hola —saludo y me controlo para no mirar sus labios, las ganas que tengo de besarlo llegan a ser dolorosas—. Cariño, bájate. Estás poniendo perdida la ropa de Nicholas —digo y aprovecho la excusa para tocarlo a gusto, quitando polvo inexistente por todas partes.

—Hay más suciedad por aquí —apunta a sus muslos tras dejar a Reese en el suelo.

—Creo que estás en condiciones de limpiarte tú solo —digo con una sonrisa pícara.

—Tú lo haces mejor —me susurra cerca del oído, provocando que una ola de calor se extienda por todo mi cuerpo.

Mi niña nos interrumpe y doy las gracias por ello, de lo contrario no sé qué hubiera pasado.

—Nick, ¿nos ayudas a escoger el árbol? Tiene que ser el más grande y bonito de todos para que Papá Noel nos conceda un deseo especial —dice Reese poniendo énfasis en cada palabra.

—¿Por qué no me cuentas qué deseo tan especial es ese? Quizás pueda ayudarte, yo tengo muy buenos contactos en el Polo Norte.

Me hija se vuelve loca y cuando le cuenta su secreto Nick me mira apenado, seguro que pensaba que se trataba de un disfraz de princesa. Nos metemos en su coche y en unos cinco minutos vencemos los metros que faltaban para llegar al vivero. El terreno es inmenso y nos disponemos a recogerlo disfrutando del olor y colorido de las diversas especies de plantas y flores, todas bien cuidadas y rebosando vida. A cada poco, Nicholas me roba un beso o me lleva detrás de un arbusto para meterme mano y yo pongo cara de sorprendida e indignada, aunque en el fondo adoro compartir estos momentos con él. Reese corre delante de nosotros, indiferente al paisaje, buscando la zona destinada a los pinos.

Tras vueltas y vueltas por las filas de maceteros damos con nuestro objetivo, aunque la decepción me invade al ver la escasez ofertada; con los últimos acontecimientos me olvidé de hacer la reserva, la gente suele hacerlo con mucha antelación. Los pinos que quedan están en tiestos de barro con sus raíces intactas y miden casi dos metros de altura. Me gusta la idea de replantarlos, pero no me puedo permitir gastar doscientos cincuenta dólares en un árbol. Luego vienen los adornos, los regalos, la comida… Ni loca.

Mi hija mira hacia arriba embelesada con la magnitud del pino, que parece gigantesco comparado con ella.

—Lo hemos encontrado, mami. Es el más alto y bonito de todos.

Trago saliva y me preparo para darle un gran disgusto.

—Primero tenemos que preguntar el precio, cariño. Sabes que tenemos un presupuesto y este no es como los que siempre compramos, ¿ves cómo está plantado en una gran maceta? —Ella mueve la cabecita para asentir—. Los que nos llevamos van cortados a ras del tronco, como los que están en la otra fila.

Su labio inferior tiembla y siento cómo el corazón se me parte en dos, pero así es la vida y tendrá que aprender a convivir con la frustración. Nuestra economía es escasa y situaciones como esta se repetirán una y otra vez.

—¿Cuál se van a llevar? —pregunta un hombre que aparece de entre el follaje, acompañado por Nick. Me había percatado de su ausencia, sin embargo, pensaba que estaba curioseando por los alrededores.

—Este, nos quedaremos con este —dice Nick apuntando con el dedo al pino que mi hija escogió. Sabe que no voy a aceptar y antes de que abra la boca para protestar se me acerca—. Permíteme que le dé

esa alegría a Reese, está sufriendo por lo que pasó con Giulia. —Su chantaje emocional está a punto de convencerme, pero pienso en el precio y, una vez más, me lee y se anticipa—: Es solo dinero, Chloe, no le des más vueltas, mira lo contenta que se ha puesto.

—Es una buena elección, el lunes por la mañana usted y su esposa lo recibirán en casa. Si no tienen espacio para trasplantarlo, nosotros nos encargamos de todo. Estarán contribuyendo con la reforestación del parque municipal. Además, si quieren, pueden participar en el plantío.

—Mi mami no es su esposa —corrige mi pequeña, a la que no se le escapa nada—. Nick es su jefe. Él es mi amigo y jugamos juntos, le gusta disfrazarse de princesa.

Nick no sabe dónde meterse, el jardinero se muerde la mejilla para no destornillarse de la risa y Reese sonríe encantada por ser el centro de las atenciones. No puedo evitarlo: suelto una sonora carcajada.

—Tu hija acaba de pisotear mi virilidad —dice él haciendo una mueca graciosa de dolor.

—Estoy segura de que lo superarás.

Capítulo 10



Parece que cuanto más lento deseas que pase el tiempo, más rápido lo hace. Desde que hemos comprado el pino han pasado ya unos días. Unos días muy intensos. Con la excusa de decorar el árbol de Navidad Nick ha estado apareciendo por mi casa, siempre llega con un adorno nuevo y él y mi hija se encargan de buscarle un sitio. He intentado que mi pequeña no se olvide de que es mi jefe y que dentro de una semana se va para no volver. Bastante está sufriendo con la ausencia de Giulia para que le añada más disgustos. Sam sigue tras la pista de Jessica, sin éxito; es como si hubieran desaparecido de la faz de la Tierra.

En la empresa todo sigue igual, Martina me trata con indiferencia

y yo hago lo mismo. Nuestro encontronazo ha servido para mantenerla alejada de mi escritorio, espero que así siga hasta que la pierda de vista.

Suena el timbre y mi corazón se dispara. Las ganas de competir con mi niña a ver quién llega primero para abrirle la puerta a Nick son enormes. Nadie diría que Nicholas y yo hemos intercambiado fluidos esta misma mañana. No sé cómo me las apañaré cuando se vaya, mi cuerpo se ha acostumbrado al sexo; tendré que comprar una docena de pilas para mi juguetito y la idea no me agrada mucho. Nada ni nadie se puede comparar a Nicholas. Nunca he estado tan satisfecha sexualmente como lo estoy con él, conoce mi cuerpo tan bien como yo misma. También le echaré de menos en otros aspectos, intuyo que lo pasaré mal al principio, pero como todo en esta vida, uno se acaba acostumbrando. Además, ahora que he perdido el miedo a sentirme viva no tardaré en conocer a otra persona que me haga sentir lo mismo.

—¡Mami, ven, corre! —gritó emocionada a la vez que daba saltitos y corría por todo el salón. Sonrío mientras me acerco para descubrir qué la tenía tan ilusionada—. Mira lo que me ha traído Nick. —Me enseña una caja de bolas de Navidad transparentes de gran tamaño que llevan los personajes de Frozen dentro. Son preciosas y me pregunto dónde las ha comprado, porque en el pueblo no encontramos ese tipo de artículos.

—Hola. Son muy bonitas, gracias.

—De nada —dice y me roba un beso.

Los dejo en con la decoración y me dirijo a la cocina para preparar la cena, parecemos una familia de verdad. El pensamiento no prospera ni un minuto, lo borro de un plumazo de mi mente y me centro en las *pizzas* que estoy preparando. Una vez lo tengo todo a punto los llamo a cenar.

El ambiente es tan familiar que empiezo a sentirme incómoda, los pensamientos que había suprimido con anterioridad vuelven ahora con el doble de fuerza. Lucho por mantener la cabeza agachada, centrada en mi plato, moviendo la comida de un lado a otro. Por el rabillo de ojo veo cómo Nicholas charla con mi hija como si de verdad le interesara todo lo que ella tiene que contarle.

—Nick, ¿por qué la tía Sam y mi madre te llaman macizorro? ¿Qué significa eso?

Justo en ese momento estoy tragando un trozo de *pizza*, el desastre es inevitable. Me atraganto de forma aparatosa, y mientras toso hasta reventar, el muy cabrito y la listilla de mi niña se parten de la risa. Cuando la crisis remite, los miro con los ojos llorosos.

—Gracias por auxiliarme —digo enfadada y dejan de reír al instante. Sin embargo, estallan en risas otra vez en cuanto vuelven a

mirarse. Procuro mantenerme seria, pero me contagian la alegría que ambos desprenden.

Las risas cesan y mi pequeña vuelve a la carga.

—Yo tampoco sé lo que significa, Reese. Mejor pedimos a tu mami que nos lo explique —dice con una sonrisa ladeada, con el ego inflado como un globo. ¿Por qué demonios tenía que ser tan atractivo?

—Dime, mami. ¿Qué es un macizorro? —pregunta ella decidida y sé que esta vez no conseguiré despistarla. Dios bendito, ¿qué le digo? Miro al causante de mi desliz y casi gimo; me observa con los ojos encendidos, llenos de promesas pecaminosas. Sacudo la cabeza para apartar tales pensamientos. Necesito una respuesta ingeniosa o la sarta de preguntas será infinita.

—Es una palabra de adultos, los niños no la pueden utilizar jamás —remarco, de lo contrario llamará «macizorro» a cada niño que le guste—. Y significa que el hombre al que nos referimos está muy muy fuerte, con los músculos definidos. —Mi tormento saca bíceps para demostrarlo—. Además de atractivo, claro. —Me pego una patada mental, ahora tendré que dar nuevas explicaciones.

Las preguntas se hacen eternas y mi cansancio provoca que meta la pata en cada contestación, hecho que le da munición a mi hija para seguir torturándome. Educar a una niña como la mía, tan curiosa y despierta, es agotador. Al final tengo que decir basta, es su hora de irse a la cama. Un nuevo drama con el que lidio con mano dura.

Un rato después me dejo caer en el mullido sillón. Nick sigue en mi casa, relajado y con el ego por las nubes.

—Ni una palabra —le advierto.

—Bueno, en realidad pensaba decir más de una palabra, pero antes tengo que hacer algo o me volveré loco.

Me coge por la cintura y me sienta a horcajadas sobre su regazo. Me envuelve el rostro con las manos y, sin dejar de mirarme, acerca sus labios a los míos. Y al contrario de lo que me esperaba, no saquea mi boca: besa las comisuras y pasa la lengua por el contorno de mis labios en un movimiento lento y sensual, y tengo que controlarme para no soltar un gemido. Enreda una mano en mi pelo y lo echa a un lado, dejando mi cuello al descubierto. A continuación, deposita húmedos besos desde mi clavícula hasta el lóbulo de mi oreja, tira de él con los dientes y esa vez sí jadeo con fuerza. Todavía no me ha besado y estoy ardiendo de deseo. Vuelve a pasar la lengua por mi labio inferior antes de introducirla en mi boca. Le envuelvo con los brazos, pegándole a mi cuerpo, y por fin nos entregamos a un beso demoledor.

—Tienes una boca deliciosa, pasaría la vida besándote y haciéndote el amor —dice muy cerca de mí, y su aliento cálido me hace estremecer.

Sus manos se trasladan a mi cintura cuando me muevo sobre su erección. Por un momento guía mis movimientos, apretándome contra su cuerpo y haciéndome gemir. De repente me aparta, cierra los ojos y pega su frente sobre la mía.

—Tenemos que hablar.

El corazón me pega un salto en el pecho, el deseo se evapora y el miedo ocupa su lugar. Busco una pista en su profunda mirada azulada. Creo encontrarla, pero temo estar viendo cosas que no existen, quizás estas solo sean un reflejo de mis anhelos más profundos. Desvío la mirada cuando la intensidad se torna abrumadora.

—No me rehúyas la vista, Chloe. —Me alza la barbilla con el índice y me obliga a mirarlo.

Tengo ganas de decirle que es tarde, que mi niña puede aparecer en cualquier momento, que estoy agotada. Sin embargo, no hago nada, me mantengo inmóvil mirándole con expectación. Sus siguientes palabras pueden hacer que le odie o que crea en los sueños imposibles.

—Hemos empezado esta relación con un pacto ventajoso para ambos. Nos deseábamos y decidimos explorar ese deseo al máximo, pero…

Interrumpo la frase y vuelvo a ocupar mi lugar en el sillón. No pienso escuchar chorradas, si lo que quiere es cortar por lo sano, se le voy a poner fácil.

—Si temes poner fin a nuestro lío por miedo a que haga lo mismo que tu antigua secretaria, puedes estar tranquilo. Ya te lo he dicho antes, me valoro demasiado para rebajarme de esa manera por un…

—Mami. —Le iba a decir «polvo de oficina», pero mi niña irrumpe en el salón abrazada a su peluche y se sienta en mi regazo—. No quiero estar sola, tengo miedo —murmura con voz soñolienta y sigue durmiendo como si nada encima de mí.

—Creo que es mejor que te vayas, es tarde —digo a la vez que toco la frente de mi pequeña para comprobar su temperatura. Parece que tiene unas décimas de fiebre.

—De acuerdo. Seguiremos en otro momento —dice con un tono contrariado y tengo dudas de si es por mis palabras o por la aparición de mi hija—. Buenas noches. —Se levanta y se va sin besarme. Pues sí, está cabreado.

Llevo a Reese a mi cama para tenerla controlada durante la noche tras comprobar con el termómetro que, efectivamente, sí tiene unas décimas de fiebre. Me meto bajo el chorro humeante de la ducha e intento relajarme, pero las palabras de Nick ocupan todos mis pensamientos. Una parte muy diminuta de mí se ilumina al pensar que sus intenciones pueden estar encaminadas a mantener una relación a largo plazo. Wichita está aquí al lado y, si hacemos un esfuerzo,

podemos seguir viéndonos hasta comprobar a dónde nos conduce lo que tenemos, porque es inútil negar que algo especial empieza a surgir entre nosotros; hace mucho que dejó de ser solo sexo.

Mi fantasía dura poco, porque la parte racional y predominante de mi ser se despierta con fuerza para mantenerme con los pies en el suelo. Nunca existiría un «nosotros», es imposible. La vida de Nicholas no tiene nada que ver con la mía, él es un empresario de éxito, tiene el mundo a sus pies y yo no soy más que una pueblerina, con una mochila muy grande a la espalda. Una mochila que amo con todo mi corazón y no la cambiaría ni por todo el oro del mundo. Seguro que era eso lo que me iba a decir. A pesar de la química que tenemos y de lo que congeniamos en la cama, estamos condenados al fracaso mucho antes de empezar.

—Esa es la puta realidad, Chloe, y es mejor que la aceptes lo antes posible —digo en voz alta antes de cerrar el grifo.

Me despierto a la mañana siguiente como si me hubiera pasado una apisonadora por encima, y esta no es otra que mi pequeño terremoto. Está atravesada en la cama con las piernas sobre en mi cintura, a la altura de uno de mis riñones. Me giro con cuidado para no despertarla y tras tomarle la temperatura por enésima vez compruebo, aliviada, que está bien. En mitad de la noche le di un poco de jarabe, la notaba más inquieta de lo normal y las décimas no bajaban.

Le deposito un beso en la mejilla y me preparo para salir. Pienso en Giulia y la angustia me oprime el pecho, he intentado hablar con ella otras veces sin lograrlo, tampoco lo he conseguido con Jessica. Por suerte, Reese ha estado entretenida decorando el árbol, la pobre cree que Papá Noel le traerá a su tata de regalo. Hago cálculos tras comprobar la fecha de hoy: tengo casi veinte días para buscar una solución o serán las peores Navidades de su corta existencia.

Con un traje nuevo de color fucsia y unos tacones más altos de lo habitual, empiezo mi jornada en la oficina. Lo primero y más importante: mi dosis de cafeína. Al entrar en la diminuta cocina me encuentro a Sam hablando por teléfono y, a juzgar por el chorro de voz que se cuela por el aparato, la cosa no pinta bien. Nada más verme cuelga.

—Hola. ¿A quién has cabreado tan temprano? —inquiero en tono jocoso.

—Calla, calla. Llevo unos días de mierda. Todo se está precipitando y estoy perdiendo el control.

La miro con atención y me fijo en las inmensas ojeras que ha intentado ocultar bajo un kilo de maquillaje. Algo gordo está sucediendo y me temo que es en el único aspecto de su vida que no compartimos, su actividad como *hacker*. Lo descubrí de casualidad;

bueno, quien lo descubrió fue Reese. Estábamos en su casa y mi hija entró en una de las habitaciones que siempre estaba cerrada con llave, en varias ocasiones llegué a bromear que escondía sus juguetes sexuales tras las infranqueables puertas. Nada más lejos de la realidad, como pude comprobar al entrar en dicho cuarto. Allí había por lo menos cuatro ordenadores de última generación, conectados entre sí y en pleno funcionamiento, y los códigos binarios bailaban en los monitores a una velocidad de vértigo. Parecía que estaba en una película de espías, estas donde hay un experto informático capaz de burlar la seguridad de cualquier sistema. En un principio tuve dudas sobre la actividad que estaba desarrollando, pero cuando los ordenadores encontraron el código que buscaban, la página de la NASA se abrió en una de las pantallas y bajo su logo parpadeaba una secuencia de números donde ponía: «clave de acceso». Casi me da algo y lo primero que hice fue sacar de la estancia a mi niña, que con solo tres añitos miraba todo fascinada, antes de que tocara algo y nos convirtiera en cómplices de un delito penado con cárcel. Sam me esperaba en el umbral más blanca que un fantasma. Esa fue la única vez que hablamos sobre sus actividades, casi todas inocentes y con el afán de saciar su enfermiza curiosidad.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás metida en problemas? Dios, debería haber hecho algo para apartarte de ese camino. Sabía que no acabaría bien.

—Tranquila, no es nada que no vaya a conseguir solucionar.

—Por favor, Sam, tienes que dejarlo. He perdido a Giulia y no soportaría perderte a ti también.

—No me vas a perder, tonta. Soy demasiado lista para permitir que me pillen.

—Más te vale —digo y la abrazo—. Me gustaría preguntarte a quién estás tocando las narices ahora, pero temo no dormir tranquila si lo sé.

—Sí, mejor que no lo sepas. —Me sonríe, aunque la sonrisa no llega a sus ojos—. Me voy, tengo mucho trabajo pendiente.

La veo desaparecer por el pasillo y una sensación de pérdida me invade. Quizás sea un mal presagio o puede que esté sensible por lo que pasó con Giulia. Salgo de la cocina con mi taza humeante para ponerme con mis quehaceres. Lo primero que hago es revisar la agenda de mi jefe y me extraña que no haya nada programado antes de las doce. Puede que esté en la fábrica, eso explicaría por qué todavía no ha llegado, así que no le doy más vueltas al asunto. Aprovecho el tiempo libre para poner en orden los archivos. Desde lo sucedido con Martina soy mucho más cuidadosa. Ella trama algo, lo huelo, y dado que su estancia está llegando a su fin, tengo que redoblar la vigilancia.

Cierro el archivador y vuelvo a mi mesa. Justo cuando me dirijo a mi escritorio, Nicholas salen del ascensor junto a su asistente. Ella está muy sonriente y algo se me remueve en las entrañas al ver que él le corresponde el gesto.

—Quiero que sigas todas mis instrucciones. Ya tienes la lista con el nombre de los empleados de los que prescindiremos firmada y revisada. Ocúpate de que se los indemnice conforme el convenio que tenemos en la sucursal de Wichita.

—No te preocupes, Nicholas, puedes ir tranquilo. Yo me ocuparé de todo según tus especificaciones.

Mi corazón deja de latir durante un instante al escuchar la conversación. Nicholas se va antes de lo planeado y me invade por dentro un dolor lacerante. ¿Por qué no me dijo ayer que hoy se iba? ¿Qué habrá pasado? ¿Y qué es eso de que la Bruja Mala del Oeste se quedará al cargo mientras se va? ¿Cuándo viene el nuevo director? Tengo tantas preguntas sin respuestas que siento que me va a explotar la cabeza.

—Eso espero. Helen Hopper llegará dentro de unos días, ya sabes cómo es de exigente y lo cercana que es a mi padre. No quiero fallos.

Una mujer, mi nueva jefa es una mujer. No salgo de mi asombro. ¿Por qué Nicholas no me dijo nada del cambio? Martina le sonríe y se despide de forma provocativa y poco profesional. Me dan ganas de levantarme, cogerla del moño y arrastrarla por toda la empresa. En realidad, llevo soñando con eso desde hace mucho.

Su mirada azul se encuentra con la mía.

—Buenos días —digo tras tragar el nudo que se me había formado en la garganta. Su cara no augura nada bueno.

—Acompáñame. Tenemos que hablar y no tengo mucho tiempo.

Le sigo en silencio, el fin está próximo e intuyo que no me gustará el desenlace.

—Me hubiera gustado hacer las cosas de otra manera, pero tengo que viajar a París de inmediato.

—Te escuché hablar con Martina. ¿Por qué no me dijiste que habían cambiado de director?

—Ha sido una decisión de última hora, como el viaje.

—¿Entonces te vas?

—Sí, el *jet* de la empresa me espera en Wichita. —Se pasa la mano por el pelo, desordenándolo. Lo hace de forma inconsciente siempre que está nervioso—. No sé cuánto tiempo estaré en París, Chloe. Intentaré volver antes de las Navidades.

—¿Vas a volver? —pregunto, sintiendo una nueva calidez en mi interior.

—Sí, Chloe, ten por seguro que voy a volver. —Su mirada se enciende como una hoguera en medio de la noche, calentando mi piel

y alimentando el sueño que lucha por no extinguirse—. ¿Me esperarás?

Son solo dos palabras, pero son suficientes para provocar que se me acelere el pulso. Aun así, la voz poderosa que controla mi lado racional me grita que me lo tome con calma. Mientras no pongamos las cartas sobre la mesa estaré pisando terreno pantanoso.

—Sí, aquí estaré —sonrío—. Tampoco es que pueda ir a ningún sitio —digo en broma, intentando ocultar el carrusel de emociones que bullen dentro de mí.

—Te encontraría, Chloe. Te encontraría allá donde vayas. —Sentencia sus palabras con un beso profundo, exigente, suave y lleno de promesas—. Seguiremos en contacto —dice con sus labios aún pegados a los míos—. Tengo que irme.

Me quedo de pie en medio de su despacho, con el cuerpo trémulo y la respiración agitada, incapaz de moverme mientras le veo salir por la puerta. Mis labios hormiguean y los toco para asegurarme de que lo que acaba de pasar no ha sido un producto de mi imaginación.

Capítulo 11



La repentina marcha de Nicholas no es la única sorpresa que me llevo en el trascurso del día. A la hora de comer me acerco al comedor como de costumbre, deseando contarle a Sam lo sucedido, aunque seguro ya lo sabe. Sin embargo, no aparece por aquí y tampoco coge mis llamadas.

Decido buscarla en el departamento de informática y lo encuentro clausurado. Hay unos técnicos que no conozco recogiendo los ordenadores y todo lo que sea electrónico, se los están llevando en cajas a una furgoneta con el logo de Agrobiotech S. A. Pregunto a uno de los trabajadores, pero ni siquiera se molesta en contestarme, me trata como si fuera invisible. Vuelvo a llamar a Sam. Esta vez su móvil

me sale como apagado o fuera de cobertura. Empiezo a ponerme en lo peor, seguro que han pillado a mi amiga haciendo sabe Dios qué. ¿Tendrá algo que ver con la empresa? ¿Por eso Nicholas se tuvo que marchar de repente? Solo hay una persona que me puede aclarar todo esto.

Las cosas no son tan fáciles, Martina tampoco aparece en las próximas horas y tras volverme loca de ansiedad y temer quedarme sin uñas decido cruzar los cuatrocientos metros que separan nuestro edificio de la fábrica. Cuando estaba John lo hacía a menudo, pero desde que Nicholas llegó, la bruja de su asistente es la que hace de enlace entre las dos instalaciones. Ella y Felix, aunque este último nunca aparece por ningún lado, es como una sombra. Ahora que lo pienso, Sam siempre lo nombra y eso muestra su vínculo con el departamento de informática. Quizás todo esté conectado; de ser así, estará en serios apuros. En este mismo momento también me doy cuenta de que he sido muy mala amiga. He estado volcada en el problema de Giulia y en mi aventura con Nick, obviando las señales de peligro que sobrevolaban su cabeza, como carteles de neón, indicando el inminente final de su carrera delictiva.

Estoy casi alcanzando la nave cuando me suena el teléfono y pego un gritito de alivio al ver el número de Sam.

—Dios, por fin. No tienes idea de lo preocupada que estaba. Han clausurado el departamento informático y como no te encontraba pensé lo peor. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Tranquila, está todo bien. Estoy con Felix y Nicholas, me voy con ellos a París.

—¿Cómo? ¡¿Qué locura es esta que me estás contando?! Dime la verdad, Sam, ¿te han pillado?

—No son lo suficientemente listos para esto. No te preocupes. Ha surgido un problema en la matriz y Felix me necesita para solucionarlo. Por fin he seguido tu consejo y les he hecho una demonstración de mi genialidad. Además, me pagan un pastón, ya verás la de regalitos que os voy a traer.

Parece sincera. Realmente le sugerí enseñar parte de su talento, una pequeñita fracción y solo con el fin de conservar su puesto de trabajo. No me esperaba esto. Quiero creerla, no obstante, quedan muchas preguntas sin resolver. Algo importante le está sucediendo, lo presiento, y está relacionado con su actividad extracurricular, no me queda la menor duda.

—Sé que no me estás diciendo toda la verdad. Pero confío en que sepas lo que estás haciendo. Te quiero mucho, loquita. Cuídate.

—Yo también te quiero y siento irme así, sin despedirme siquiera. Dale un achuchón a Reese de mi parte, dile que su tía la quiere muchísimo. —Un angustioso silencio siguió sus palabras—. Intentaré

llamar lo antes posible, ¿*OK*?. Ahora tengo que irme, me están esperando. *Bye, bye.*

En el camino de vuelta me paso por los demás departamentos. Mis compañeros siguen trabajando, ajenos a lo que se les viene encima. Me entristece que Nick no confiara en mí, al parecer se tomó el pacto a rajatabla, o quizás consideró que se trataba de un conflicto de intereses. En realidad, no hubiera sido fácil actuar ante los trabajadores con indiferencia, muchos tienen una situación económica precaria como la mía y llevan en un sinvivir desde que Nicholas aterrizó en la empresa. Martina seguro que disfruta echándolos a la calle, desde un principio fue proclive al despido masivo.

Consigo llegar al término de mi jornada laboral sin derrumbarme, encerrando mis emociones en un cajón que solo pienso abrir cuando esté en la seguridad de mi habitación. Auguro una noche larga de insomnio, dando vueltas a todo lo sucedido.

—¿Dónde crees que vas? —pregunta Martina justo en el momento en el que me cuelgo el bolso sobre el hombro.

—A casa. Mi turno ha terminado hace —miro la hora en mi móvil— diez minutos exactamente.

—Tu turno terminará cuando yo te lo diga —dice con un irritante tono de superioridad—. Pasa al despacho, tengo algo que comunicarte.

Vuelvo a mirar la hora. Como se explaye con su *show* de jefa fracasada, perderé el autobús. Me apresuro en seguirla, cuanto antes acabemos con esta payasada, mejor.

—La verdad es que tengo dudas. No sé si disfrutaré más echándote a la calle ahora o haciéndote la vida imposible un par de días. ¿Tú qué opinas?

—Opino que debes buscar ayuda lo antes posible, estás mal de la cabeza —digo sin dar crédito a sus palabras—. Si tienes algo importante que decirme, hazlo de una vez, que tengo prisa.

—Te lo advertí, pero no me hiciste caso. Creíste que acostándote con Nicholas conservarías tu puesto de trabajo. —Suelta una sonora carcajada que me deja de piedra—. Qué ilusa eres. Das pena.

Su ristra de insultos me hierve la sangre y la fantasía de cogerla del moño se hace más fuerte.

—La única que da pena aquí eres tú. Eres una arrastrada. Vas detrás de Nicholas como un perrito faldero, esperando que te haga caso. —Veo cómo palidece y me preparo para rematarla—: Esperando que te vea como mujer, que te mire como me mira a mí, que arda de lujuria como lo hace conmigo. Jamás lo tendrás y lo sabes, por eso me odias.

Me quedo a gusto, se lo merecía. Desde que ha llegado a la empresa no ha dejado de putearme.

—Crees que me has ganado, ¿verdad? Pero estás muy equivocada, fuiste solo un polvo fácil para Nicholas, nada más. Mañana otra pueblerina ilusa ocupará tu lugar y, como tú, pensará que es especial —se regodea mientras saca una carpeta de su inseparable maletín—. Hasta que la realidad le explote en la cara. —Me pone delante una hoja y un bolígrafo—. Estás despedida.

—¿Qué broma es esta?

Cojo el documento con las manos temblorosas, estoy tan nerviosa que apenas puedo concentrarme en las palabras. Las letras empiezan a bailar delante de mis ojos cuando avanzo en la lectura.

—No es ninguna broma, querida. Es tu finiquito. Fírmalo y lárgate.

Una mierda lo voy a firmar. Esto tiene que ser una jugarreta de Martina. Él no me haría algo así, justo esta mañana dio a entender que quiere seguir con lo nuestro. «Pero si es un cabrón y te ha estado utilizando todo ese tiempo», me dice la vocecita fastidiosa que habita en mi interior. Vocecita que sigue atormentándome con hechos irrefutables: «Nicholas se fue dejando a su asistenta al cargo, no confió en ti». La amordazo y dejo que mi corazón hable, en él sigue habiendo un hilo de esperanza. De repente me viene a la cabeza la conversación que escuché esta mañana.

—Esto es una treta tuya. Quiero ver la lista que Nicholas te dejó firmada —exijo decidida, me niego a admitir que he estado tan ciega.

Ella sonríe con una insana satisfacción y otra vez rebusca en su maldito maletín.

—Aquí la tienes.

—No puede ser —susurro en voz baja al ver mi nombre. Sin querer dar crédito a lo que ven mis ojos, vuelo al final del documento para comprobar su firma. No me cabe duda, es auténtico. Siento un enorme dolor en el pecho, es como si me hubieran apuñalado y retorcieran el cuchillo para causar más daño.

—¿Ves como tenía razón? Solo te estaba usando, desde el principio sabía que no te quedarías en el puesto. Helen Hopper trae su propio equipo. Ahora que Nicholas no está ya no eres necesaria aquí. La próxima vez piénsatelo mejor antes de abrir las piernas.

El dolor se transforma en furia y sin pensarlo me lanzo sobre Martina. La cojo del moño como había fantaseado y la arrastro por el despacho hasta conseguir deshacerlo. Ella chilla y se ríe al mismo tiempo, y cuando pienso que se le ha ido la olla reacciona y se defiende mostrando sus garras. Nos enzarzamos en una pelea de gatas salvajes, solo paramos cuando el cansancio nos vence. Ambas estamos perjudicadas, yo tengo arañazos en el brazo y cuello, además de la blusa rota, y la Bruja Mala del Oeste (no me equivocaba al llamarla así) sangra por la nariz. En la trifulca le he dado un codazo, fue sin

querer, pero el resultado me llena de satisfacción. Su estado es lamentable, mucho peor que el mío.

—Si no quieres que llame a seguridad, firma el maldito documento y fuera de aquí.

Con la poca dignidad que me queda después de haber perdido los papeles, cojo el bolígrafo y rubrico el finiquito.

Una vez fuera de la empresa me doy cuenta de que me he quedado sin transporte. Ir caminando está descartado, el recuerdo de mi experiencia anterior aún me hiela la sangre. Aunque en aquella ocasión Nicholas me rescató y…

—Ni se te ocurra pensar en ese gilipollas —digo en voz alta acallando la angustia por su traición.

Una hora y cuarto después y con cuarenta dólares menos en mi penosa cuenta corriente, llego a casa. La chica que cuida a mi hija me mira ojiplática. Por suerte, consigo calmarla antes de que arme un escándalo y llame la atención de Reese, que en estos momentos cena tranquilamente en la cocina. Le pido que se quede un rato más y me meto en la ducha sin hacer ruido. Abro el grifo y dejo que el agua recorra el cuerpo, suspirando al sentir cómo su calor me arropa. Cierro los ojos. Los recuerdos me asolan, esta vez no soy capaz de suprimirlos. Las compuertas se abren y exploto en un llanto desgarrador. Por Giulia, por la traición de Nicholas, por la ausencia de Sam. Me siento tan vacía, tan sola, tan perdida. El mundo se derrumba sobre mi cabeza y me dejo consumir por la pena.

Unos golpes en la puerta me sacan de mi letargo. El agua hace rato dejó de salir caliente y tiemblo de frío. Cierro el grifo para después enfundarme en un mullido albornoz rosa chicle, regalo de Sam. ¿Por qué no estás aquí? Te necesito, amiga. Es lo único en lo que pienso antes de abrir la puerta. Reese me espera al otro lado junto a Kate, su cuidadora.

—Siento haber tardado. —Tomo a mi pequeña en brazos y dejo que sus besos curen parte de mi dolor.

—No pasa nada —sonríe la canguro antes de despedirse.

Llevo a mi monito a mi cuarto y cuando consigo bajarla me pongo ropa cómoda y calentita, todavía no he entrado en calor.

—¿Cómo estás, mi amor? ¿Qué tal el día?

—La seño nueva no me gusta, no sabe dibujar, y Max me ha tirado del pelo —dice y esquiva la mirada. Conociéndola, me temo lo peor—. Le he pegado una patada y la profe me ha castigado. Dijo que está mal pegar al compañero, pero él me pego primero, mami, tengo que defenderme —dice con vehemencia.

—Es cierto que no puedes dejar que los demás te hagan daño, pero tampoco puedes salir pegando patadas. Tienes que llamar a la seño y explicarle lo que sucede, ella se encargará de corregirlo.

—No, mami, estás equivocada. En mi cole no es así. —Tengo que controlarme para no soltar una carcajada. Reese no es de este mundo.

Justo en medio de su relato, donde intenta convencerme de que si te pegan tienes que devolver el golpe de inmediato, me doy cuenta de que tengo todo lo que necesito para ser feliz. Mi niña me curará y me hará olvidar que casi vuelvo a entregar mi corazón al hombre equivocado.

Me entretengo jugando con ella y me olvido del dolor. Bueno, el emocional, porque el físico sigue presente en mi cuerpo. Si mi hija supiera cómo me defiendo se sentiría orgullosa, lo de dar pataditas es quedarse corto. Madre mía, aún no puedo creer que haya actuado de esa manera. Estaba completamente fuera de mí.

Pierdo el control pronto y los recuerdos me invaden de nuevo. ¿Cómo es posible que Nicholas me engañara de esa manera? Le metí en mi casa, por Dios, ha jugado con mi niña. ¿Cómo un hombre que se deja disfrazar de princesa puede ser tan cruel? Él conoce las dificultades a las que me enfrento para criar a Reese sola, sabe lo importante que es para mí ese trabajo. ¿Cómo me ha podido hacer esto? Las lágrimas pugnan por salir, pero no puedo darme ese lujo, no delante de mi hija. Bastante está sufriendo con la pérdida de Giulia, lo único que la mantiene distraída es pensar que Papá Noel cumplirá su deseo. Trago el nudo que se me ha creado en la garganta y miro el árbol de Navidad. Luce precioso con todos los adornos que Nick le ha traído. Una vez más, se me hace difícil mantener el llanto a raya.

Reese parece intuir el rumbo de mis pensamientos y me pregunta:

—Mami, ¿por qué no ha venido Nick esta noche? ¿Ya no me traerá más adornos para el árbol?

El momento que tanto temía llegó. He intentado por todos los medios que ella no se viera involucrada, pero parecía que el destino se empeñaba en colocarla en el camino del imbécil de mi exjefe.

—Lo siento, tesoro. Nick ha tenido que irse de viaje esta mañana. Ha sido algo de improviso y no tuvo tiempo de despedirse —digo y, justo después, me parte el corazón ver cómo la decepción cubre su carita.

—¿Y cuándo volverá?

—No lo sé, cariño, puede que no vuelva en mucho tiempo. Forma parte de su trabajo visitar las diversas empresas que tiene repartidas por el país. Aunque también viaja al extranjero, esta vez se ha ido a París. ¿Quieres que te enseñe en el mapa dónde está?

Su curiosidad incansable hace que se olvide de Nick y se centre en la geografía. De Sam prefiero no decir nada, demasiada información para que pueda asimilarla toda. Tras un rato entretenida me sorprende pidiendo lápiz y papel, creo que va a dibujar un avión o la torre Eiffel, pero, en cambio, me dice que ha tenido una idea. La miro con interés,

tratando de descifrar cuáles son sus intenciones. Cuando lo hago, me enternece el corazón: está pidiendo un deseo a Papá Noel, y no necesito leer la carta para saber su contenido. Debería haber protegido mejor a mi hija. Una solitaria lágrima se desliza por mi mejilla y me apresuro en secarla. No puedo derrumbarme, él no se lo merece. Además, tengo cosas más importantes por las que preocuparme, como, por ejemplo, pagar el alquiler. Me estremezco solo con pensarlo, mañana mismo tendré que empezar a buscar trabajo, el dinero de mi finiquito no durará mucho.

Maldita mi suerte, de repente todo se ha desmoronado. El conocido refrán de «las desgracias nunca vienen solas» cobra sentido en estos momentos. Espero tener una tregua pronto para coger aire, porque está claro que lo peor está por venir. La enfermedad de Giulia es progresiva y no quiero ni imaginar lo que estará pasando bajo los cuidados de Jessica. Además, está el tema de Sam; sabiendo lo que sé ahora sobre Nicholas siento que está en peligro, quizás la coaccionaron para que fuera con ellos. Es mucha casualidad que cierren el departamento de informática el mismo día que ellos se van de viaje. Lo malo es que no puedo siquiera denunciar los hechos, podría ponerla en una situación mucho peor. Mi única esperanza es que les haga la vida imposible. Sonrío un poco; no tienen ni idea de con quién se están metiendo. Tras esa carita de niña desvalida e inocente esconde una mente prodigiosa.

Una patada de mi pequeña me saca de mi ensimismamiento. «Por Dios, hay que hacerse un seguro de vida para dormir contigo, tesoro», me digo para mis adentros. Aun a riesgo de amanecer como si me hubiese pasado una apisonadora por encima, me la llevé a mi cama. Necesitaba sentir su cuerpecito pegado al mío, sentir que había algo grande por lo que seguir peleando.

Capítulo 12



Llevo cuatro días en el paro y empiezo a agobiarme, las ofertas escasean, al contrario de lo que me imaginaba. Lo bueno es que todos ya se han enterado de mi desgracia y han activado el protocolo de ayuda vecinal «buscar un trabajo para Chloe». Lo malo es aguantar las preguntas indiscretas, no se cortan a la hora de cotillear, y lo peor es repetir la misma historia cien veces.

Estoy saliendo de una entrevista cuando me suena el móvil. Lo cojo deseando que sean buenas noticias.

—Dime.

—Hola, cielo. No he podido llamar antes, estos días han sido una locura. ¿Qué tal estás? —La voz de Nicholas me deja en *shock* durante

unos segundos, luego reacciono a sus palabras y entro en cólera. Es increíble que tenga el descaro de llamarme. Si se cree que me voy a seguir acostando con él después de lo sucedido, va listo. No quiero verlo ni en pintura.

—¡Vete a la mierda, Nick! Y si te queda algo de decencia, no vuelvas a llamarme. —Cuelgo sin darle derecho a réplica.

El teléfono vuelve a sonar tres veces y decido bloquearlo. Pasada media hora suena con un número diferente, sé que es una llamada internacional por el prefijo y dudo de si atender o no. Puede ser Sam, al día siguiente de su partida me envió un mensaje de voz desde un número parecido. No tengo dotes detectivescas, pero nada más escuché el mensaje me puse a investigar la procedencia de la llamada. Resultó ser de la empresa. También busqué información sobre Nicholas y, salvo el episodio con la secretaría desquiciada, lo demás eran solo elogios a su labor empresarial.

Al tercer tono lo cojo.

—Sam, ¿eres tú?

—Sí, soy yo. ¿Qué ha pasado? Nicholas está como un loco queriendo hablar contigo.

—No quiero hablar de ese desgraciado malnacido. ¿Te puedes creer que me echó a la calle nada más darme la espalda?

—Nooo, no puede ser. He visto cómo le brillan los ojos al hablar de ti.

—No hay ningún error. —Pienso en la maldita lista y en su firma —. No quiero hablar más de ese desgraciado. Quiero saber de ti, y no me vengas con cuentos. Algo pasa, no es normal que cierren el departamento de informática en el mismo día de vuestra partida. Siempre he pedido mantenerme al margen de tus actividades. Pero ahora es diferente, estoy muy preocupada.

Se hace un silencio eterno al otro lado del aparato.

—No te puedo decir nada, solo te pido que confíes en mí.

—Tienes que darme algo más, Sam, sabes que nunca te traicionaría.

—Lo sé, no se trata de eso, confío en ti como no confiaría en nadie más. Firmé un contrato de confidencialidad. Ten paciencia y no hagas preguntas, por favor. Créeme cuando digo que todo está perfecto, París me encanta y pienso pasármelo en grande en la ciudad del *l'amour* —dice poniendo asiento parisiense y decido dejar a un lado mis infundadas conspiraciones paranoicas.

Esta misma tarde recibo una oferta de trabajo. No es lo que esperaba, pero no me queda más remedio que aceptarla.

Lo bueno de trabajar como camarera en el bar de Matt es que llego cansada a casa y no tengo tiempo ni fuerzas para pensar en el

gilipollas de Nick. Desde que le colgué en las narices no ha vuelto a dar noticias, de eso hace cinco días. Con Sam he vuelto a hablar un par de veces y tuve que morderme la lengua para no pronunciar su nombre. Jamás pensé que lo echaría tanto de menos, anhelo sus caricias, sus besos, el sonido de su voz, su mirada azul encendida por la pasión. Dios, lo he vuelto a hacer. Quizás deba matizar: no pienso en él antes de acostarme, pero paso todo el día soñando despierta.

—Mami, tenemos que entregar la carta a Papá Noel. ¿La has traído? —dice Reese nada más verme en la puerta del cole.

—Sí, tesoro, aquí la tengo.

—¿Crees que a Santa le gustará mi dibujo?

—Claro, mi vida, eres una artista.

—¿Y si no le gusta y no me trae a Giulia? —Su labio inferior tiembla mientras susurra.

—Le va a gustar, mi vida, dibujas muy bien y lo has hecho con amor, eso es lo que importa. —Trago saliva a través del nudo en mi garganta. Debería ir preparándola para el fatídico día, aunque quizás en el fondo yo también espere un milagro.

—¿Por qué todos se van, mami? Giulia, Sam, Nick, ninguno se queda con nosotras. Tú no te vas a ir, ¿verdad? No me vas a dejar sola.

Ya no puedo contenerme y dejo que las lágrimas se deslicen sin control por mis mejillas. He fracasado intentando proteger a mi pequeña del dolor causado por la ausencia de su padre, de mis amigas, incluso de Nick. Es imposible controlar todo lo que sucede a nuestro alrededor, debería saberlo.

—Jamás te dejaré sola, tesoro. Estaremos siempre juntitas —la abrazo, le hago cosquillitas y la lleno de besos—. Y no te sientas mal por la ausencia de nuestros amigos. Ellos siguen ahí, cariño, y siguen queriéndonos —bueno, no todos—, pero cada uno tiene su vida, sus responsabilidades. Tenemos que aceptar y aprender a disfrutar del tiempo que pasamos a su lado. Cuando la tía Sam vuelva de París la abrazas bien fuerte y le dices lo mucho que la quieres, ¿de acuerdo?

—Vale, cuando vuelva la tita le haré un dibujo bien bonito y le daré muchos besitos. A Giulia y a Nick también. —La miro orgullosa y aliviada. Se disgustará en Navidad, sin embargo, sé que lo acabará superando. Tal vez sea yo la que tarde más en hacerlo.

—¿Qué te parece si almorzamos hamburguesa con patatas? —sugiero y la alegría reflejada en su carita se transforma en pura euforia.

Pasamos la tarde jugando y a la hora de despedirnos hay drama, mi nuevo horario la tiene desconcertada. Le gusta escuchar historias antes de dormir y de momento no ha aceptado sea la niñera quien se las cuente. Nos queda un nuevo aprendizaje por delante, porque las

opciones de trabajo en mi área escasean y tendré que seguir haciendo turnos imposibles durante una larga temporada. Solo de pensarlo me hierve la sangre, todo eso es culpa de Nicholas. Si le tuviera delante, le pegaría una patada en los huevos y luego disfrutaría viendo cómo se retuerce de dolor.

Dejo el melodrama a un lado y me pongo en marcha. El bar de Matt está a unos veinte minutos andando de mi casa, es una distancia corta y la hago sin darme cuenta, al menos en parte; la vuelta es otro cantar. Salgo a las dos de la madrugada y la distancia antes insignificante y agradable se convierte en eterna y angustiosa, siempre llego a casa como si hubiese corrido un maratón.

Esta noche en particular está siendo la más abrumadora de todas, mientras servía copas tenía la sensación de estar siendo observada y ahora siento que alguien me sigue, puedo percibirlo cada vez más cerca, o eso creo. El miedo va en aumento, acorde con la velocidad de mis pasos, y en nada estoy corriendo como si me persiguiera el diablo. Cuando doblo la esquina de mi calle me armo de valor y echo una mirada hacia atrás. Nadie me persigue. Aun así, mantengo el ritmo. Casi sin aliento y con el corazón latiendo a mil por hora, entro en mi hogar.

—Dios, otra noche como esta y dejo ese trabajo —susurro para no despertar a Kate, la canguro; ella prefiere dormir en mi casa, seguramente para evitar ser atacada por un violador en serie.

—Estoy de acuerdo. Ese trabajo no es adecuado para ti. —Pego un salto de la impresión. Delante de mí, sentado en mi sillón, con un aspecto cansado y desaliñado, se encuentra Nick, el causante de mis últimas desgracias.

—¿Cómo te atreves a entrar en mi casa? Fuera de aquí —digo entre dientes y abro la puerta para que salga.

—No pienso irme a ningún lado hasta que me escuches —dice sin inmutarse, manteniendo el tono suave.

—No me interesa nada de lo que puedas decirme. ¡Vete o llamo a la policía!

—Me voy a ir porque no quiero despertar a Reese armando un escándalo, pero si quieres librarte de mí, tendrás que escucharme.

—Ni se te ocurra amenazarme, no quiero verte más en lo que me queda de vida. Fuera de mi vista.

Tiemblo de arriba abajo, no sé cómo consigo mantenerme de pie. Me apoyo en la pared y espero a que pase a mi lado para cerrar la puerta. Cuando creo haber conseguido librarme de él, me pilla desprevenida y me apresa entre sus brazos.

—No he dejado de pensar en ti en todos estos días —susurra antes de posar sus labios sobre los míos.

Echo la cabeza hacia atrás antes de permitir que mi estúpido

cuerpo tome el control.

—Suéltame.

—Volveré cuando hayas dejado a Reese en el cole. Hablaremos y esclareceremos muchas cosas. —Vuelve a besarme y esta vez no consigo apartarme. El anhelo es más fuerte y me dejo llevar. Por más que me cueste admitirlo, ansiaba sentirme así, viva.

—No hay nada que esclarecer —consigo decir tras recuperar el aliento y la cordura.

—Te equivocas. —Traza el contorno de mi boca con el pulgar y se va sin decir nada más.

Con las piernas de gelatina, me dirijo a mi habitación. No entiendo cómo he permitido que me besara. «Dos veces, Chloe, dos veces», grita la vocecita en mi cabeza. Me dejo caer de espaldas sobre la cama y cierro los ojos, aún siento su sabor en mi boca.

—Maldición, ¿por qué tenías que besar tan bien? —protesto en voz alta.

«¿Y tú por qué eres tan blanda? ¿Dónde está la patada que le ibas a propinar en los huevos?, no la he visto por ningún lado. Eres un fraude», contrataca mi subconsciente. Gruño de frustración. No puedo dejar que vuelva a pasar, debo mantenerme firme, da igual la excusa que se invente. No puedo caer rendida a sus encantos, no se trata solo de mí. Con estos pensamientos rondándome la cabeza, me quedo dormida.

Acabo de dejar a Reese en el cole y por poco no llegamos tarde. La visita de Nick me dejó tocada y todavía me siento aturdida. Cuando me levanté no daba pie con bola, incluso mi hija y Kate se dieron cuenta al verme con la ropa de trabajo puesta. Esta última se llevó una reprimenda por dejar a Nicholas entrar en mi casa, no me enfadé más porque mi niña estaba dormida y no se enteró de nada.

Llevo unos cuantos pasos dados cuando un coche se detiene justo en el paso de peatones, impidiéndome cruzar sin tener que rebasarlo.

—Entra, hace frío para ir caminando —dice tras abrir la puerta del copiloto.

Niego con la cabeza, no pienso estar en un espacio tan reducido con él, y menos a solas. Si él quiere hablar tendrá que ser en un sitio público.

—Te espero en la cafetería de la esquina —digo mientras cierro la puerta de su coche de un portazo.

Él se ve obligado a seguir y por fin puedo reanudar la marcha. Suelto el aire que estaba reteniendo sin ser consciente y repaso mentalmente la decisión que he tomado esta mañana, cuando volví a ser persona. Diga lo que diga Nick, no pienso darnos una oportunidad, su vida no encaja con la mía y más pronto que tarde nos daríamos

cuenta.

Tardo un poco en localizarle, está en una discreta mesa al fondo del local. Con el pulso acelerado y la boca seca, me dirijo a su encuentro.

—Buenos días —saludo sin saber qué decir. Es raro, me siento como si estuviera delante de un extraño.

—Buenos días. He pedido el desayuno, espero que no te importe. —Niego con la cabeza, él conoce mis gustos y sé que no escatimará en detalles con tal de apaciguarme.

La comida llega de inmediato y por un breve instante nos ponemos a degustarla, como si no tuviéramos ningún tema de conversación importante entre manos. De repente el ambiente se tensa y sé que ha llegado la hora.

—Me he enterado de tu despido y quiero que sepas que no tuve nada que ver —empieza sin rodeos.

—He visto tu firma, Nick, y además vi que le entregabas la lista a Martina. La lista que habías revisado y aprobado.

—No, ahí te equivocas, en mi lista tu nombre no estaba. Jamás te haría eso, Chloe, y me duele que no me hayas otorgado siquiera el beneficio de la duda. —Su mirada apenada me impacta de lleno, rompiendo parte de mi coraza.

—¿Qué querías que pensara? Decides irte de la noche a la mañana, dejas a Martina al cargo y no me das ninguna explicación, ni siguiera sobre el cambio de sexo de mi futuro exjefe. Además, clausuras el departamento de informática y secuestras a mi amiga Sam —digo dispuesta a ponderar su reacción. Odio cuando se transforma en el señor Hayden.

—Lo que te voy a decir no puede salir de aquí: cuando compré la empresa lo hice exclusivamente para recuperar una patente que me habían robado y para descubrir quién era el traidor.

Casi me caigo de la silla de la impresión. ¿Cómo es esto posible? De repente se me cruza una idea descabellada y palidezco.

—¿Y qué tiene que ver Sam en todo eso? —pregunto como si desconociera su talento. Por una fracción de segundo veo algo parecido a la sorpresa, luego se coloca su máscara infranqueable de hombre de negocios.

—Que yo sepa, nada. Solo sé que ella es un genio de la informática y Felix la invitó a trabajar con nosotros para descubrir al responsable del sabotaje. En cuanto al cierre del departamento de informática, era necesario, descubrimos que hay mucha información encriptada en los ordenadores y nuestro equipo de París tratará de descifrarla. —Me atraganto con el café. Dios, esta historia se complica por momentos—. Debido a los últimos acontecimientos necesitaba adelantar mi viaje. Además, quiero que sepas que Martina ya no

trabaja para mí. Lo que hizo fue intolerable.

—¿Habéis estado juntos alguna vez? —Niega con la cabeza de forma apresurada y una vez más abandona su máscara infranqueable de empresario—. Está enamorada de ti, ¿lo sabías?

—No tenía ni idea, te lo juro. —Coge mis manos entre las suyas, las estrecha y entrelaza sus dedos con los míos. Siento que se me calienta el pecho por la emoción—. No haría nada para perjudicarte, tienes que creerme. —Me acaricia con el pulgar y estremezco—. Quiero estar contigo, Chloe, quiero que lo nuestro funcione.

Se me encoge el corazón. Unas semanas atrás, estas palabras me hubieran hecho tocar el cielo, pero después de lo que pasó y sabiendo lo que está pasando en la empresa sé que es imposible. Nicholas se irá a París de nuevo, nos separará incluso un océano. Estamos condenados al fracaso.

—Dime algo —pide tras mi prolongado silencio.

—No sé qué decir —digo al no encontrar la valentía para verbalizar mi decisión.

—Joder, Chloe. La verdad. Di lo que sientes —dice, soltando mis manos.

—Lo que siento no importa. —Soy incapaz de negar mis sentimientos mirándole a los ojos—. Hay demasiadas cosas que nos separan y debo pensar en mi hija. Está pasando por un momento difícil, la ausencia de Giulia la afectó muchísimo, luego se ha ido Sam, y también sufre por ti. Te extraña.

—Deja de usar a Reese de escudo, es una niña increíble y con una madurez sorprendente. Además, si hacemos las cosas bien, no saldrá lastimada.

—Las posibilidades de que lo nuestro funcione son muy bajas, Nicholas. Reconócelo —digo con un hilo de voz.

—Eso nunca lo sabrás. —Me mira de una forma que prefiero no interpretar—. No te tenía por una cobarde, Chloe, pero veo que me equivoqué.

Tras decir esas contundentes palabras, se levanta y se va. Impotente, le dejo marchar y antes de verle abandonar el local ya me estoy arrepintiendo. Dios, ¿qué he hecho? Acabo de dejar escapar al hombre que me hace vibrar de pasión, que me acelera el corazón solo con una mirada y del que, por mucho que lo niegue, creo estar enamorada. Unas lágrimas ardientes y pesadas se deslizan por mis mejillas y después me empapan. Tiene razón cuando dice que soy una cobarde, lo soy. Y pagaré caro por ello, sé que jamás podré sacarle de mi piel, de mi mente, de mi alma…

Capítulo 13



Paso la siguiente semana como un alma en pena. El arrepentimiento me corroe por dentro y si pudiera volver atrás en el tiempo, tomaría otra decisión. Quería evitar un sufrimiento futuro y ahora sufro más que nunca. Y lo peor es que estoy haciendo infeliz a mi pequeña, ella siente mi dolor y cada día que pasa se apaga un poquito. Sam me llama casi a diario para saber cómo estoy, se quedó en *shock* cuando le conté lo sucedido. Apostaba por nuestra relación.

Esta noche está siendo dura, ni el cansancio permite que concilie el sueño. Me duele el cuerpo, que anhela las caricias de Nick mientras mi corazón clama recuperar a su otra mitad. Me he dado cuenta muy tarde de la profundidad de mis sentimientos. «Si tanto sufres, ¿por qué

no le llamas o le envías un mensaje?», pregunta esa vocecita en el fondo de mi mente. Debería hacerlo, pero ¿qué le voy a decir después de menospreciar nuestra relación? Me acuerdo de una de sus frases: «Joder, Chloe. La verdad. Di lo que sientes». Un atisbo de esperanza nace en mi interior y decido arriesgarme sin dudar más. No pierdo nada por intentarlo.

Busco su número en mi móvil y le escribo un mensaje. Le dará tiempo a leerlo con calma, a digerirlo antes de tomar una decisión que nos una o separe para siempre.

Siento no haber sido lo suficientemente valiente para reconocer que mis sentimientos por ti son más fuertes que mis miedos. Si pudiera volver atrás, diría sí una y mil veces. Te extraño, extraño tus besos, tus caricias…

Mi dedo se mantiene sobre la pantalla sin llegar a tocarla durante un buen rato. Leo el mensaje una docena de veces y vuelvo a dudar. Quizás debería ser más romántica, aunque si siente algo mínimamente parecido a lo que yo siento por él, estas palabras serán como un faro en una noche de tormenta. Le doy a «enviar» y por fin consigo quedarme dormida.

Al despertarme lo primero que hago es mirar el móvil. El doble *tick* azul está activado, pero no tengo ninguna contestación. Seguro que está luchando contra su orgullo herido. Dejo el teléfono en la mesita de noche y decido dormir un poco más, llevo mucho sueño atrasado. Sin embargo, mi pequeño terremoto tiene otros planes.

—¡Mami, mami! Quedan solo cuatro días para que llegue Papá Noel. Tenemos que comprar un regalo para la tata y otro para Nick.

—Buenos días, mi amor —digo escondiendo mi frustración. Cuando tiene cole me cuesta la misma vida sacarla de la cama, ahora que está de vacaciones madruga. Es para pegarse un tiro.

—¡Anda, levántate! Tenemos muchas cosas que hacer.

Suelto una carcajada por su tono autoritario y la cojo en volandas, luego la tiro sobre la cama y la lleno de cosquillitas.

—Estás muy autoritaria, señorita. No puedes hablarme así.

—¿Por qué no?, tú siempre me hablas así.

—Porque soy tu madre.

—Pues no quiero ser hija, quiero ser como tú. —No puedo controlarme y vuelvo a reírme al ver su cara enfurruñada. Realmente está molesta. Madre mía, lo que me espera.

—¿Sabes cocinar? ¿Tienes carné de conducir? ¿Trabajas para mantenernos?

—Claro que no, solo soy una niña —dice poniendo los ojos como platos. Tengo que controlarme para mantenerme seria.

—¿Ves?, no puedes ser como yo, te toca obedecer. —Le toco la nariz deshaciendo las arruguitas que demuestran su contrariedad—.

Ahora recoge tu habitación, que anoche la dejaste patas arriba. Mientras iré preparando el desayuno.

—Y los regalos, ¿cuándo vamos a comprarlos? —insiste.

—Quizás más tarde.

Sonrío al verla salir corriendo, sabe que mis «quizás» significan un «sí» rotundo.

Durante la mañana miro mi móvil cada dos por tres. Intento mantener la esperanza, pero el desánimo se va apoderando de mí por cada hora transcurrida. Miles de hipótesis me pasan por la cabeza, a cada cual peor. La más relevante y dolorosa de todas: ha descubierto que sus sentimientos no son tan fuertes como se creía y se siente aliviado por estar al otro lado del océano. «Deja de torturarte», me reprendo a mí misma. Aunque salgo de una situación dolorosa para meterme en otra. Llevo días llamando a Jessica, quiero pensar que el espíritu navideño le tocará el corazón por estas fechas. Sin embargo, sigo escuchando la voz de la operadora.

Por la tarde decido darle el gusto a Reese, aun a sabiendas de que sus regalos jamás serán entregados. Por lo menos consigo convencerla de comprar cosas que podrán sernos de utilidad más adelante, en el *outlet* donde compro no se permite el cambio.

—Quiero esta, mami —dice, señalando a una bufanda de color azul. Es del mismo tono que los ojos de Nick y siento como si una mano me oprimiera el pecho. ¿Hasta cuándo me sentiré así? La respuesta que me ofrece mi subconsciente no me gusta.

Aparto los pensamientos deprimentes de mi cabeza y ayudo a mi hija a escoger el supuesto regalo de Giulia. Buscamos entre todas las opciones útiles disponibles, pero nos enamoramos a la vez de una caja de costura tallada en madera. A mi amiga le gustaría; me dejo llevar por la nostalgia.

—Esto es para la tata, mami —dice Reese cogiendo la caja—. Le pediré que me haga ropita para la Barbie que me va a traer Papá Noel.

No tengo fuerzas para llevarle la contraria y, a pesar del precio, nos quedamos con el costurero. También compramos algo para Sam, lo dejaremos en el árbol hasta pasadas las fiestas por decisión expresa de Reese. Ella confía en el poder de la magia de la Navidad.

Los días siguientes son agotadores, trabajar como camarera en estas fechas es una verdadera pesadilla. Llego a casa destrozada, tanto física como emocionalmente, y ver a todos festejando con sus amigos y familiares pone en evidencia lo muy sola que estoy. Solo estamos mi hija y yo, nadie más. Cuando estaba Giulia y Sam me olvidaba de mis padres. Entretanto, en esta ocasión noto su ausencia como nunca. Incluso me atreví a enviarles un mensaje, no contestaron y me dolió tanto como en el día que me invitaron a abandonar el pueblo.

De Nick ya no espero respuestas, perdí la esperanza, y duele tanto que a veces me cuesta respirar, solo sigo de pie por mi niña. Ella hace soportable ese enorme vacío que siento en el pecho. Trago las lágrimas y continúo sirviendo copas con una sonrisa impostada.

La jornada llega a su fin y, como en las noches anteriores, pego un carrerón hasta mi casa. No sé si me he vuelto paranoica, pero la sensación de que me están siguiendo no me abandona. Incluso he comprado un espray antivioladores; lo llevo en la mano, listo para usar en cualquier momento. Justo cuando llego a la altura de la casa de Giulia me detengo de golpe, juraría haber visto una sombra en la ventana de su salón. Observo durante unos segundos, sin perder de vista mi alrededor, no veo nada y reanudo la marcha. Mientras me alejo, pienso en que mañana me acercaré para estar segura.

Una vez en la seguridad de mi casa me ducho y me acerco a la habitación de mi hija. Sonrío enseguida al ver cómo duerme atravesada sobre la cama, con media pierna hacia fuera. Me acerco sin hacer ruido, la pongo derecha en el centro del colchón y la tapo con la manta. Ella susurra en sueños: «Mami», «la tata», «no quiere». Habla muy bajito y solo puedo identificar esas tres palabras, sin embargo, siento que está sufriendo y lo confirmo cuando un quejido sale de su garganta. Me tumbo a su lado y la abrazo, al instante se tranquiliza y entra en un sueño profundo.

—Ojalá pudiera cumplir tu deseo, mi vida —murmuro antes de quedarme dormida.

—¡Au! —grito al caer de culo en el suelo.

Tardo unos segundos en orientarme y, al ver la pierna de mi pequeña colgada en el borde de la cama, sé dónde estoy y lo que sucedió. Me levanto y vuelvo a enderezarla, luego deposito un beso en su frente y regreso a mi habitación. Son las siete de la mañana y aprovecho el ratito de tranquilidad para envolver los regalos que compré para Reese. Mi horario de trabajo me impidió hacerlo antes, pero por suerte tengo dos días libres. Podré disfrutar con mi niña, aunque en esta ocasión la celebración será amarga.

En los últimos días he ido preparando a mi hija para el trágico momento, pero ella ignora mis palabras y sigue con su fe inquebrantable. Intenté decirle que Papá Noel trae objetos, no personas, ya que estas pesan demasiado y no caben en el trineo. Su respuesta fue: «Es magia, mami, los renos tampoco vuelan y Papá Noel tiene un trineo con nueve renos mágicos». Después de esta contestación desistí, que sea lo que Dios quiera.

Acababa de esconder los regalos de mi niña cuando apareció por la cocina llena de energía.

—Por fin llegó el día, mami. Tenemos que preparar las galletas

para Papá Noel.

—Sí, mi amor. Desayuna y luego lo haremos.

—También tenemos que dejar zanahorias para los renos. Viajan mucho y tienen que comer.

Reese está acelerada y pasa todo el día como una moto, hablando sin parar y haciendo miles de preguntas. La llevo un rato al parque y al pasar delante de la casa de Giulia aprovecho para echar un vistazo. Todo sigue igual como lo dejó, pero un olor inconfundible a sus galletas de jengibre llega a mis fosas nasales, cierro los ojos e inspiro hondo. No hay duda. Debo de estar volviéndome loca. Me alejo de su vivienda sin dejar de pensarlo.

Busco un sitio soleado y me siento para observar a mi hija correr a lo lejos, feliz y despreocupada. Me gustaría sentirme así, aunque solo fuera por unos segundos. El vacío que tengo en el pecho ha ido creciendo de forma exponencial y tengo miedo de que me absorba por completo. Se me humedecen los ojos y saco el móvil para leer el mensaje que envié a Nicholas, pensando en que quizás debo enviarle otro. Justo en este momento suena, pegándome un susto. Es Sam, ya me sé su número de memoria.

—Hola. ¿Cómo estás? —pregunta.

—Bien. No, no estoy bien. Me siento muy sola, Sam. Sin ti, sin Giulia, sin Nick. —No aguanto más y empiezo a llorar.

—Chloe, por favor, no llores. Me parte el corazón verte así, ojalá pudiera estar ahí. —Al instante me doy cuenta de que la estoy haciendo sufrir y controlo el llanto.

—Lo siento, estoy muy sensible. Son las fechas, ya verás como me repondré cuando todo eso pase. ¿Y tú qué tal? ¿Qué planes tienes para esta noche?

Sam va a pasar las Navidades de fiesta en fiesta, me alegro por ella. París está hecha para mi amiga, dudo que vuelva a acostumbrarse a un pueblo tan pequeño. Seguimos hablando durante un ratito, pero enseguida tiene que cortar la comunicación, ya es noche en Francia y tiene que arreglarse. Le deseo unas felices fiestas y nos despedimos con la promesa de seguir hablando al día siguiente.

—¡Mami, mami, mami! —Reese grita con voz estridente provocando que salte de la cama y corra al salón.

Una vez allí me quedo con la boca abierta. Hay tres cajas enormes, casi tan altas como el árbol, envueltas con lazos de colores. Mi corazón late desbocado y me siento temblar, creo que me desmayaré en cualquier momento. Me pellizco para asegurarme de que no es un sueño y suelto un quejido por el dolor. Mi lado racional dice que es imposible. ¿Cómo iba a estar Giulia metida en una caja con su actual estado de salud? ¿Estará Jessica en alguna de las tres?

Eso ya no me hace tanta gracia, mejor la dejamos encerrada.

—Mami, ¿lo abrimos? —pregunta mi hija con un hilo de voz. Creo que intuye lo que hay dentro.

—Sí, ¿por cuál quieres empezar? —pregunto mirando la del lazo azul. Dios, como Nick esté dentro de esta caja, me muero.

—Hmmm…, yo abro la verde y la rosa y tú la azul —dice decidida.

—¿Por qué tú tienes dos y yo solo una? —pregunto y casi suelto una carcajada. Se me va la olla.

—Porque soy niña, y los niños tienen más regalos que los adultos. —Creo oír una risa proveniente de una de las cajas. Me entran ganas de gritar como lo hizo mi pequeña.

—Pues vamos allá —digo notando cómo le tiemblan las manos, está emocionada—. Espera —grito y ella se detiene de golpe. No puedo recibir a Nick con estas pintas—. Tengo que ir al servicio. Será solo un momentito.

—Nooo, mami —protesta.

Salgo corriendo y me meto en el cuarto de baño, me lavo la cara, los dientes, me peino y me pongo unos *leggins* y un jersey holgado en mohair de Loewe. En unos minutos estoy de vuelta en el salón, pero no encuentro a Reese por ningún lado. Noto que uno de los lazos está ladeado y tengo que sostenerme en el sillón para no caerme. Es el de color verde, el que mi intuición afirma que corresponde a Giulia. Me recupero de la impresión para ir hacia mi caja. Desato el nudo con torpeza y la ranura que hay en medio se abre.

—¡Feliz Navidad, Chloe! —grita Nick antes de que me tire a sus brazos, y por un instante me olvido de todo lo demás. Nos besamos como si no hubiera un mañana. Solo nos separamos cuando el aire comienza a escasear.

—¡Feliz Navidad! Oh, Nick, no puedo creer que estés aquí, que esto de verdad esté pasando.

—Te dije que tenía muy buenos contactos en el Polo Norte —dice inclinando la cabeza hacia la caja de al lado.

Sin soltarme de él, me giro y me encuentro a Giulia sentada en una silla que estaba situada dentro de la caja. Reese está en su regazo y sus ojitos brillan por las lágrimas retenidas.

—Giulia. —Me arrodillo en el suelo y la abrazo, envolviendo a mi hija en el proceso—. ¿Te acuerdas de mí?

—Hola, mi niña. Cómo no me voy a acordar de ti. —Me besa en la mejilla como en los viejos tiempos—. ¡Feliz Navidad! —su voz tiembla por la emoción.

—Oye, yo sigo aquí. La caja rosa es como el huevo Kinder, viene llena de regalos —protesta Sam, y tanto yo como mi pequeña chillamos de alegría. Sale del envoltorio, y junto a ella un aluvión de

regalos de diversos tamaños ruedan por el suelo. Mi niña se vuelve loca.

—¡Bruja!, ¿cómo has podido engañarme así? ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace unos días. Nick consiguió encontrar a Giulia y me llamó para ayudarle a preparar la sorpresa. Vas a flipar cuando te contemos todo lo que ha pasado.

Busco a Nick con la mirada y le encuentro ayudando a mi amiga a levantarse de la silla, la veo más delgada.

—Ve con ellos, yo entretengo a Reese.

Me acerco y la tomo del brazo libre. La siento tan frágil que me da miedo preguntar por su estado de salud. Lo único que me consuela es verla lúcida.

—¿Qué pasó, Giulia? ¿Dónde está Jessica?

—Ay, mi niña, han pasado cosas horribles, pero deja que te las cuente Nick. Quiero ayudar a Reese a abrir los regalos.

—Claro, ven, te pondré una silla cerca del árbol.

Mi hija está tan enloquecida que aún no se dio cuenta de la presencia de Nick, cuando lo hace pega un grito y se abalanza a sus brazos. Él la llena de besos y le pregunta si le ha gustado la sorpresa.

—Síííí, mucho, muchísimo. Pedí a Papá Noel que te trajera junto con la tata.

Nick la mira con tanto cariño que me cuesta controlar las emociones. Temo empezar a llorar y no parar más. Deseo estar a solas con él para decirle lo mucho que le quiero y agradecerle el mejor regalo de mi vida.

—Chloe, ¿podrías ayudar a Nick a recoger una cosa que dejé olvidada en mi casa? —pregunta Giulia como si acabara de leerme la mente.

—Claro —digo nerviosa.

Nick sonríe encantado, me coge de la mano y salimos de mi casa juntos.

—Pensé que nunca más te vería —digo tras un rato de silencio.

—Eso nunca pasará. —Pasa un brazo sobre mi hombro, pegándome a su cuerpo—. No niego que me fui enfadado, pero mi intención era darte espacio para que reflexionaras sobre tus sentimientos. Sin embargo, las cosas se complicaron en la empresa y tuve que volver a París, luego el detective que contraté creyó tener noticias de Giulia y preferí ir personalmente para comprobarlo.

—¿Fuiste a Topeka?

—Sí, y lo que me encontré al llegar todavía me hiela la sangre. —Interrumpe su discurso para abrir la puerta de la casa de Giulia. Allí nos sentamos en el sillón; él me arrastra a su regazo y yo me derrito entre sus brazos. Le tengo unas ganas inmensas, pero antes necesito

saber que le pasó a mi amiga—. La pista del detective nos condujo a una casa abandonada ocupada por un puñado de drogadictos. Al principio creí que se había equivocado, no me cuadraba que la hija de Giulia estuviera viviendo allí. Tras unos días de vigilancia la vimos junto a su novio. Por lo visto, él la arrastró a esa vida. La hizo perder el trabajo y cuando sus ahorros se acabaron decidieron quedarse con el dinero de su madre.

—¿Qué? ¿Y su enfermedad? ¿Cómo pudieron?

—No, cariño, la cosa es más sórdida de lo que imaginas —avisa abrazándome—. La tenían encerrada en el sótano de la casa. Solo la sacaban para que cobrara la pensión, se quedaban con todo y la volvían a encerrar.

Un llanto desgarrador me invade. Me cuesta encajar todo lo que ha tenido que soportar esa pobre mujer, podría haber muerto allí y nadie se enteraría.

—Chsss, tranquila. La han atendido los mejores médicos del país y solo necesita reposo y tiempo para recuperar el peso. Estaba desnutrida y deshidratada. También detectaron restos de somníferos en su sangre, los médicos creen que Jessica llevaba tiempo administrándolos, por eso se sentía confusa y presentaba cuadros de pérdida de memoria.

—Dios mío. Nunca hubiéramos recuperado a Giulia de no ser por ti. Te estaré eternamente agradecida.

—Mi recompensa es verte feliz, Chloe. —Su mirada me atrapa y me cuesta hilar las palabras.

—Sé que leíste mi mensaje, pero te lo repetiré por si te queda alguna duda —digo acercándome a su rostro—. Quiero estar contigo, Nick, quiero descubrir a dónde nos conduce ese sentimiento tan profundo que a veces llega a ser abrumador. Quiero tus besos, tus risas, tus miradas, tus caricias; lo quiero todo, Nick. Te he extrañado tanto…

Sus labios buscan los míos. Nuestras lenguas se entrelazan y deseo fundirme con su piel, con su aliento, con su alma… hasta convertirnos en uno solo. Cuando al fin nos separamos, él descansa su frente contra la mía mientras recuperamos el aliento.

—No más que yo, Chloe. Me he enamorado de ti como un loco, estos días que hemos estado separados han sido un verdadero infierno —dice, llenando así el vacío que su ausencia dejó en mi corazón.

Aún queda mucho por aclarar, sin embargo, en este momento solo quiero sentirlo, besarlo, amarlo como nunca pensé que fuera posible.

Horas más tarde…

Me encuentro en los brazos de Nick, relajada y feliz tras hacer el amor por segunda vez. Nunca tenemos suficiente, la pasión que arde entre

nosotros es feroz, primitiva, nos consume y nos ata de cuerpo y alma.

Después del primer y explosivo encuentro me dediqué a interrogarle como si fuera una agente de la Gestapo. Necesitaba saber qué pasó con Jessica, no soportaría saber que se fue de rositas, pero me alivió saber que ese no fue el caso. Ella y su novio fueran acusados de varios delitos, tocaba esperar el juicio para saber los años que los condenarían, pero Nick usaría su poder y contactos para que les cayese la máxima pena posible. Lo que le hicieron a Giulia fue inhumano y tardará en recuperarse del todo, aunque estoy segura de que mi hija la ayudará a curarse, se quieren de una manera muy especial.

También hablamos de la empresa, y aunque no conseguí enterarme de mucho, por lo menos me puedo quedar tranquila con respecto a Sam. Ella no está en la lista de los sospechosos; al contrario, gracias a su genialidad consiguieron dar con los culpables. Espero que siga en el buen camino y no caiga en la tentación de meterse donde no debe.

Del futuro hablamos poco, solo lo suficiente para saber que queremos estar juntos sea donde sea. Quizás mañana me mude a Wichita o a Illinois, aunque París está descartado. El tiempo lo dirá.

Ya llevábamos un buen rato en la casa de Giulia cuando decidimos volver, pues aún queremos disfrutar todos juntos.

—Mami, has tardado un montón. ¿Dónde está? —pregunta mirándonos de arriba abajo.

—¿El qué, tesoro?

—Lo que habéis ido a buscar. —Nick suelta una risita, a la que le acompaña Giulia. Esta decide apiadarse de nosotros y nos quita a Reese de encima.

—Eso, ríete, ya verás en los líos en los que nos va a meter —prevengo a Nick—. Solo te lo advierto, piénsalo dos veces antes de abrir la boca cerca de ella.

Él sonríe y me besa delante de ellas; no es un beso cualquiera, sino uno de estos que te pone del revés.

Cuando me libera me doy la vuelta y las tres nos están mirando, mi hija con los ojos como platos. Ahora entiendo, lo ha hecho a posta para ver su reacción. Que se prepare.

—¿Has besado a mi madre, Nick? —pregunta.

—Sí, preciosa. ¿Te molesta que lo haga?

—Nooo —Sus ojos brillan y sé que está pensando en el beso del príncipe al final del cuento, para ella es lo mismo que decir: «Y fueron felices y comieron perdices»—. ¿Estás enamorado de mi mami?

—Totalmente enamorado, quiero pasar el resto de mi vida con ella, con vosotras. Tú también has conquistado mi corazón. —La coge en brazos y la mira emocionado.

—¡Yupi, vas a ser mi papá! Tú quieres ser mi padre, ¿verdad? Yo llevo mucho, mucho tiempo esperando un papá. El mío se fue a Europa y no quiso volver, le gustan las fiestas de Biza.

—¿Biza? —Me mira sorprendido. Sonrío, acaba de entrar en el juego de mi hija y ella no le soltará hasta que se canse.

—Sí, Biza, eso dijo mi madre a Sam. —«Ibiza», le chivo a Nick moviendo los labios—. ¿A ti te gusta la fiesta?

—No digas que no te he avisado —susurro y lo beso en los labios —. Me voy con mis amigas. Suerte.

Me acerco a Giulia y a Sam, que se están partiendo de la risa.

—Eres mala, pobrecillo —dice Sam.

—Le he advertido, no quiso hacerme caso.

—Ay, mi niña, no sabes lo feliz que estoy. Has tenido mucha suerte, es un muchacho maravilloso, me ha salvado la vida.

Su voz se atraganta y la abrazo.

—¡Oh, Giulia!, cuánto lamento lo que ha pasado. Sam y yo te hemos buscado sin descanso.

—Lo sé, cariño. Nick me lo contó. —Nos coge de las manos a ambas—. No hablemos más de eso, es pasado. Hay que mirar hacia delante. Ahora estoy en casa, con mi verdadera familia.

Se nos hace difícil mantener la emoción bajo control. Nos damos un abrazo colectivo con la certeza de que, pase lo que pase, siempre estaremos unidas.

Epílogo



Un mes después…

Las fiestas navideñas se quedaron atrás, y con ellas mi antigua vida. Ahora vivo con Nick en Wichita. No está siendo tan fácil como pensé, demasiados cambios. Principalmente para Reese, que echa de menos a sus amiguitos. Pero estoy segura de que pronto hará nuevos amigos, es muy comunicativa y simpática. Eso sí, la casa le encanta. Su papá, como lo llama ahora, contrató una diseñadora de interiores para que le decorara su habitación con temática de princesa; no faltó ni la cama con dosel, entrar ahí es como entrar en un cuento. Mi relación con Nick cada día se afianza más, estamos redescubriéndonos y me

encanta lo que voy destapando. Bueno, no todo son flores y corazones, hay momentos de tensión; a veces lo solucionamos con una buena charla y otras lo solventamos de manera deliciosa. Madre mía, el sexo que tenemos es alucinante.

Giulia sigue recuperándose y poco a poco va volviendo a ella la alegría e incluso ha ganado peso. Mi niña y su maletín de doctora se encargan de sanarla. De momento ella vive con nosotros, aunque desea volver a su casa porque le gusta la tranquilidad del pueblo y allí están sus conocidos. Lo bueno es que estamos cerca y la visitaremos con asiduidad.

Mi amiga volvió a París; yo ya sabía desde el principio que nuestra ciudad se le iba a quedar pequeña. Solo espero que siga en el buen camino, cosa de la que no estoy tan segura. Sobre su cabeza sigue sobrevolando esa aura de misterio.

Mudarme a Wichita también sirvió para que descubriera que el señor que atendía en el bar de Matt, el que llegaba casi a la hora de cerrar y se tomaba una cerveza, no es otro que el chófer de Nick y el supuesto violador en serie que me estuvo siguiendo a la salida del trabajo noche tras noche. Cuando lo descubrí me entraron ganas de rociarles con el espray pimenta que había comprado. Ese día Nick tuvo que suplicar mi perdón a base de orgasmos.

Hay un tema que me urge solucionar: mi independencia financiera. No pretendo pasar el día como una muñequita ociosa, esperando a que él llegue del trabajo con la cena puesta y la casa en perfecto orden. No, yo quiero seguir trabajando y de ser posible en su empresa, así le vigilo. Lo de liarse con las secretarias lo lleva en la sangre. Confío en su amor, en nuestra relación, pero nunca está de más ser precavido.

Nick se despierta y me atrae hacia su cuerpo, liberándome de mis ensoñaciones.

—Buenos días —digo antes de quedarme atrapada en su mirada. Me besa hasta dejarme sin aliento y, tras comprobar que estoy preparada para recibirle, me hace el amor de forma lenta y seductora, tomándose su tiempo, bajo la luz tenue del amanecer.

—Ahora sí son buenos días —me dice con voz melosa.

Felices y deliciosamente relajados, nos levantamos y nos duchamos entre risas y besos llenos de pasión. Luego bajamos a preparar el desayuno, pues mantenemos la rutina a pesar de ser sábado. Reese y Giulia no tardan en bajar y a unirse a la mesa. Mi pequeña no solía tener buen despertar, sin embargo, con el mundo de novedades sin explorar que tiene por delante no hay quien la mantenga en la cama.

—Hola, mi amor, ¿quieres tortitas para desayunar? —pregunto tras recibir su beso de buenos días. Nick lo ha recibido antes que yo,

la muy bandida ha cambiado de bando. Ahora él es su ojito derecho y le defiende de mí con uñas y dientes.

—Sí, con mucho sirope de arce.

—Buenos días, Giulia. ¿Cómo has pasado la noche? —pregunto acercándome a su silla.

—Bien, mi niña. Me estáis malacostumbrando —sonríe mientras unta mermelada en su tostada.

Estoy preparando las tortitas mientras escucho el parloteo de Reese y Nick, él ya empieza a cogerle el tranquillo. Sus respuestas ahora son más elaboradas y las piensa mejor. Giulia suele intervenir cuando está en apuros.

—Nick, creo que hay unos gatitos escondidos en vuestra habitación, he escuchado unos ruiditos esta noche. Me iba a levantar para buscarlos, pero estaba muy oscuro y tuve miedo. —Nick casi se atraganta con el café y yo me quedo en *shock*.

—Vais a tener que insonorizar toda la casa, y cuando digo toda es toda —dice Giulia soltando una risita.

—¿También lo has escuchado? —pregunto palideciendo.

—Para no escucharlo, para no escucharlo. —Suelta un suspiro soñador—. Si yo fuera más joven…

Nick y yo nos miramos y soltamos una sonora carcajada. Estaba claro que nuestra vida juntos sería de todo menos aburrida.

Fin

Adelanto próxima entrega:

Un Pacto Peligroso

Capítulo 1

Justo después de las fiestas navideñas, cuando empezaba a soñar con montar mi propia empresa de *software,* me suena el teléfono con la melodía de la película *Psicosis* de Alfred Hitchcock. Por un momento dudo si contestarlo o no.

—Pensé que me había librado de ti tras cumplir nuestro pacto —digo de forma directa y taxativa.

—El caso ha dado un giro y te quiero en mi equipo…

—Ni lo sueñes, no voy a ninguna parte. Te he ayudado a solucionar el robo de la patente, he cumplido con nuestro acuerdo y espero que hagas lo mismo. Estoy segura de que hay mucha gente calificada en el FBI para ayudarte — interrumpo sin conseguir ocultar mi nerviosismo—. Además, mañana tengo cita con mi asesor financiero, voy a montar mi propia empresa de *software*.

—Me importan una mierda los planes que tengas, mañana te quiero en Illinois. Así que mueve el culo y coge el vuelo que te he reservado esta tarde —dice Aiden en un tono chulesco.

—Lo mismo te digo. Me importan una mierda tus asuntos, no pienso mover este precioso trasero hasta Illinois —contraataco y lo escucho maldecir.

—Todavía no lo has pillado, ¿verdad? Te tengo en mis manos y como me cabrees más de la cuenta te lo haré pagar caro. Tú más que nadie sabes lo fácil que es fabricar pruebas.

—Eres un imbécil, Walker —gruño de impotencia—. Te odio con todas mis fuerzas.

—El sentimiento es mutuo, Miller —contesta y cuelga.

Tiro el móvil encima de la cama con todas mis fuerzas, que rebota y cae al suelo. Lo cojo con el corazón en las manos, aunque por suerte sigue intacto. Desde que Aiden (alias Felix) entró en mi vida todo es un caos. Hay momentos en los que tengo ganas de pegarle un tiro, quizá lo hiciera si el muy cabrón no fuera un agente del FBI infiltrado.

Mi historia se remonta casi quince años atrás, por entonces estaba en séptimo grado. Tras realizar un test junto a mi hermano Brandon, dos años mayor que yo, nos detectaron un alto índice de coeficiente intelectual y el centro escolar nos derivó de inmediato al programa GATE (Gifted and Talented Education) para superdotados. Nos

mudamos de ciudad y durante un tiempo todo fue sobre ruedas hasta que Brandon, a los dieciséis, se graduó en Harvard con un doble grado en Matemáticas e Ingeniería Informática; la NSA lo reclutó de inmediato. Unos meses después les dijeron a mis padres que había muerto en un accidente aéreo, pero yo nunca me lo creí. Por eso husmeo donde no debo e infrinjo todas las normas de seguridad gubernamentales, sé que algún día encontraré respuestas.

Tras lo sucedido con Brandon decidí ocultar mis verdaderas habilidades. Durante años me mantuve alejada de la tecnología, temía que estuvieran al acecho esperando que diera un paso en falso para poner fin a mi libertad.

Abandoné el programa GATE y volví al pueblo con mis padres. Concluí mi formación utilizando el material de estudio de mi hermano, devoré cada uno de sus libros y repasé todos sus trabajos, incluso terminé un *software* en el que llevaba años trabajando sin resultados. Lo bauticé LAMARDON, en homenaje a la actriz austríaca inventora de la tecnología que dio origen al wifi moderno y a Brandon.

Para tener a mis padres contentos me saqué la carrera de Informática, cuatro años de puro aburrimiento en los que luchaba para no quedarme dormida en clase. Con mi diploma mediocre y un empleo de mierda, empecé una nueva vida libre de la NSA. Por fin podía utilizar mis conocimientos para buscar a Brandon sin que nadie sospechara.

Pero un moreno *sexy* de ojos chocolate irrumpió en mi camino poniéndolo del revés. Mientras preparo el equipaje intento apartarlo de mi mente, pero es imposible y los recuerdos de lo sucedido vuelven a inundar mi cabeza.

Aiden llevaba un mes reestructurando el departamento de informática de la empresa para la que trabajo. Apenas se fijaba en mí, hasta que caí en la tentación de impresionarlo con mis habilidades. Solo necesité un par de trucos. A la semana siguiente lo tenía en mi cama, poseyéndome como un dios del sexo y haciéndome gritar de placer como nunca había hecho nadie.

Incluso hoy, si cierro los ojos, soy capaz de sentir sus caricias quemándome la piel, su aliento sobre mi sexo, su lengua voraz saboreando cada recóndito lugar de mi cuerpo, su pene ensanchando mi estrecho canal, llenándome de una manera deliciosa y enloquecedora.

—Joder, Sam, deja de torturarte. Piensa en lo que vino después —digo en voz alta en un desesperado intento de borrar sus huellas de mi cuerpo.

Una vez más dejo que los recuerdos de lo sucedido invadan mi mente.

Tras la mejor sesión de sexo que había disfrutado jamás caí rendida en un sueño profundo. Me desperté en mitad de la noche al sentir la ausencia del calor corporal de Felix (bueno, era así como le conocía hasta ese momento). En un principio pensé que se había largado sin decir nada, pero sus zapatos seguían tirados de cualquier manera a un lado de la cama. Entonces, agudicé mis oídos y pude percibir que estaba en mi habitación secreta. Casi sufro un paro cardiaco al darme cuenta de la gravedad de la situación. El cuarto estaba cerrado con llave, lo que significaba que era un profesional abriendo cerraduras. Sin hacer ruido, me levanté y me vestí con lo primero que encontré, que resultó ser su camisa, la cual me llegaba a la altura de las rodillas.

Salí descalza de mi habitación hacia el pasillo, sigilosa como una gata. El corazón me latía en la garganta, temía descubrir que los cabrones de la NSA me habían utilizado. Estaba segura de que habían perdido el interés en mí, pero no se me ocurría otra explicación para justificar la presencia de Felix. Esa gente es como un cáncer, se extiende por todas partes y es muy difícil de extirpar. Por suerte, mi *software* entró en acción y borró todo rastro de mis actividades delictivas. Desde que la hija pequeña de mi mejor amiga descubrió mi secretito decidí redoblar la seguridad instalando LAMARDON en todos mis dispositivos.

—¿Qué diablos ha pasado aquí? ¿Dónde ha ido parar toda la información? —susurraba contrariado mientras sus dedos se movían sobre el teclado sin obtener ningún resultado.

Su concentración era tal que no se dio cuenta de mi presencia. Solo lo hizo cuando carraspeé desde el umbral de la puerta, donde me encontraba apoyada observándole con una mezcla de ira y decepción. Me había dejado engañar por su atractivo, por su cuerpo de infarto, por su inteligencia, de mente rápida y aguda; por su fino sentido del humor. El muy cabrón reunía todos los calificativos que buscaba en un hombre. Al girarse no dudó en lanzarse sobre mí, tirándome al suelo con un placaje digno de la Super Bowl. Por un instante dejé de respirar, tal era la presión que su fibroso y pesado cuerpo ejercía sobre el mío. Se dio cuenta de que me estaba aplastando y se levantó con una velocidad asombrosa, apenas me dio tiempo a recuperar el aliento y ya me tenía esposada.

—Samantha Miller, soy Aiden Walker, agente especial del FBI —dijo con un tono desprovisto de emoción, como si lo vivido en el dormitorio un instante atrás nunca hubiera existido—. Queda usted detenida por…

Un ataque de risa me dominó y le interrumpí antes de que pudiera concluir su célebre discurso.

—A ver si sigues riendo cuando te metan en chirona por los

delitos informáticos y de telecomunicaciones que cometiste —me gritó en la cara abandonando por un instante su pose de agente federal—. ¿Tienes idea de lo que te viene encima? Has encontrado una puerta trasera en los servidores de Dulles, Virginia, y has instalado un *sniffer* para espiar las llamadas y los mensajes del personal de la DTRA. Conseguiste acceder a diez ordenadores militares gracias a los nombres de usuarios y contraseñas que interceptaste. Sin mencionar que tienes información clasificada de la NSA, el FBI, la NASA y sabe Dios qué más.

Nada de lo que me estaba diciendo era nuevo para mí, en realidad solo era la punta del iceberg. Había propiciado información clasificada de una agencia a otra, provocando investigaciones internas y despidos por casos de corrupción y abuso de poder. A pesar de la gravedad de las infracciones me encontraba tranquila, mi *software* se había encargado de destruir todas las pruebas borrando el disco duro de forma permanente y, lo más importante, sin dejar rastro. Las demás pruebas estaban a buen recaudo, en mi cabeza y encriptadas en la nube; protegidas por un sistema de actualización que en caso de no ser activado en un determinado lapso de tiempo se autodestruiría. Lo tenía todo muy bien pensado y calculado, jamás me pillarían.

—Humo. Todo lo que tienes en mi contra es humo. No encontrarás pruebas en los ordenadores y mucho menos en mi casa. Y si llamas a tus amiguitos, el único que quedará en evidencia eres tú. Te dejaste llevar por tu polla y te saltaste el protocolo de actuación, lo sabes muy bien. Así que deja de hacerte el interesante y quítame las esposas.

Su cara de desconcierto me provocó una nueva oleada de risas. Se creía que me pondría a temblar al escuchar que era un agente especial del FBI, no sabía que ya estaba vacunada contra los de su especie. En realidad, los de la NSA eran mucho más duros y amenazantes.

—¿Quién eres en realidad? ¿Acaso trabajas encubierta para alguna agencia? Tu nombre no aparece en ningún banco de datos, y eso es casi imposible teniendo en cuenta tus habilidades. Seguro que te han fichado en alguna ocasión.

Sus palabras confirmaron lo que ya sospechaba, la NSA no me estaba pisando los talones. Había violado su sistema una infinidad de veces en busca de documentación clasificada sobre mí sin éxito, era como si nunca hubiera existido. Y así debería seguir, solo tenía que mantener la cabeza fría para engañar a Aiden. No podía permitir que me denunciara, porque al contrario de lo que él se pensaba, no acabaría en chirona, acabaría en las manos de los cabrones que se llevaron a Brandon.

Mi mente empezó a funcionar a mil revoluciones por minuto y no tardé en encontrar una salida. Él estaba investigando el robo de la

patente del fertilizante de la multinacional de Nicholas, por eso habían comprado la pequeña y próspera empresa agroindustrial donde trabajaba como una simple y ordinaria informática. Sonreí al pensar que gracias a mi incansable manía de husmear donde no debo había solucionado el misterio. Resultaba que hacía unas semanas descubrí que uno de los exsocios había creado una segunda red, también conocida como «wifi gemela», una vez accedió a ella entró con facilidad en los servidores de la compañía de Nicholas y le robó la investigación que estaba a las puertas de ser patentada. Tras seguir investigando descubrí que un empleado de Nicholas había participado en el robo. Tenía toda la información encriptada y solo yo podía acceder a ella.

—No te voy a negar que soy una *hacker*, sería inútil después de lo que has visto, pero no he robado ni traficado con información sensible. Solo quería saber qué le pasó a mi hermano, era un genio, la NSA lo reclutó con apenas dieciséis años y nunca más lo volví a ver.

—Mi importan una mierda tus dramas familiares. Has cometido un delito y vas a pagar por ello.

Su tono de voz era implacable, siquiera las lagrimillas que derramé de forma premeditada consiguieron conmoverlo. En el fondo debí haberlo imaginado, no tuvo escrúpulos a la hora de llevarme a la cama con mentiras, así que todo lo demás le iba a parecer patético. Había que jugar duro y poner cara de póquer.

—Sabes muy bien que no tienes nada en mi contra. Y lo único que conseguirás llamando a tus amigos es que me vaya a trabajar con la NSA, o puede que prefiera colaborar con el FBI. Imagínate, seríamos colegas.

La cara de horror que puso me dolió y si no amara mi libertad, aceptaría formar parte de su equipo solo para fastidiarle.

—¿Por qué no hacemos un pacto? Yo te ayudo con la investigación que estás llevando a cabo en la empresa y tú te olvidas de mí.

En un principio mis palabras le provocaron risa, luego escrutó mi equipo informático con la mirada y a continuación llamó a su superior. No pude escuchar la conversación, ya que salió al pasillo dejándome encerrada en mi propio cuarto. Si no me encontrara prácticamente desnuda, hubiera huido por la ventana. Al rato volvió a entrar, su semblante era infranqueable, aunque por un momento tuve la sensación de ver deseo y admiración en sus profundos ojos marrones.

—Tengo uno mucho mejor. Harás todo lo que yo te diga y me ayudarás a esclarecer el robo de la patente hasta que pueda averiguar tu fantástica historia. Y cómo descubra que me has mentido haré que te arrepientas para el resto de tus días, ¡te lo prometo!


Un pacto
Peligroso
Serie Pacto II
A. M. Silva

Sinopsis

Dos personas cuyos caminos se cruzan.

Un pacto peligroso y adrenalina en estado puro.

Samantha es una joven con un gran talento, sobre todo para la informática. Sin embargo, la desaparición de su hermano a los dieciséis años hizo que canalizara sus conocimientos de una forma peligrosa: se convirtió en *hacker*.

Aiden es un atractivo agente del FBI con un carácter que hace temblar hasta al más curtido. Su última misión le ata a la mujer más cabezota que haya conocido jamás, una preciosidad con cara de ángel y un temperamento de mil demonios.

Ambos tendrán que dejar a un lado sus diferencias en favor de un objetivo común, antes de que sea demasiado tarde.

¿Podrán resistir la atracción que los consume sin perder de vista su misión?

Nota de la autora

Gracias por leer “Un pacto inesperado”, espero que hayas disfrutado con la historia. Si es así, te agradecería que dejaras una valoración en Amazon o en cualquier otro medio, eso me ayudaría a llegar a más lectores. Si quieres comentar algo sobre la novela o si te interesa estar al día de mis próximas publicaciones puedes seguirme en Facebook e Instagram, estaré encantada de contestar a todas tus preguntas.

Un abrazo, A.M.Silva.

Biografía

A.M. Silva nació en Brasil y hace más de quince años que reside en España. En la actualidad reside en Córdoba junto a su marido y su hijo. Cuando vivía en Brasil trabajaba en atención al cliente en Correos. A pesar de que la escritura formaba parte de su vida porque creció con un libro bajo el brazo, por motivos diversos tuvo que posponer su sueño de ser escritora.

No fue hasta hace poco que decidió sacar de ese cajón olvidado sus fantasías. El resultado de esta aventura dio paso a su primera novela romántica, Cuando dejes de huir. Luego siguieron El amor no pide permiso y Tal para cual, que conforman la serie «Amores a flor de piel». Desde entonces viene cosechando éxitos, saliendo incluso en la revista ELLE.com.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

Facebook: Alexandra A.M. Silva Escritora
Instagram: A.M. Silva Escritora

Novelas publicadas

Serie Amores a flor de piel

��Cuando Dejes de Huir (Vol.1: La historia de Alicia y Héctor)
http://leer.la/B013YZLZEM

��El amor no pide permiso (Vol.2: La historia de Helena y José)
http://leer.la/B01F0JKJHY

��Tal para cual (Vol.3: La historia de Raquel y Bastian Drake)
http://leer.la/B079P3FB3C

Trilogía completa por un precio especial
http://leer.la/B07B6TTRCY

��El despertar de Olivia
http://leer.la/B07NTM42M3

��La decisión de Lesley
http://leer.la/ B09BNQ16F2

��A un clic de mi destino
http://leer.la/B0849T7GPW